



MIGUEL PALOMAR Y VIZCARRA

Entrevistamos a don Miguel Palomar y Vizcarra en su acogedora, asoleada y muy ordenada oficina con piso de madera. Tenía algunas imágenes religiosas, entre las cuales predominaba un gran cuadro de un santo del que era muy devoto, ante el cual nos recordaba que ya era tiempo de que empezáramos una familia y nos recomendaba la intercesión de ese santo para lograrlo.

Palomar, autodenominado “cristero urbano”, participó de parte de los católicos laicos contra la jerarquía de la Iglesia en los “arreglos de 1929” que pusieron fin a la Guerra Cristera, “resolviendo” la lucha entre Estado e Iglesia. Sin éxito, Palomar desde la Ciudad de México trató de convencer al Papa en Roma que no aprobara tales arreglos.

Miguel Palomar y Vizcarra participó en la historia de México de manera importante en el rescate del valioso archivo cristero, el cual estuvo a punto de ser destruido por los prelados mexicanos. Las hermanas de Vasconcelos guardaron secretamente el archivo en la Biblioteca Nacional durante la Guerra Cristera y sus postrimerías, y más tarde, en una farmacia. Palomar lo rescató a fines del decenio de 1930.

Ni la Revolución Mexicana o los acontecimientos que le siguieron —época en que la Iglesia Católica en México sufrió muchos reveses— lograron amargar a Palomar y Vizcarra, quien, sin abandonar su lucha intelectual a favor de la Iglesia y sus instituciones, mantenía cierto optimismo y un sentido del humor inalterable, que se manifestaba a medida que relataba interesantes eventos históricos en México, de los cuales fue testigo y actor. Aunque era uno de los personajes de mayor edad entre nuestros entrevistados, su mente permanecía clara y vivaz, todavía “joven” a los 84 años.

MIGUEL PALOMAR Y VIZCARRA,* CATÓLICO MILITANTE

Liberalismo, catolicismo y la Virgen de Guadalupe.—Ideas acerca de la historia de México.—Recuerdos familiares, actividades y opiniones políticas.—La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.—La rebelión cristera.—El asesinato del general Obregón.—Viajes a Roma. Discrepancias entre arzobispos y obispos sobre el arreglo religioso de 1929.—Algo más sobre la cuestión religiosa y temas diversos.

* Falleció el 31 de marzo de 1968.

LIBERALISMO, CATOLICISMO Y LA VIRGEN DE GUADALUPE

29 de abril de 1964.

James W. Wilkie (JW):

Licenciado: Quisiéramos principiar suplicándole nos cuente algo de su vida. ¿En dónde nació usted?

Miguel Palomar y Vizcarra (MPV):

Mire usted: yo soy de familia mexicana por los cuatro costados, y católica. Mi abuelo paterno, el señor José Palomar, persona muy caracterizada en el estado de Jalisco y que debido a sus esfuerzos y a su nobleza de sentimiento y habilidad fundó la fábrica de Atemajaca. Allí se distinguió como hombre de trabajo y a la vez de gran justiciero; todavía ahora, después de tantos años transcurridos, es recordado con cariño en la fábrica.

Mi abuelo materno era el marqués de Pánuco, también de origen español genuino. El título se lo concedieron en el siglo XVIII porque prestó servicios económicos al rey de España en algunas de sus guerras.

Mi padre y mi madre, como digo, me dieron una educación católica; pero, precisamente en esa época, tuve que hacer mis estudios preparatorios en un colegio de carácter secolar, laico. Y tuve allí profesores de rabioso liberalismo sectario, al grado que en mi juventud cometí, digo yo, el grave pecado de haber sido juarista. Eso se debió a que mi profesor de historia de México, y de historia universal era el célebre escritor Victoriano Salado Álvarez, que posteriormente, después de haber conocido bien lo que era la historia de México, cambió radicalmente en sus principios haciéndose y muriendo ferviente católico.

Como digo, fui juarista y tenía grandísimas tendencias a perder mi fe de católico; pero no faltó quien me llamara al orden, en el orden intelectual, y me fui enterando de lo que era la verdadera historia de México y me conver-

tí al poco tiempo estudiando especialmente las obras de Alejandro Villaseñor y Villaseñor sobre la historia de México, y me hice rabiosamente antijuarista, antiliberal, y auténticamente, en mis convicciones y sobre todo en el orden social, icatólico!

JW: ¿En qué año fue eso?

MPV: Pues yo he de haber tenido como unos dieciocho años. Como digo, ya que hablo de mi edad, yo nací en Guadalajara, en junio de 1880; es decir, en este momento ya me gasto ochenta y cuatro años.

JW: Todavía muy joven, como para seguir luchando.

MPV: Pues ya se me está acabando; pero seguimos adelante. Las convicciones sí siguen adelante, ibendito sea Dios!

Bien, especialmente me vino ese sentimiento especialísimo cuando se llegó la hora de preparar mis tendencias profesionales: la tendencia de ser antiliberal, porque en la época en que yo estudié, el liberalismo era el que imperaba en los estudios, y en el ambiente general, y el cual siempre gozaba de cierto prestigio en atención a la prosperidad material incontrovertible que había otorgado, que había establecido el célebre dictador don Porfirio Díaz con una magnífica administración; pero haciendo imperar rabiosamente el régimen capitalista, es decir, liberal.

El estudio de las encíclicas, especialmente de la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, me fue llevando a estudiar con mayor empeño los tratados sociales, de tal manera que a pesar de que entonces tenía yo unos veintidós años, o veintitrés, no faltó quien sugiriera que yo asistiera al Primer Congreso Católico que se celebró en Puebla en 1903.

Fui nombrado nada menos que, a pesar de mi juventud, representante del que era entonces arzobispo de Guadalajara, no me acuerdo cómo se llamaba. Asistí a aquel congreso y creí mi deber presentar alguna tesis o hacer alguna iniciativa.

Había yo estudiado en la obra de un famoso escritor de ciencias sociales, el padre Antoine —ahora no conocido—, y en un historiador franco-alemán, Kannegiesser, la lucha de los católicos alemanes contra Bismarck, y la de los austriacos contra la acción masónica que imperaba entonces.

Y de ahí tuve noticias de lo que eran las instituciones de las cajas rurales Raiffeisen. Estudié y presenté la tesis, no como la institución que es en realidad en su mayor amplitud sino como instrumento para luchar contra la usura de los campos, como era entonces y lo es ahora: ¡tremenda entre las clases rurales!

Y obtuve éxito al presentar mi tesis especialmente porque el célebre escritor Trinidad Sánchez Santos sugirió la existencia de esas instituciones,

de las cajas Raiffeisen. De ahí que, como obtuve el éxito, me dediqué a estudiar con mayor empeño lo que era esa institución y advertí que no solamente es un instrumento con qué atacar la usura, sino una institución de una trascendencia enorme para formar propiamente clases rurales sanas y bien adheridas a las tradiciones y a la tierra.

Como digo, seguí adelante en ese orden hasta que al fin logré en 1910, por medio de un compañero mío en la congregación de San Luis Gonzaga —porque yo era prefecto de la congregación— que se estableciera la primera caja rural Raiffeisen en Tapalpa. Después se siguió la propaganda en otros establecimientos y hubo otra que se estableció en un pueblo de Los Altos en Jalisco, por el que sería después mártir cristero, el licenciado Miguel Gómez Loza.

JW: Licenciado, ¿podríamos regresar y volver a hablar de los primeros movimientos sociales católicos? Por ejemplo sobre las conferencias...

MPV: ...las conferencias de San Vicente de Paúl.

Precisamente en esa época los movimientos propiamente sociales, de organización de obreros, etc., pues no había cosa que valiera la pena. Y hasta se necesitaba de cierta audacia para poder hablar de sindicatos y de corporaciones de carácter social y económico.

Pero sí, predominaban extraordinariamente y con gran éxito las conferencias de San Vicente de Paúl en toda la capital.

JW: En los últimos años del periodo de Juárez.

MPV: Pues de Juárez, y en todo el periodo de don Porfirio Díaz y de Lerdo de Tejada. Sí, se progresó y estaban bien organizadas y se socorría con grande eficacia. Y el caso es que yo ingresé a una conferencia de San Felipe de Jesús, santo mexicano, de jóvenes; de niñas y jóvenes.

Y en cierta ocasión, asistí con motivo de la visita que se hacía, que se llamaba "visita domiciliaria", asistí y oí las quejas que profería una madre de familia de los auxiliados sobre la enseñanza que estaba recibiendo uno de sus hijos, el cual asistía a un colegio dirigido por un masón. La escuela se entiende oficial.

Sí, el muchacho había llegado, en su pérdida de fe, al grado de haberle asegurado a su madre que no era posible la resurrección del Señor; que su profesor les había hecho experiencias físicas para demostrarles que era imposible tal hecho.

Eso me impresionó a mí hondamente y me fue exaltando más en mis sentimientos, sobre todo para luchar contra cualquier régimen que estableciera como cosa principal e ineludible la escuela laica.

JW: Entonces usted luchó contra la escuela porfiriana.

MPV: Pues en mis convicciones; no tuve todavía condiciones. Esto se extremó porque don Justo Sierra, tan alabado y todo, nos plantó aquí el positivismo. No era la doctrina liberal sectaria con cierta espiritualidad: el positivismo era la supresión de la idea de Dios y el examen del fenómeno social y... lo que está sucediendo ahora con el marxismo, no es más que la consecuencia, a mi modo de ver, de eso.

Bien, pues me recibí de abogado...

JW: ¿En dónde?

MPV: En Guadalajara.

JW: ¿En la universidad de allá?

MPV: Pues había, es decir, escuelas oficiales, debo decirle, sí.

Durante un tiempo estuve recibiendo clases. Hubo una Escuela Libre de Derecho, pero por algunas circunstancias no pude seguir allí, y seguí en la escuela oficial que tenía profesores de diversa índole: unos católicos y otros sectarios.

Recuerdo que uno de los profesores nos imponía, o nos enseñaba, la doctrina de Ariens, panenteísta —me parece que autor belga— de los que sostienen una especie de dualismo para explicar la existencia del bien y del mal; me parece, no me acuerdo.

Pero el hecho es que ya a esa fecha sí yo ya había afirmado mi fe.

Bueno, yo en esa época ya tenía mis convicciones. Me recibí apareciendo ya como vocal católico íntegro, y seguí mis estudios. Estuve ejerciendo mi profesión, y debo decirle con toda franqueza, porque estamos hablando como hombres, que no he sido un abogado distinguido. Soy, como luego dicen, "del montón".

Sí, tuve buenas calificaciones; pero no me distinguí. Sí logré gozar de estimación de algunos funcionarios judiciales y eso me valió que en alguna ocasión se me nombrara juez, y en otra ocasión hasta llegué a ser magistrado, en esa época de don Porfirio.

Entretanto se iba comprendiendo que la crisis se venía encima, y se nos venía; que la dictadura de don Porfirio tenía que venirse abajo y que se habían de plantear los gravísimos problemas que el liberalismo plantea a la sociedad. Y nos fuimos preparando.

Ahora verá usted: en esa época, después de muchos años, casi de un siglo, se restableció en Guadalajara la Compañía de Jesús. El clero de Guadalajara durante mucho tiempo fue un clero de muchas cualidades, pero cerrado. Es decir, hubo un arzobispo, don Pedro Sosa y Pardavé, que no admitía que llegaran por allí órdenes religiosas sino todos prelados del orden directamente; no religioso. Pero ya en aquella época vino un movimiento en el sentido más universal y se estableció la Compañía de Jesús. Los jesuitas se instalaron en Guadalajara y empezaron a hacer sentir allí su acción.

Especialmente, ya avanzado ese establecimiento de la Compañía, se distinguió allí un sacerdote francés que es muy conocido en la historia de México, el padre Bernardo Bergoend. Ese padre entendió admirablemente los problemas de México, al grado de que nosotros siempre lo reconocemos, no como a un apreciable francés, sino como a un auténtico mexicano que comprendió las cuestiones mexicanas mucho mejor que muchos sacerdotes, y que hasta muchos obispos mexicanos.

Y en aquella época comenzamos, para ir preparando la acción digamos, la organización del trabajo de los obreros, los ejercicios espirituales de obreros.

Se seleccionaban a los obreros que pudieran ser jefes y se les daban ejercicios espirituales de tres o cuatro días. Se les atendía.

Yo me acuerdo que figuré entre aquellos que hacían las lecturas espirituales. Al lado de las comidas también les rezaban el Vía Crucis. Y eso dio ocasión a que el padre Bergoend diera uno de esos ejercicios espirituales a los cuales yo asistí.

Yo ya tenía con el padre Bergoend gran amistad y él nos hablaba de la necesidad de preparar a los católicos para lo que se llama propiamente "rigurosa acción cívica". Es decir, la acción de los católicos en el orden público, que en la época de don Porfirio, entre los católicos devotos y, en fin, entre los muy fervorosos, era casi una herejía eso de intentar meterse en política; era casi un pecado. Y don Porfirio Díaz, ¡ah!, tenía buen cuidado de hacer siempre a un lado a los católicos, al grado que cuando se celebró ese Congreso Católico del pueblo, hasta temimos que allí anduviera la policía viendo a ver qué estábamos haciendo en el Congreso Católico.

Pues como digo, ya con esa preparación, con ese sentimiento de los problemas sociales que yo había ido adquiriendo, especialmente estudiando la *Rerum Novarum* en el fondo, y algunas otras cosas, pues nos fuimos preparando bien para lo que pudiéramos llamar "reorganización de la acción cívica o política de los católicos", naturalmente en el orden público.

JW: ¿No tenía nada que ver eso con el Episcopado?

MPV: Sí, en ese sentido de que el Episcopado se consideraba... en aquella época, si el Episcopado decía que no, ¡no!; si decía sí, ¡sí!

Había una gran adhesión al Episcopado. Y el Episcopado ordinariamente no se ocupaba de esas cosas. Sí de administración, buenas parroquias, cositas así, pero limitadito. Eso sí.

Pero, en cuanto a las Leyes de Reforma en el sentido de manifestaciones del orden público: ¡Eso de ninguna manera!

Que había de admitirse alguna procesión o... ¡No!

Me acuerdo nada menos que el padre Bergoend me excitaba mi sentimiento, yo congregante y todo, diciéndome:

“Ustedes cuando van a la Villa, a la Basílica (ya era basílica), a la Colegiata, llegan ustedes allí a Peralvillo, y no sacan banderita ni nada: la llevan bien envuelta y llegan hasta la puerta de la Basílica, o de la Colegiata, y entonces sí despliegan sus banderas. Pero lo que es en público, no; ¡de ninguna manera! Así era.

JW: Y en la acción cívica ustedes querían...

MPV: ¡No! y sobre todo, mire usted:

Es cierto que no se aplicaban rigurosamente las Leyes de Reforma, como ahora no se están aplicando; pero sí existían, y era una ignominia que un pueblo católico, como es el de México, tuviera leyes tan sectarias como son las Leyes de Reforma. Debo decir que en ese orden, pues nosotros los católicos mexicanos sentimos un hondo sentimiento, experimentamos un hondo sentimiento; no digo yo propio del católico ni del mexicano, simplemente del hombre de honor, de vergüenza. La nación mexicana es obra de la Iglesia Católica y de España la católica; y eso de que haya leyes especialmente destinadas a extinguir la Iglesia Católica, y la fe católica en México —eso es lo que hay— porque las Leyes de Reforma y las actuales más extremadas no tienen otro objeto que extraer totalmente del alma católica, del alma mexicana, la fe católica.

JW: ¿Había usted estudiado toda la historia de México en esos años?

MPV: ¡Ah, sí!, y sobre todo después de que dejé de ser juarista; que me hice antijuarista, pues estudié especialmente las tesis que me hicieron antijuarista, y que yo se las recomiendo a usted. Tal vez hasta las tenga: las tesis de Alejandro Villaseñor y Villaseñor. ¿No tiene noticias de ellas?

JW: No.

MPV: ¡Ah!, Alejandro Villaseñor y Villaseñor fue un escritor católico colaborador en *El Tiempo*, en el periódico que se publicaba entonces aquí en México. Y estudié las tesis fundamentales, o los acontecimientos fundamentales del liberalismo en México, *El tratado McLane-Ocampo*, *El príncipe del desierto*. ¿Sabe cuál es?

JW: No.

MPV: Pues ¡nada!: hubo espíritus infelices, lacayos, que cuando vinieron sus predecesores de usted aquí, cuando vinieron por aquí estuvieron propiamente para entregar a México a los Estados Unidos, y hubo una fiesta a Scott, el jefe de los norteamericanos, aquí en el Desierto; por aquí cerca...

JW: El Desierto de los Leones.

MPV: Sí, y allí brindaron por la anexión de México a los Estados Unidos los lacayos. Entre ellos me parece que figuraba, a lo menos debe de haber figurado, Lerdo de Tejada, y todos los que ahora nos presentan como héroes.

Debo decir que en aquella época especialmente se distinguió —yo quiero llamar la atención sobre esto— un señor, don Valentín Gómez Farías.

Ese sí no es desconocido para ustedes. Y lo más curioso del caso es que resulta un remoto pariente mío.

JW: ¡Ah!, ¿de veras?

MPV: ¡Sí!

JW: ¡Qué vergüenza!

MPV: Ya le digo a usted: y don Valentín Gómez Farías, pues muy dispuesto a entregar a México. ¡Lacayo! Y por respeto a la señora de usted, en respeto al aparato de grabación... No sé, pero sí voy a soltar la palabra: ¡Alcahuate! Usted me perdona la falta de respeto.

Edna Monzón Wilkie (EW): ¡No, no es nada!

MPV: Juárez y todos ellos eran alcahuetes, al grado de que yo cuento hasta un chiste: que los académicos españoles de la lengua andaban buscando un tipo en el diccionario que caracterizara la palabra, y no lo hallaron; y encontraron a Juárez y entonces sí se sintieron felices. Sí, ¡es una cosa espantosa!

Mire usted, Juárez significa todo lo contrario de lo que representa nuestra bandera nacional. ¡Ah!, en ese orden quiero llamar la atención sobre ese particular, sobre ese punto.

Yo, como digo, especialmente aparte de mi juarismo, me exaltaba extraordinariamente por un antiespañolismo rabioso y muy tonto, en considerar que Hernán Cortés vino aquí a tiranizar a México, cuando en realidad —y eso me costó mayor trabajo mediante una evolución— llegué a la conclusión ésta: que el padre de la patria mexicana es Hernando Cortés.

JW: ¿No vino aquí Cortés para esclavizar a los indios?

MPV: No. Al contrario, vino a libertarlos. Los libertó y fue el fundador de la nacionalidad. No hizo lo que hicieron unos señores allá en el norte que declararon que el mejor indio era el indio muerto.

Aquí nunca llegó a darse el caso ese. Hablan de Hernán Cortés que hizo que a Cuauhtémoc le quemaran los pies para conseguir los tesoros. Pero el hecho es que Hernán Cortés inmediatamente que consumó, digamos, la liberación, o la conquista, le escribió al emperador que mandara misioneros. Y vinieron los misioneros aquí a libertar al indio; a luchar por el indio.

Son figuras hermosísimas las de los misioneros; preciosas. De tal manera que llego yo a la conclusión, que la idea, la historia de la Virgen de Guadalupe no es, naturalmente, un dogma. El hecho guadalupano no es un dogma: es una devoción, es una relación hermosísima, y llego a sostener que de no haber sido ciertas las apariciones de la Virgen de Guadalupe, el que inventó eso era un genio; el que inventó la historia de Nuestra Señora de Guadalupe era un genio.

Por supuesto que yo tengo la convicción de que sí se apareció. Y me ha venido más intensamente esa convicción desde la cuestión de los ojos. ¿Ya están ustedes al tanto de los ojos de la Virgen?

JW: ¡Ah, sí!, están llorando.

MPV: ¡No!, ¡no! Si lo curioso de los ojos de la Virgen es que tienen la imagen de Juan Diego; y está de tal manera que la imagen de Juan Diego en uno de los ojos no es igual a la otra sino siguiendo el ángulo visual.

Vale la pena que vayan ustedes a la Villa y vean allí aquello. Y eso se acaba de descubrir; hará como unos diez o quince años. No se había hecho el estudio de eso por aquello de que... no se ha tenido para horas de examinarla.

Y me parece a mí admirable eso, ¡admirable! ¡El hecho guadalupano es una cosa maravillosa! Considero yo como que el acta fundamental de la existencia de la nación mexicana es ésta:

La redención del indio y la unión de las dos razas.

La Virgen de Guadalupe no tiene semblante de española; tampoco es cierto que sea la Virgen india: es la Virgen mestiza. Y ello acaece unos años antes de la celebración del Concilio de Trento con su declaración de alta cultura de dogmas de la justificación. El hombre se salva por los méritos de Cristo, pero no nada más por los méritos de Cristo sino que él, el hombre, tiene que aprovecharse de los méritos, y esos méritos de Cristo están a disposición de todas las razas, de todas las condiciones sociales.

¡Ah!, ¡eso es hermosísimo! Y la Virgen de Guadalupe representa eso. Fue como un prenuncio de ese hecho.

JW: Durante las guerras de independencia de México hubieron quienes tomaron como su bandera a la Virgen de los Remedios y otros tomaron como bandera a la Virgen de Guadalupe.

MPV: Sí, también. Pero el hecho fundamental, digamos, de la formación de la nacionalidad mexicana fue que se hizo bajo la inspiración de esa alta cultura: la aplicación del dogma de la justificación en el orden social. Creo yo que... no sé cómo haya acaecido esto en América del Sur, pero el hecho aquí en México es evidente. Hay indios, hay mestizos, y nosotros no tenemos ¡cuestiones raciales! ¡Ah!, ¡eso sí es característico en nosotros! Y eso yo lo atribuyo, especialmente aquí en México; a la presencia de la Virgen de Guadalupe. ¿Eh? ¡Esa es la cuestión! ¡Eso es verdad!

JW: ¡Muy interesante!

MPV: ¡Eso es verdad! Muy bonito. Al grado, todavía más... ¿No lo han leído ustedes? Ya que estamos hablando de este tema, que es candente, es éste: La acción desintegradora de los partidos liberales y revolucionarios ha sido de tal manera grave, que México ahora —y lo digo con gran dolor, pero es la

realidad— México en las estadísticas figura como el primero, o si no el primero de los países, está entre los primeros en que hay más homicidios; realmente asesinatos ¡una cosa espantosa! Yo por ahí tengo una estadística en que parece que México está a la cabeza de eso.

También, si la cosa sigue adelante, México será el país, debido a la acción de la escuela laica, del anticatolicismo, de la persecución de la Iglesia eficaz y todo, hay que temer que México sea el país de los ladrones.

Bien, pues a pesar de eso, México no ha perdido la fe; es lo que nosotros los católicos acá decimos. Por otra parte, la Virgen de Guadalupe no es virgen de milagros: es la virgen cívica, la virgen de la fe, que ha conservado en México esa fe a pesar de todo lo adverso que se ha desarrollado contra México, contra el auténtico México.

IDEAS ACERCA DE LA HISTORIA DE MÉXICO

JW: Quisiera contarnos, licenciado, algo sobre su experiencia, de sus estudios en los que se dio usted cuenta que México tiene otros héroes de los que dicen las escuelas laicas.

MPV: Sí. Mire usted: desde luego, en la escuela laica, en el liberalismo y en la Revolución, se presenta la acción de la monarquía española de Hernán Cortés, y en general la monarquía española algo así como que está en contra de México, cuando en realidad México es obra de la Iglesia católica, de la monarquía católica española, y de la Virgen de Guadalupe. De ahí que fue necesario, por mi parte, comenzar a hacer observaciones y estudios que me han traído a la convicción de que en realidad el padre de la patria, como lo he dicho, fue Hernán Cortés, y que la nación mexicana no se formó con la Independencia sino que ya desde antes, en el siglo XVIII, tenía una perfecta conciencia de que era nación.

Esto se experimentó especialmente cuando la Virgen de Guadalupe fue declarada: "Patrona de la Nueva España", y en general patrona de toda la parte del Continente que se extiende hasta Panamá.

Eso por una parte. Y por otra, ya la idea de la independencia para mí cambió. No era una guerra internacional sino que era un movimiento de emancipación, parecido o semejante al hijo que llega a la mayoría de edad y le dice a su padre, que ya puede disponer él (el hijo) sin la intervención de la autoridad paterna.

Hidalgo no fue así porque proclamó una independencia en la que resultó propiamente una lucha de clases, al decir: "¡Viva la Virgen de Guadalupe!"

pe; mueran los gachupines!" Y de ahí vino esa obra destructora, tremenda de asesinatos.

Desgraciadamente la idea de Hidalgo, por lo que se refiere a la Independencia, era sana y perfectamente explicable. Ni siquiera el movimiento resultaba ilegítimo, considerando a la monarquía española como la autoridad legítima, porque entonces no había autoridad legítima en España. Morelos mejoró la situación, pero no llegó a comprender propiamente lo que significaba ese movimiento de emancipación. No era movimiento de independencia sino de emancipación.

Iturbide fue el que comprendió la situación, él proclamó la independencia, y bien sabido es, o a lo menos aquí no es sabido eso, pero la historia consigna lo que significa la bandera nacional.

Nos hacen creer desde hace muchos años que el blanco es la inocente vida, y el verde ¡quién sabe qué otras cosas!, y el colorado... Y no es exacto eso.

Iturbide representó en el blanco la religión católica, que entonces estaba amenazada en España por el movimiento de Riego; el verde representa la independencia, pero no solamente —y lo dijo así— de España sino especialmente de los Estados Unidos; y el rojo es la unión de españoles y criollos.

No fue la lucha ya de clases sino general, al grado de que propiamente no hubo mayor derramamiento de sangre en el movimiento de emancipación iniciado por Iturbide en Iguala el 24 de febrero de 1821, y consumada con la entrada de Iturbide al Séquito Trigarante el día 27 de septiembre del mismo año.

De manera que llevó a cabo una obra realmente admirable que, a lo que entiendo, no la comprendieron así los demás libertadores del resto de América Latina, ¡no! Allí se trataba propiamente de una guerra contra la monarquía, y aquí se trataba simplemente de emancipar a la hija o al hijo del poder paternal, pero conservando los vínculos de cultura y amistad y afecto, etcétera.

JW: Como la familia.

MPV: Como la familia. Ésa es la idea de Iturbide que no se ha entendido. Iturbide no pudo subsistir aquí; no pudo consolidarse porque España no comprendió lo que ello significaba. Y en los Estados Unidos sí comprendieron lo que significaba Iturbide, al grado que yo tengo por ahí un testimonio, me parece que de Jefferson, en que dice: "Éste no puede durar". Y no duró: Se valió de la masonería y a los tres años moría horriblemente asesinado en Padilla.

Ésa es la idea que tengo de Iturbide. Para mí es el héroe propiamente nacional; no padre de la nación mexicana, como no lo es ni Hidalgo. El padre es Hernán Cortés; él es el padre del Estado mexicano; ¡ésa es la cuestión!

JW: ¿Y con la muerte de Iturbide?

MPV: Pues surgió "el gran partido liberal", que se llamaba partido... pues realmente dependiente de los Estados Unidos, sostenido por Estados Unidos. Vinieron los pactos famosos de Nueva Orleans, de los que ustedes han de tener noticias, en que se pactó propiamente la persecución de la Iglesia, suscritos de un modo particular por Valentín Gómez Farías, mi dulce parientito. Bien, luego viene ya, pues sí, la lucha de Texas; la invasión norteamericana en la que estuvieron algunos de los que ahora se nos presentan como héroes.

Son páginas tristísimas, como fue eso... de los que figuraron después, que propiamente estaban del lado del invasor propinando "el brindis del desierto", y vino, pues, el despojo de las tierras de Texas.

Yo no soy de los que piensan que nos devuelvan lo que nos robaron. Yo solamente pido, y pido a los Estados Unidos, y eso sí en la forma más enérgica, de la manera más noble y frente a frente a cualquiera que sea, monseñores, lo que sea, lo que fuera, cualquiera que sea, de masones y todo, una cosa: que nos devuelvan la libertad. Eso sí, y esa nos la han quitado ellos.

Benito Juárez no hubiera triunfado si no le dan la protección. Y nosotros lo que queremos es la libertad; la libertad en un sentido genuino, humano, católico, de las instituciones, y formar un gobierno de sentido propiamente mexicano.

JW: ¿Libertad de educar a sus niños?

MPV: ...de los hijos, libertad de la Iglesia. La Iglesia en la actualidad, debido precisamente —me permite que lo diga— a esta libertad de que estamos gozando, esta tolerancia amplísima, mayor de la que gozábamos en el tiempo del general Díaz, salvo en la cuestión escolar; pero en la cuestión religiosa se goza de mayor libertad ahora que en tiempo de don Porfirio Díaz. Pueden haber procesiones. ¿Habrán visto ustedes esas manifestaciones a la Basílica que son formidables? Eso no se veía entonces. Ahora sí se ve.

Pues eso se lo debo, o se lo debemos, ¡ah sí, lo reconocemos muy agradecidos, al señor Nikita y a don Pepe Stalin; a ellos se lo debemos! ¿Por qué? Porque han llegado a comprender lo que yo le decía a la señora aquella en mi casa, todo lo que se ha hecho para ir acabando con México en el orden espiritual; todo lo que se ha hecho durante mucho tiempo sirvió a favor de los intentos de los Estados Unidos. Pero ahora lo que está sucediendo es que están poniendo un paquetazo ¿A quién? A Nikita y a Pepe, a la tendencia soviética. De manera que si los Estados Unidos no toman la actitud que ya van tomando, a lo menos de no seguir protegiendo el sectarismo; si no toman esa actitud, México y todo lo demás se volverá Cuba, como Cuba. ¡Ah, sí! ¡Esa es una cosa tremenda! Así es que digo yo: "Nosotros no pensa-

mos, ni queremos, ni pedimos los territorios de Texas y Nuevo México, etc.; nada más, sencillamente, que nos dejen desarrollar ampliamente nuestra auténtica cultura hispánica, católica, latinoamericana, greca".

Y estoy seguro que en esa forma México cumplirá sus altos destinos providenciales; que esa es otra de las cosas que ya —puede que ahora les proporcione una tesis que tengo por ahí— que México, las naciones, tienen una misión: nosotros nacemos, Dios no nos arrojó al mundo así como quien tira piedras al aire. No, con un destino, con una vocación, con tal tendencia en el orden natural y en el orden sobrenatural.

En el orden natural, pues uno es bueno para abogado, otro para arquitecto, etc., con tendencias a la filosofía, a la literatura. Y a las naciones las ha destinado, las cría, porque las naciones son la obra de Dios, y México es una obra de Dios, obra de la santísima Virgen de Guadalupe, que tiene una misión divina que cumplir. ¿Está bonito, verdad?

JW: ¿Y cree usted que Juárez no podía haber tenido éxito sin la intervención de los Estados Unidos?

MPV: Mariano Cuevas ha sostenido que las balas que mataron a Maximiliano en Querétaro fueron disparadas desde Washington. Sí. ¡Ah no!, probablemente hay quien pueda informar sobre todo el particular —yo no tengo datos sobre eso—; que oficiales americanos después de la Guerra de Secesión vinieron aquí al lado de Escobedo, y todos ellos fueron los que triunfaron en Querétaro. No fueron los del partido liberal; fueron los norteamericanos los que triunfaron aquí y los que triunfaron sobre el imperio, no les convenía el imperio de México.

JW: ¿Y entre la caída de Iturbide y la caída de Maximiliano, ¿hubieron héroes de los conservadores?

MPV: ¡Ah sí, hubo héroes! Desde luego hay tres figuras hermosísimas militares que son: Luis G. Osorio, un joven militar meritísimo, Miguel Miramón, y Tomás Mejía.

Miguel Miramón y Tomás Mejía, que tuvieron la gallardía de morir al lado de Maximiliano —esa es la cosa—, son figuras hermosas, y le digo: Miramón hubiera triunfado contra los jefes liberales; nada más que, pues, sucedió también el auxilio norteamericano en la Guerra de los Siete Años, y luego en la caída del imperio, la voz norteamericana. Sí; eso, ¡no cabe duda!

JW: Bueno, hay quienes dicen que Maximiliano vino a México con muchas esperanzas, pero que después tuvo dificultades.

MPV: ¡Ah sí, Maximiliano estuvo poco hábil! ¡Ah, no! Sí lo aceptaron; pero el hecho es que el pensamiento de los conservadores era el de conservar el sentido de México, el del auténtico México. Y sin embargo, así como los

liberales pidieron el auxilio efficacísimo de Washington, así los conservadores dieron la vuelta a pedir el auxilio de los monarquistas, y de Europa.

La idea de Iturbide no fue echar, levantar una muralla entre la cultura europea y nuestra cultura sino, al contrario, de conservar el vínculo mediante el desarrollo del hijo, respetando a la madre. ¿Verdad que está bien?

JW: Y Bustamante, ¿qué papel desempeñó?

MPV: Pues sí, realmente hubo un movimiento hasta que por fin, con el triunfo de Querétaro..., pues se acabó el catolicismo mexicano y se relegó a las iglesias a la sacristía; no hubo ya otra acción que durara. Y el general Díaz tuvo el talento de ir apretando y conservando el sectarismo a la par que las buenas amistades con los obispos, y se llevaban las cosas así. Pero al fin y al cabo tuvo que venir lo que tenía que suceder con la implantación del positivismo, de la escuela laica, y todo lo demás. Estalló la revolución contra Díaz con muchos de los elementos que el mismo Díaz había formado.

JW: Como resultado de los estudios que usted ha hecho, ¿qué opina acerca de la figura de Santa Anna?

MPV: ¡Pues nada! Con respecto a Santa Anna no he hecho estudios especiales. Me acuerdo que tenía yo una intención favorable a él únicamente por lo que se refiere a la batalla de Angostura, en donde estuvo gallardo. Pero en lo demás ha sido un personaje realmente siniestro para mí.

Esa es la idea que yo tengo de Santa Anna; no he tenido ocasión de dedicarme especialmente al estudio de él.

RECUERDOS FAMILIARES, ACTIVIDADES Y OPINIONES POLÍTICAS

JW: ¿Cuándo se recibió usted de abogado?

MPV: ¿Quién, yo? Ahora verá usted, pues a los veintitrés años en 1903, por ahí. Por ahí tengo el título...

JW: ¿Usted se casó hace sesenta años?

MPV: Debo decirle a usted, por lo que se refiere a mi esposa: a mí me preocupó sobremanera la elección de compañera. Yo había visto entre mis familiares un caso trágico en que había yo intervenido para evitar consecuencias que todavía ahora se están lamentando en matrimonios que no se hacen como es debido.

Le pedía yo a Dios que me diera luces para elegir. Lola, naturalmente jovencita, era amiga de mis hermanas. Empecé a estudiar y fue un trabajo, sí ciertamente de corazón, pero antes de "acá": de la mente al corazón. Y nos entendimos: me correspondió; fuimos novios durante seis años. Con gran respeto yo la trataba, al grado que vine a darle la mano ya cuando pedí

permiso de entrar a su casa, allá en Guadalajara —no sé si la señora ha tenido ocasión de captar eso— ya ahora no se usa. Las charlas de los novios no eran en las casas sino por la ventana o por el balcón que se hacían. ¡Muy romántico, muy bonito! Y me acuerdo que había una persona que tenía ocasión de estarnos viendo cómo platicábamos mi novia y yo. ¡Ah!, se quedó asustada del respeto con que yo la trataba: nada de besuqueos y de maniobras que dicen...

Sí, de manera que nos casamos y la verdad hemos tenido las bendiciones del cielo.

JW: Hace sesenta años.

MPV: A los sesenta años las bendiciones del cielo, digamos, en nuestros hijos que podían haberse descarreado, perdido la fe. Son tres hijos y tres hijas; una ya murió, sin familia, casada. Una de mis hijas vive aquí, viuda con dos hijos. La otra, también con muchos hijos y nietos. ¡Muy bien! Y luego mis tres hijos: un abogado, un arquitecto y un ingeniero. ¡Perfectamente bien!

JW: ¿Y cuántos nietos? ¡Cuarenta!

MPV: Cuarenta, y bisnietos treinta. Y realmente todos se han conservado en sus convicciones. El mayor de mis hijos ha tenido que sufrir crisis muy grandes: enviudó. Por supuesto que ya en eso de elección de novias y todo hemos dejado que el corazón haga su oficio. Pero sí, cuidándolos mi señora y yo hemos sido acertadísimos, digamos, en aprobar y hasta el grado de conseguir novias.

Nada menos que el mayor de mis hijos casado con una señora excelente, como dije, enviudó. La señora era hija del que creo que todavía es rector de la Universidad, un señor licenciado Esteva Ruiz.

Y como no conviene que el hombre esté solo, porque las hijas se le casaron, nos fijamos, yo me acuerdo que vi una señorita y pensé: "Esa es". Se casaron y le resultó una esposa espléndida, que ve a las hijastras como hijas, como hermanas.

Y el último de mis hijos que tiene la bicoca de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, es un líder del PAN. Anda en la lucha electoral con éxito, y sobre todo luchando con gran furor y energía y acierto contra el famoso artículo 3o., y la cuestión escolar. De manera que esa es mi situación por lo que se refiere a la familia.

JW: Después de recibirse de abogado, ¿qué hizo usted?

MPV: Pues ejercer mi profesión, y siempre con la idea de actuar un tanto en el orden político. Pero entonces no había recursos. El general Díaz no permitía esas actuaciones; pero nos fuimos preparando precisamente con mo-

tivo de la federación de los Congresos Católicos. Asistí al de Puebla, asistí al segundo de Guadalajara. ¿Que quiere usted ver actas? ¡Ahí las tengo!

Seguí trabajando, y entonces ya agarré el entusiasmo, sobre todo por el establecimiento de las cajas rurales Raiffeisen. Pero no había modo de actuar en el orden, digamos, político electoral.

En eso se empezó a presentar la cosa ya grave. El general Díaz, ya anciano, estaba sintiendo los efectos del liberalismo en el orden social y en el orden económico, y ya había un sentimiento de rebelión contra él.

No tardó en estallar el movimiento de Madero. Y francamente le digo yo a usted, que por el hecho mismo de haber sido yo antiporfirista, y por significar un anuncio de posible participación de los católicos en la acción política con el objeto de establecer un régimen adecuado a la índole de la nación, yo fui maderista.

JW: Usted fue entonces un maderista sentimental.

MPV: ¡No!, no tuve participación de sentimientos.

Maderista sentimental, al grado que consideré que iba a poderse actuar, como en realidad pudo actuarse ya en el orden público, en el orden cívico y político electoral.

Desde antes, como he dicho anteriormente, el padre Bernardo Bergoend nos había hecho comprender lo que debía de hacerse en el orden cívico y político: fundar un partido que contara con un programa adecuado a las necesidades, y adecuado a los principios católicos. Para eso me acuerdo que hasta obtuvimos que nos enviaran de Europa, de Francia, el programa de un partido político de los católicos que dirigía Jacques Dieu y el conde Alberto Desmoines. Lo estudiamos y hasta formamos el programa; pero no pudimos actuar sino hasta que se llegó el momento adecuado para llevar a cabo la fundación.

Entretanto sucedía eso en Guadalajara, aquí en México ya había el pensamiento de actuar en el orden cívico y político, especialmente en un centro que dirigía —un centro social, “El Casino”— que presidía el señor don Gabriel Fernández Olmeda, que hace dos años murió.

Y se trataba del programa que, llegado el momento, se iba a proceder a fundar el partido. Debido a que la dictadura se venía abajo nos apresuramos más por cuanto que el general Díaz, según parece, para poder sostenerse intentó llamar a los católicos para que lo sostuviéramos. Nosotros los antiporfiristas nos apresuramos a impedirlo. Ya el señor arzobispo de Guadalajara, de México, Mora y del Río, hombre de un sentimiento social y cívico muy dedicado, muy notable, muy levantado, iba preparando también, de acuerdo con Gabriel Fernández Olmeda, el movimiento de fundación del Partido.

JW: ¿Del Partido Católico Nacional?

MPV: Del Partido Católico Nacional. Se determinó precisamente para evitar que el general Díaz fuera a dar un paso que nos hubiera perjudicado. El señor Mora y del Río propiamente sí amparaba el movimiento, no puede decirse que él era el jefe.

Nos reunimos por fin. Me acuerdo que vinimos dos de Guadalajara, el señor don Luis B. de la Mora y yo, a la fundación del partido. Ello tuvo lugar —no me acuerdo de la fecha exactamente— ya unos cuantos días antes de la caída del general Díaz, y lanzamos el programa.

El programa del Partido Católico, bien sabido de libertades, de reconquista de la libertad, de reconquista de la libertad religiosa, y especialmente de expiación en el orden social y económico; de las enseñanzas, particularmente de León XIII en la encíclica *Rerum Novarum*; eso fue lo principal.

En Jalisco teníamos la cosa bien preparada, y a ese respecto debo retroceder un poco en lo que voy a exponer: ya por ahí, en los años de 1908 o 1909, se había celebrado en Oaxaca otro congreso católico. Al congreso asistió un señor doctor, don Refugio Galindo, gran hombre de ambición y muy adicto al señor Mora y del Río cuando él era obispo de Tulancingo. Pues allí se pensó que era necesario hablar, o de tratar de reunir a los elementos intelectuales o de empuje en la República para ir preparando esa acción pública, cívica, política. Y se fundó la Asociación de los Operarios Guadalupanos, institución que tenía por objeto el que nos escribiéramos unos a otros comunicando nuestras impresiones, y actuando y preparando el sentido cívico que entonces nos sostenía.

Bien, me acuerdo que celebramos en León una junta (en 1909) con los Operarios Guadalupanos para actuar, para ir preparando nuestro programa, y el doctor Galindo me recomendó a mí que hiciera el programa. En el programa, pues casi no recuerdo que haya puntos capitales; pero un punto capital sí lo tengo muy presente y es de carácter religioso y también cívico internacional: el Patronato de Nuestra Señora de Guadalupe sobre América Latina.

¿De eso sí ha estado enterado usted?

Yo propuse entonces aquello porque ya Trinidad Sánchez Santos, el escritor, había hablado de Nuestra Señora de América; pero yo me oponía a que fuera "Nuestra Señora de América", y que debía ser "Patrona de América Latina", patrona de la cultura propiamente católica, como antítesis de la cultura del norte.

¡Sí!, se aprobó aquello en la juntita aquella a que asistió nada menos que el suegro de Manuel Gómez Morín, un señor Torres; no me acuerdo cómo se llamaba.

Bien, pues se consideraba que esa declaración pontífica del Patronato de la Señora de Guadalupe había de obtenerse para que nuestros hijos, o nuestros nietos o bisnietos lo logaran; calculábamos pues, que la declaración del patronato había de ser al siglo, o a los cincuenta años.

Bueno, pues empezamos a trabajar. Nos presentamos los que habíamos asistido a la junta ante el arzobispo de Guadalajara, y me dijo éste, después que expusimos la idea:

“¡No, eso es imposible!” En el Concilio Latinoamericano el cardenal, que presidía las cuestiones aquellas del Concilio, lo propuso, y en el acto hubo obispos latinoamericanos que se pararon porque cada quien tenía sus devociones ya en favor de Nuestra Señora de Lujanes en la Argentina.

Salimos de allí, de esa junta, muy descorazonados. Pero este Luis B. de la Mora, que era un hombre de mucha acción —también había asistido a la junta, aquella junta de León—, fue y trató en Monterrey con el señor Ruiz y Flores, que después fue nuestro enemigo. Le persuadió a que persuadiera al señor Mora y del Río para que pidiera a los obispos mexicanos autorización para dirigirse a todos los obispos de América.

El señor Mora y del Río obtuvo la autorización y se dirigió a los obispos americanos, a los de América del Sur, de Guatemala y todo. Y sí contestaron muchos, pero violentamente. Nada más entiendo que dos obispos americanos dijeron que no; no sé quiénes serían.

El hecho es que al fin y al cabo, todavía en ese mismo año de Dios, ya iba uno de los prelados, Navarrete, a Roma, habló allí y a los nueve meses de nuestra junta de León, San Pío X declaraba a la Virgen de Guadalupe “Patrona de América Latina”. ¿Es bonito, no?

JW: Vino más rápido de lo que se imaginaban.

MPV: Nosotros nos imaginábamos cincuenta años. Ahora yo sé que existe la idea de que la Virgen de Guadalupe no puede ser la Virgen de Guadalupe, o que la Santísima Virgen no puede ser patrona de los Estados Unidos porque allá son racistas y aquí nosotros somos antirracistas: tenemos nuestra cultura. Pero la Divina Providencia me ha dado unos golpes en la puritita maceta, porque la parroquia de aquí es de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona, Emperatriz de América, ¡toda! Y así está, con sacerdotes muy apreciables. No son americanos, son canadienses. Pero el hecho es que Nuestra Señora no es patrona de América Latina, sino Emperatriz de toda América.

Pues eso fue para nosotros una cosa muy consoladora, y la idea todavía sigue siendo, por lo que se refiere a mí, que la Virgen de Guadalupe tiene que ser considerada como Patrona de la Estirpe. Eso sí: ¡Patrona de la Estir-

pe! Si nuestra estirpe la formamos toda América Latina, la América Ibérica, incluyendo al mismo Brasil.

JW: Y el Partido Católico Nacional, ¿aceptó eso?

MPV: ¡Ah, bueno! Le decía yo que el antecedente fue la organización que le dimos en Jalisco a los Operarios Guadalupanos. Se junta el Partido Católico con jefes bien conocidos, que a los miembros de los Operarios Guadalupanos son recomendados por nosotros, y en el acto queda admirablemente bien organizado, en el estado de Jalisco, el Partido Católico.

Se convoca a elecciones mediante una serie de accidentes que son muy largos; se convoca a elecciones y el Partido Católico celebra su convención, postula a los diputados católicos y resultamos diputados católicos por primera vez en muchísimos años en México, y entramos los diputados católicos a la Cámara de Jalisco.

Esa fue una labor magnífica. Llegamos (yo fui uno de los diputados católicos) y se inició la organización o la expedición de leyes relativas, antiliberales, antirrevolucionarias; es decir, con un sentido genuinamente social.

JW: ¿En qué año entró usted a diputado?

MPV: El año de 1912. Fuimos diputados en 1912, 1913 y 1914; dos años y medio de legislatura. La historia de nuestro esfuerzo legislativo realmente fue meritísima.

Ahora verá usted: en primer lugar lo principal fue la cuestión escolar. El presidente del partido, que era un licenciado Manuel F. Chávez, y que resultó naturalmente diputado, lo primero que hizo al instalarse en la Cámara —se instaló allí por primera vez en muchos años— fue invocar el nombre de Dios que nunca se había invocado allí. El nombre de Dios inició la expedición de una ley relativa a la libertad de enseñanza; amplísima la ley en favor de los católicos y de todos.

El caso es que ya nos habíamos puesto de punta con el gobernador, un señor Robles Gil, y él permitió que asistieran a la Cámara una colección de porras que impidieron que nosotros pudiéramos expedir la ley ésta. ¡No pudimos expedirla!

Fue la primera victoria que obtuvimos los católicos como legisladores; pero ya no intentamos expedir una ley de libertad de enseñanza, sino que lo que hicimos fue desquitarnos: no había en Guadalajara estudiantes que no hubieran hecho sus estudios en el seminario de Guadalajara, o que no hubieran obtenido sus certificados de estudios allí, y por lo tanto el gobierno tenía que considerar como válidos los certificados de estudio extendidos por este seminario. Y así, por medio de decretos particulares, individuales, hicimos una multitud de decretos que declaraban válidos los estudios de

fulano de tal, hechos en el seminario fulano, y hasta los protestantes acudieron por certificados y se los revalidamos.

Eso fue en lo que serví yo en la cuestión escolar. Pero en la cuestión social expedimos una serie de leyes muy interesantes. Fuimos los primeros —y eso no lo he logrado todavía que se haga constar en la prensa actual— fuimos los primeros que reconocimos personería jurídica a los sindicatos!

Aquí se había presentado por el Partido Católico en la Cámara federal una iniciativa a la ley sobre sindicatos; una ley amplia. Pues por ser iniciativa de los católicos no se le dio entrada. Nosotros la tomamos “allá” y la hicimos nuestra en Jalisco y expedimos la ley con modificaciones más o menos adecuadas y de mayor amplitud. Luego expedimos una ley de la cual ustedes tienen perfecta noticia —no sé si la pronunciaré bien— la “Homestead Law”, el bien de familia o patrimonio familiar. Yo inicié esa ley y se expidió; era indispensable y es indispensable!

Después vino una ley que se llamó “de la silla”, es decir, la obligación de poner sillas en talleres y almacenes en favor de los trabajadores, y especialmente a favor de las empleadas.

¿Qué más? ¡Ah!, expedimos especialmente una ley concediendo fácil personería a las instituciones de crédito agrícola y popular, el crédito popular, las cajas Raiffeisen, y otras disposiciones. ¡Ah!, el descanso dominical, mediante un estudio muy circunstanciado que se hizo sobre un impuesto para lo que pudiera sentirse.

Esa fue nuestra labor legislativa en el orden social. En el orden propiamente político establecimos la representación proporcional debido a que las elecciones no se hacen por distritos sino que son generales, y luego se saca una proporción del número de votos y se distribuyen entre los diputados y municipios.

JW: Para que todos los partidos tengan...

MPV: ...tengan su representación. Y no solamente eso sino que le damos esa ley, ese precepto de la representación proporcional a la categoría constitucional del estado de Jalisco.

Como a estos señores infelices de la Constitución de 1917 no les convenía tal representación proporcional sino el carro completo que siempre se han empeñado ellos por llevar, suprimieron la propuesta y expidieron en la Cámara y en el Congreso, en la Constitución, la prohibición o la imposibilidad de que pudiera haber representación proporcional.

Bien, pues estuvimos actuando, teniendo nuestras dificultades de más o menos importancia y de crisis con el gobernador.

JW: ¿Les afectó a ustedes la caída de Madero?

MPV: No intervinimos ni siquiera en dar nuestra aprobación o desaprobación a la dictadura de Huerta. Seguimos allí, con grave peligro por cierto. Sí

tuvimos un acto de ciertas debilidades con relación a Huerta, porque fue brutal Huerta. El hecho es que seguimos allí funcionando hasta que llegó Carranza. Entonces fue cuando —digo yo acá en tono de broma— se me otorgó el título de “Príncipe de la Casa Blanca”. Se los voy a demostrar aquí ampliamente.

JW: ¿Y la Iglesia apoyó a Huerta?

MPV: ¡No!

JW: Hay unos historiadores que dicen que sí.

MPV: Sí, los hay. ¡Absolutamente nada! ¡No lo apoyó! Naturalmente que no intervino la Iglesia; y tan no lo apoyaba que el presidente del Partido Católico, Gabriel Fernández Omelleda, fue expulsado; tuvo que escapar aquí temiendo ser asesinado por Huerta.

No, la Iglesia absolutamente no tuvo nada que ver. Naturalmente Huerta concedió ciertas libertades religiosas con motivo de presiones por la proclamación de “Cristo Rey”, que fue en tiempo de Huerta.

Es una cosa muy interesante, pero no hubo ningún vínculo con Huerta. La información que se lee en esa obra que le decía yo a usted de Aquiles Moctezuma,¹ demuestra que Carranza realmente se pronunció contra Huerta con motivos muy poderosos: nada menos que el asesinato de Madero y la traición de Huerta contra Madero, su jefe, que lo acababa de nombrar; se pasa y se hace proclamar —el famoso Huerta— presidente de la República. Y viendo venir eso nosotros los católicos —no sé si Dios intervino— que la cosa se nos ponía sumamente difícil... ¡Ah!, pero antes debo decir, Carranza no era un sectario; pero, según informes, según lo consignan los autores de la obra ésta de Aquiles Moctezuma —el nombre es un seudónimo—, de los Estados Unidos, de la Casa Blanca, vino la condición que debía de desarrollar una persecución contra la Iglesia, y que podían contar con el apoyo de la Casa Blanca. Y entonces se comenzó a desarrollar esa persecución.

Como decía antes, Carranza no tenía, ni por tradición ni nada, temperamento de perseguidor, y viene el “barbas” éste a perseguir a la Iglesia amparando una multitud de iniquidades de todo género. Horroroso fue aquello.

Y solamente así triunfó Carranza, contando con el apoyo que le prestó la Casa Blanca.

JW: Hay personas que creen que los legisladores que quedaron en la capital bajo la tutela de Huerta fueron traidores a la patria porque debieron haber salido para luchar contra Huerta. ¿Qué opina usted? ¿Tuvieron que quedarse para seguir en sus puestos?

¹ Eduardo Iglesias y Rafael Martínez del Campo (seudónimo Aquiles P. Moctezuma), *El conflicto religioso de 1926*, México, D.F., s.p.i., 1929.

MPV: Probablemente. La verdad es que lo indicado era realmente que se hubieran reprimido ellos. Sí, y gran parte de los que aprobaron la renuncia de Madero, pues era cámara maderista; no era de católicos. Habían allí católicos, pero no... ¡Ah!, como les decía a ustedes, en la persecución de Huerta contra nosotros, calculamos esto: que Wilson había declarado su furor, ciertamente justificado, reconozco, por la acción de Huerta contra Madero. Y lo que había que hacer era procurar que Huerta no resultara presidente a perpetuidad, sino que fuera interino y que convocara a elecciones. Y en las elecciones entonces proclamamos nosotros, o preconizamos, a Federico Gamboa, que era un escritor nada menos que ministro: fue secretario de Relaciones Exteriores de Huerta. Postulamos a Federico Gamboa; él reconoció que no había más remedio que hacer que Huerta entregara, pero Huerta quiso detenerse y fue cuando persiguió a los del Partido Católico, en especial al presidente, a Gabriel Fernández Omelleda, y Huerta se hizo proclamar de nuevo ya presidente electo.

Pero no hubo ni tiempo de eso porque entonces ya Wilson protegió a Carranza, y avanzó el carrancismo destruyendo y haciendo ihorrores!

Ese fue el fin de nuestra actuación, de los diputados católicos. Allá en Guadalajara nos ocultamos, al llegar los carrancistas a esa población haciendo horrores.

JW: ¿Y la legislación social de ustedes fue suprimida?

MPV: Pues sí. Es decir, hubo el periodo preconstitucional. Hay en eso del carrancismo cosas muy abominables.

Carranza se pronunció con su carácter de constitucionalista para proclamar el restablecimiento de la Constitución que había sido violada por Huerta. Y en lugar de eso, en lugar de convocar a elecciones para constituir la nación de acuerdo con la Constitución de 1857, de dar un puntapié a la Constitución que él había proclamado, porque eran constitucionalistas, y convoca anticonstitucionalmente al Congreso Constituyente de Querétaro, y expiden la ley: expiden esa Constitución que es un conjunto de infamias. Y tengo aquí documentación a lo menos de datos de que los artículos sectarios fueron dictados en los Estados Unidos.

Los diputados que asistieron, los del Constituyente, eran una colección de majaderos; eran una cosa repugnantísima. Y se restableció el orden constitucional después de haber tenido un periodo preconstitucional en que tenían derecho ellos, los revolucionarios, de hacer itodo lo que se les antojara!, asesinatos y todo.

A mí me iba a tocar eso; no me asesinaron por una multitud de razones. Ya les daré yo las versiones que tengo aquí.

JW: Bueno, ustedes se quedaron en la Legislatura.

MPV: No; desapareció.

JW: Pero debía de haber seguido.

MPV: ¡Ah, cómo no!

JW: ¿Y no había necesidad de una nueva constitución?

MPV: No; pues no... y sobre todo la cuestión capital era ésta: que Carranza había proclamado la Constitución de 1857, el restablecimiento constitucional violado por Huerta. ¡Y nada!

Viene aquí y en lugar de eso hace algo tan grave como Huerta, y es violar la Constitución que él había proclamado convocando a un Congreso Constituyente.

JW: Pero, ¿por qué?

MPV: Porque le hubiera sido muy difícil el extremado sectarismo y el espíritu revolucionario que tiene la Constitución de 1917 en la Constitución de 1857. Eso es lo capital: gravísimo, ¡gravísimo!

JW: ¿Y entonces Carranza quería una nueva constitución para aplastar a los católicos?

MPV: Pues para establecer las reformas revolucionarias.

¿Sabe usted que —ahora les voy a enseñar a ustedes— a mí me tomaron después de haber estado oculto durante nueve meses? Y consideré que ya era casi una ignominia que siguiera yo en Guadalajara oculto, y salí, y en el acto me echaron garra. En el periodo preconstitucional si me hubieran tomado en la noche del día en que me mandaron a aprehender, me matan esa misma noche o en la madrugada. Pero sucedió que no me pudieron aprehender entonces, sino hasta la mañana siguiente en el centro de la ciudad.

LA LIGA NACIONAL, DEFENSORA DE LA LIBERTAD RELIGIOSA

1 de mayo de 1964

JW: Estábamos hablando la última vez, licenciado, de cuando usted fue aprehendido en 1915, y quisiéramos seguir en esta nueva sesión que nos lea...

MPV: ...la conversación respectiva y el oficio correspondiente que me fue entregado entonces. Digo:

" 'Diploma de honor otorgado por la Revolución antipatria'. Al margen se lee un sello que dice: 'Comandante Militar de Jalisco, No. 630'. En el centro: 'La Orden del Día, de 2 a 3 de los corrientes'."

En la parte que usted atañe, textualmente dice:

"*Primero.* Se han expulsado del territorio que comprende el estado de Jalisco y el de Colima los políticos reaccionarios, licenciados Celedonio

Padilla y Miguel Palomar y Vizcarra, por considerarlos nocivos a la implantación de las reformas revolucionarias, apercibidos que, de volver, se les aplicará la pena conducente; lo que transcribo a usted por acuerdo del ciudadano general, comandante interino del Estado, advirtiéndole que se señala el término improrrogable de cinco días para que salgan de esta ciudad.—Constitución y Reformas, Guadalajara, junio 2 de 1915. (Firma). El coronel en jefe del estado mayor, J. Ramos Cuadros (rúbrica). Señor licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, Ciudad.”

Antecedentes y circunstancias en que se me hizo entrega del oficio No. 630 de la Comandancia Militar del estado de Jalisco, de fecha 2 de junio de 1915:

“*Primero.* El suscrito diputado al Congreso del Estado de Jalisco, postulado por el Partido Católico Nacional, estuve desempeñando tan honroso cargo en dos legislaturas, y durante su vigencia intervine de modo directo en la expedición de leyes de carácter social, antiliberales y antirrevolucionarias. Entre ellas se reconoció personalidad jurídica a los sindicatos, cosa que no se había hecho anteriormente; se autorizó la constitución del bien de familia o ‘patrimonio familiar’, se expidió una ley estableciendo el descanso dominical; se expidió otra obligando a los dueños de almacenes y fábricas a tener sillas para los empleados y obreros, y se otorgaron en particular excepciones fiscales en favor de las instituciones de crédito popular cajas Raiffeisen, y también se hizo una fuerte campaña en favor de la libertad de enseñanza.”

“Como uno de los directores del Partido Católico Nacional en el estado de Jalisco desplegué ciertas actividades antiliberales, antirrevolucionarias con sentido genuinamente católico, particularmente en las conferencias que durante mucho tiempo estuve dando cada domingo en salones pertenecientes al partido, o agenciados por el mismo. Todo esto, a lo que entiendo, debió causar enojo a los sectarios, especialmente a los masones.”

“*Segundo.* Llegó la revolución acaudillada por Venustiano Carranza desplegando el furor anticatólico que le fue impuesto por el gobierno norteamericano. Como era indicado, dado el sectarismo imperante, los que constituíamos el Congreso legítimo de Jalisco tuvimos que ocultarnos inmediatamente que entraron los carrancistas triunfantes en Guadalajara.”

“Algunos de los que formaban aquel Cuerpo, pasado algún tiempo pudieron volver a su vida ordinaria sin sufrir molestias graves de parte de los imperantes. Recuerdo a ese respecto a los señores licenciado Manuel S. Chávez, doctor Francisco Marrón Alonzo, y don Alfredo Martín Silva, estimadísimos personajes.”

"Conociendo yo el encono que sentían en mí contra los elementos sectarios, permanecí aún oculto por cerca de nueve meses. Al fin, en vista de la suerte que habían tenido mis compañeros de actividades cívico-políticas, me determiné a iniciar mi vida ordinaria volviendo a mi casa con el designio de reanudar mis trabajos profesionales."

"*Tercero.* Pero, en el acto que los que imperaban preconstitucionalmente se dieron cuenta que yo me hallaba en mi ciudad natal, y que por lo visto habría de seguir viviendo en ella, fui aprehendido por orden de la Comandancia Militar de Jalisco."

"El sujeto que me aprehendió era un individuo cuyo nombre no recuerdo ni quiero recordar, a quien yo había prestado y debía prestar ciertos servicios a viva cuenta de la influencia que yo tuve en alguna dependencia del gobierno local. Fui aprehendido en uno de los portales del centro de la ciudad a eso de las diez de la mañana. Ya habían comenzado las pesquisas la víspera, y, según noticias que me fueron proporcionadas posteriormente, si me hubieran podido echar garra por la noche hubiera sido yo asesinado esa misma noche o en la madrugada. Pero, en atención a que inmediatamente después de ser aprehendido pudieron desplegarse activísimas gestiones para evitar mi asesinato, ello no se consumó."

"Quienes desarrollaron esas actividades con mucha eficacia fueron, mi cuñado Gabriel Silva y González, el licenciado Felipe Valladares, y la señorita Paz Villaseñor; el primero valiéndose de su amistad con el general revolucionario Ferreira, la tercera porque era pretendida del licenciado Roque Estrada, hermano del jefe interino de la Comandancia, Enrique Estrada, e ignoro qué relación haya podido explotar el segundo. ¡Ah!, dicen que quien mayor interés tenía en mi eliminación por medio del asesinato o de la expiación era Enrique Estrada, que se había tornado en un revolucionario radical, habiendo sido en su juventud un piadoso congregante de San Luis Gonzaga cuando yo era prefecto de esa congregación. Edificábamos a sus socios por su frecuencia en la comunión sacramental todos los domingos, o sea un foro de un grupo de congregantes en que yo aparezo al lado de Roque; provistos estamos con nuestras respectivas medallas."

"*Cuarto.* El hecho es que fue probablemente debido a las cuestiones activísimas ya indicadas, o a que se haya considerado por los que deseaban mi eliminación que no valía la pena conferirme tan grande significación sacrificándome en forma tan trágica, así como porque el joven general Enrique Estrada no se caracterizó como sanguinario, y se determinó en lugar de mi muerte mi expulsión de Jalisco y Colima."

"A los dos o tres días de haber estado consignado en la Penitenciaría de Escobedo, propiamente incomunicado, se me hizo saber por la mañana que

se encontraban en la alcaldía de la Penitenciaría mi madre, la señora Dolores Vizcarra viuda de Palomar, y la señora, mi esposa, Dolores Silva de Palomar. Indicándome, a lo que recuerdo, que quedaba en libertad.”

“Efectivamente estaban en la alcaldía mi madre y mi esposa, quienes me repitieron, como es de suponerse, demostraciones de honda afección. Mas no hubo tiempo que yo pudiera departir con ellas, sino que en el acto un individuo que se encontraba sentado ante una mesa en el extremo de la estancia me llamó con un ademán un tanto amenazante. Acudí y con términos de cierta manera autoritarios me ordenó que me enterara del oficio citado, haciéndome saber que la pena conducente, de que se hace mérito en el documento, era la de muerte.”

“Dispuso dicho individuo que yo firmara el recibo del oficio y me entregó el original.”

“Salimos mi madre, mi esposa y yo de la Penitenciaría consternados ante la orden que se me acababa de comunicar y nos dirigimos a pie a la casa de mis padres políticos haciendo consideraciones sobre la forma en que se podría dar cumplimiento a las disposiciones fulminantes. Acertó a alcanzarnos el individuo que me había hecho entrega del oficio, quien probablemente, a pesar de ser revolucionario, se sintió afectado al ver las lágrimas de mi madre y de mi esposa.

“Iba en bicicleta y se acercó a nosotros para hacernos saber algo de los medios que podrían emplearse para salir yo del territorio del que yo quedaba expulsado, porque entonces eran muy difíciles los medios de comunicación en atención a que estaban en plena lucha el carrancismo y el villismo. Y por ese sujeto supimos que mis enemigos lo que deseaban era mi muerte, y que por lo tanto lo que yo debía hacer, desde luego, era dar providencia de salir cuanto antes de la ciudad, en el término de los cinco días que se me habían fijado.”

A los tres o cuatro días emprendí la partida desde la casa de mi madre acompañado por el señor Manuel García Herrera, joven que había luchado noblemente en las filas del Partido Católico. Y bien recuerdo lo doloroso de mi partida:

“Me despedí de mi madre, de mi esposa, y experimenté viva afección al ver que una de mis hijas, chiquitina, Aurora, que propiamente inconciente corría alrededor del grupo que formábamos a despedirme.”

“García Herrera y yo logramos no ser advertidos de nuestra partida por ciertos vigilantes que se hallaban próximos a la casa de mi madre. Emprendimos la partida para la Villa de Zapopan en donde podía yo pasar algunos días en la casa de un primo mío, el señor don Ramón Castañeda y Palomar; pero, al acercarnos a la población —íbamos a pie— nos encontramos con el

señor obispo don Ignacio Placeres y Moreira, prelado en aquel entonces de Tehuantepec, que, debido a que la Revolución encajaba sus garras en todo México, se había visto obligado a instalarse temporalmente con sus familiares en la citada villa. El noble prelado me brindó albergue con admirable gallardía y allí quedé instalado."

"No se llevó a efecto el trágico viaje que debía seguir hasta los Estados Unidos, para cuyo objeto yo llevaba la considerable suma de veinte o treinta pesos en divisiones."

"Permanecí en la morada del prelado por mucho tiempo oculto, si bien es que pude ser visitado, con las debidas precauciones por mi esposa, mi madre, mis hijos y otros familiares y amigos."

"*Quinto.* A fines de 1916, acompañados por extraños que después habrían de ser mártires de la causa cristera, licenciados Anacleto González Flores y Miguel Gómez Loza, pude trasladarme a una huerta en los suburbios de Guadalajara que estaba al cuidado de otro del Partido Católico, Alberto Rodríguez. Después, siempre con todas las precauciones, me pasé a otra huerta que poseía Miguel Velarde, otro de los del mismo partido."

"Terminado el régimen preconstitucional, ya fue posible tomar trazas para venirme con mi esposa y mis hijos a la capital de la República. Antes, en una forma en verdad patética, asistí en la casa del señor doctor Miguel Silva Renderos a una misa celebrada por el señor presbítero don José Refugio Huerta en que hizo su primera comunión mi hija María Luisa. Mi esposa, con mis hijos Ignacio, Josefina, María Luisa, Aurora y Beatriz, tomó el tren en la estación instalada en Guadalajara; yo en la estación de Las Juntas. En el trayecto se sufrió un retardo porque un grupo de revolucionarios se presentó amenazante."

"Llegamos a la capital en las condiciones deplorables que es fácil suponer, y nos instalamos en una pobre vivienda establecida en el Puente de la Morena, Tacubaya. Como se ve, tengo derecho a sentirme muy satisfecho con el testimonio que los revolucionarios carrancistas, agentes calificados de la Casa Blanca, me otorgaron declarando que se me consideraba como nocivo para la implantación de las reformas revolucionarias: esas reformas dictadas por los ilegítimos y miserables diputados al llamado 'Congreso Constituyente' que impuso sobre este pobre México la iniquidad de 1917".

"Debo, sin embargo, declarar que deploro del modo más sincero no haber sido, ni podido ser en realidad nocivo como lo dijeron los que me expulsaron de mi tierra natal, porque no he tenido, ni tuve, las altas cualidades de un hábil político, caracterizado estadista, o caudillo."

"Posteriormente a aquellos acontecimientos fui uno de los muchos que se enfrentaron a Calles con la más recta intención. No obstante mis deplora-

bles y grandes deficiencias, me permito, cuando el caso se presente, ostentarme como 'Príncipe de la Casa Blanca', y como prueba exhibo el Oficio No. 630 de la Comandancia Militar de Jalisco, el 2 de junio de 1915. México, D. F., a los veinte días del mes de abril de 1964. Firma Miguel Palomar y Vizcarra."

JW: Muchas gracias. ¿Tuvo usted entonces que salir de Jalisco? ¿Tenía usted conocimiento de la Constitución de 1917?

MPV: Evidentemente. Todavía estaba yo en Jalisco oculto cuando se conoció el texto de los artículos fundamentales de la Constitución. Debo decirle que fue obra de unos miserables al servicio propiamente del sectarismo norteamericano. Hay motivos muy poderosos, y hasta se puede precisar el nombre de quien impuso, trajo y redactó los artículos sectarios de la Constitución de Estados Unidos. Bien, pues ya hondamente lastimados con ellos, vine aquí a la capital, me instalé, empecé a desarrollar mi trabajo profesional simplemente; pero, siempre con el espíritu y con la espina de la Constitución de 1917 que resulta gravísima, no sólo para los intereses de los católicos sino para los intereses de nuestra cultura nacional. Desde luego debo advertir que el famoso artículo 3o. constitucional es un artículo infame, inicuo, que significa la confiscación de los más sagrados derechos de los padres de familia. Conforme a la Constitución el padre de familia no tiene derecho de educar ni dar instrucción a su hijo. Y efectivamente en la actualidad algo se está haciendo a ese respecto; pero en fin, dejaremos esos comentarios para después.

Luego, otra de las cosas que duelen hondamente es la situación jurídica constitucional en que quedan las iglesias, pero particularmente las de la Iglesia Católica. Es, lo declaro de una manera solemne y con positiva indignación, que la condición de la Iglesia Católica en México, según la Constitución, es peor que la de las cantinas y de los burdeles. En efecto, si se establece una cantina, o se establece un burdel, podrá hacerse por la acción de la policía todas las acciones de seguridad que se quieran; pero, la finca en que se establece el burdel o la cantina no puede ser nacionalizada. Si se establece, si simplemente se inicia la construcción de un templo católico, en el acto queda nacionalizado sin necesidad de indemnización de ninguna especie, ¡absolutamente!

Mas, el Estado, o la ley, no puede establecer un límite para las desventuradas que viven en los burdeles, ni para los empleados en las cantinas, pero, basta que se destine un individuo al sacerdocio para que su ejercicio quede limitado por su número. Conforme a la Constitución las Cámaras federales y de los estados tienen derecho a limitar el número de sacerdotes que llegue a haber en el Distrito Federal o en cada uno de los estados. En la actualidad

no es así porque se disimula, es decir, no se aplica la ley. Pero la ley está vigente: esto es lo que principalmente me duele, y como digo, desde entonces tuvimos varias actividades de organizar partidos para ver si se podía obtener la derogación de esas leyes, y se hizo campaña contra la elección, primero contra Obregón. Le presentamos un candidato en contra, y luego a Calles le presentamos otro candidato, que era de la Revolución pero que nos presentaba ciertas garantías. Ese era Ángel Flores, el de Calles, y se dice que fue asesinado; fue muerto precisamente. Y llegó don Plutarco Elías Calles a procurar hacernos felices, determinado ya definitivamente a hacer efectivas las disposiciones de la Constitución del año de 1917, especialmente en el orden religioso, y expidió la "Ley Calles".

En vista de esto, pues, los que siempre habíamos estado luchando contra el régimen, debo decirle que no luchábamos particularmente por poner otro sujeto en la presidencia, o por poner diputados, sino que, especialmente, en lo que luchábamos era por la conquista jurídica constitucional de la libertad. Eso fue.

JW: ¿Y no tenían los sacerdotes personalidad jurídica?

MPV: ¡Absolutamente! No son reconocidos los sacerdotes más que para establecer nulidades sobre ellos. Es cosa curiosísima: no pueden hacer absolutamente nada; no tienen propiamente nacionalidad; se les considera como súbditos del Papa. Pero eso sí, de una manera que ni siquiera debiera reconocerse la existencia del pontificado, ni de la Iglesia, ni nada, ni de los prelados. Pero, cuando se trata de establecer nulidades, entonces sí se reconoce que son sacerdotes. Esa es una cosa muy curiosa.

Bien, pues veo que ya don Plutarco y los suyos dieron trazas para llevar adelante su persecución, y realmente lo que se proponía don Plutarco definitivamente era traer el sentido católico en México. Pues entonces fue cuando organizamos la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

Esa institución se organizó, no con el carácter propiamente de una dependencia del Episcopado, sino como un trabajo de seglares católicos, y de seglares en general, amantes de la libertad y de los derechos fundamentales del individuo. Se fundó la Liga con ese programa, naturalmente aceptando el criterio católico. Pero para llevar a efecto la lucha cívica, repito, con criterio católico pero no como una dependencia del Episcopado.

JW: Pero el Episcopado sí tenía una dirección.

MPV: No; no tenía doctrina, y llegamos hasta esta conclusión cuando establecimos la Liga; la establecimos de esta manera:

"Si hay algún prelado que nos desautorice, y no hay otro prelado que salga a nuestra defensa, nos vamos a nuestra casa."

Ésta es la cosa. Debo también advertirle, propiamente ese fue el carácter general que le dimos a la Liga:

"Institución Cívica de Defensa de las Libertades Esenciales".

¿En qué terreno?

Pues en el terreno en que se nos ha atacado: el público.

Bien, desde luego obtuvimos la aprobación, puede decirse pues, de todos los prelados. Sin embargo, ya al poco tiempo se empezaron a sentir dos corrientes: una, que se proponía seguir realmente viendo con interés, y realmente procurando formar la conciencia colectiva de los católicos en el sentido de la resistencia a la tiranía, a la tiranía anticatólica, antisectaria, antirreligiosa; y la otra, una tendencia a entenderse con los tiranos.

En fin, ya se empezó a sentir. Sin embargo nosotros seguimos adelante, obtuvimos éxito en la organización, se organizó la Liga.

JW: ¿Y tuvo usted algún papel en la Liga?

MPV: Evidentemente. Sí, fui uno de los..., no digo yo que el principal, pero sí de los colaboradores.

JW: ¿Quién fue el principal?

MPV: El licenciado Rafael Ceniceros y Villarreal. Y ya hubo otros muchos. Propiamente, le voy a decir a usted que, y esa es nuestra gran satisfacción, no fue obra de un caudillo, de un Hitler, de un Mussolini. No, el grupo de la explosión de la conciencia nacional.

JW: ¿No fue usted el primer vicepresidente?

MPV: No, no... Era presidente don Rafael Ceniceros, y yo era uno de los colaboradores; y por particular consideración de que no se fuera a pensar que uno lo que quería era la figuradera y la ostentación, procuré siempre estar en mi carácter de *colaborador*.

JW: Yo creía que usted había sido uno de los vicepresidentes.

MPV: Sí, fui vicepresidente pero ya en segundo término, y especialmente debido a la actitud que yo guardaba: que no quería yo aparecer como un individuo que anda queriendo figurar.

JW: Pero usted guardaba el archivo de la Liga.

MPV: Pues no: yo lo salvé. Pero posteriormente, luego, viene el drama más tremendo para nosotros.

Pero le estaba yo hablando de mi título ese de Caballero que tal vez no sea conveniente decirlo ahorita.

JW: Sí, ¡claro que lo es!

MPV: Se trata en ese momento de mi persona, y voy a suspender el relato de la campaña, o de la presidencia de Calles para hablar de mí personalmente.

Pues estaba yo de alta estimación del prelado de Guadalajara, el célebre don Francisco Orozco y Jiménez que se distinguió por su carácter y por una

multitud de circunstancias favorables. Él fue expulsado también antes. En tiempo de la revolución carrancista fue expulsado y tuvo que ir a Roma, y allá se acordó de mí y de un joven que había sido mi discípulo y que ahora es un escritor muy caracterizado, Pedro Vázquez y Pérez —un Pedro Vázquez que anda por allí— y nos consiguió el título de Caballero del Orden Pontificio de San Gregorio IX. Nos lo trajo.

Francamente les digo a ustedes:

En aquella época sí me llenó de satisfacción; era mucho antes de la persecución callista; era el año de 1919, y Orozco me trajo el título de Caballero de San Gregorio que me otorgó el Pontífice Benedicto XV el año de 1919. Aquí pues, luego que lo recibí... yo estaba todavía con mi carácter un poquito de muchacho, muy muchacho, con decoraciones y lo demás... y en una velada solemnísimas que celebró aquí en uno de los centros de Guadalajara, el señor Orozco y Jiménez me puso la Cruz de San Gregorio. Y desde entonces, de cierta manera, me he creído especialmente obligado a luchar por la Iglesia para ser digno del título de Caballero de San Gregorio. ¡Esa es la cosa! ¡Eso es lo que puedo decir del título de Caballero!

JW: ¡Ah, sí; usted se ve muy bien! ¿Y el uniforme de qué es?

MPV: De Caballero de San Gregorio. La cruz y el espadá y todo lo demás; pues lo son. Ahora sigo yo con la actitud que guardamos ante la persecución callista.

LA REBELIÓN CRISTERA

JW: ¿Pero cómo pudo Calles ordenar esa persecución si todos los mexicanos son católicos?

MPV: ¡Eso es lo que digo yo! Sí, es que ahora, con permiso de ustedes, voy a tener que decirlo, el señor Calles temía, o quería bienquistarse con Washington, y esa fue la causa principal de la persecución. Es muy doloroso eso; sumamente doloroso, muy irritante. Pero el hecho fue así, y puede decirse que ni los vimos realmente con honda tristeza y amargura; los perseguidores de la Iglesia en México han sido aquella otra cosa que les dije ayer, lacayos de la Casa Blanca para acabar con la Iglesia Católica. Desde Obregón, ¿ya tiene usted la carta de 31 de julio de 1962 que le puse a la señora de John F. Kennedy? Le dije a la señora Kennedy:²

² Una copia de esta carta está depositada en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, Berkeley, California, EUA.

“Obregón procuró que se dinamitara la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe precisamente para bienquistarse con Woodrow Wilson.”

JW: Pero, ¿por qué cree usted que ha tenido Washington este deseo de acabar con el catolicismo en México?

MPV: ¡Ah!, mire usted: Roosevelt lo dijo; Theodore Roosevelt lo dijo en la Argentina: que mientras predominara el sentido católico en las repúblicas latinoamericanas era imposible la anexión de ellas a los Estados Unidos.

¡Esa es la causa! ¡En realidad esa es la causa. De manera que de ahí, especialmente tratándose de México que está de inmediato, viene el deseo de establecer la impiedad, la persecución, la extirpación de la Iglesia. La legislación lo implica en la Constitución de 1917, y es peor, o equiparada igual o peor a la legislación que Nikita impone allá a los países satélites. ¡Eso es en realidad!

Ahora ya no estamos en esas condiciones. El gobierno disimula por lo menos en orden religioso porque ya... pues ya la protección de Washington no viene.

JW: Sí, hablábamos de este asunto el otro día: de Washington en contra de la Unión Soviética, y, con esas dos potencias oponiéndose una a la otra, México puede hacer lo que quiera.

MPV: Sí, precisamente algo; por lo menos ya la campaña presidencial ahora se ha podido desarrollar con gran libertad. El joven ése, que es muy apreciable, José González Torres, hombre muy inteligente, ése ha podido hablar y andar por dondequiera, como debían de haber hecho antes las campañas esas. ¡Válgame!

Sí, ya le digo a usted, nosotros postulamos a Ángel Flores, general revolucionario, contra Calles, y hay probabilidades que Ángel Flores, que era un hombre de corazón valiente y recto, pues hay quien diga —no tengo yo, no hay pruebas— que fue envenenado, o que murió a consecuencia de su campaña electoral, campaña electoral que hicimos en condiciones miserables deficientes: fundamos un partido.

Ahora ya las cosas van cambiando un poquito; se va despertando más el espíritu publicitario.

Bien, pues como les decía a ustedes: ahora seguimos con Calles.

En vista de nuestra actitud, y de la actitud que en general guardó el Episcopado, hubo de estos prelados que se distinguieron allá en la mente al enfrentarse a la tiranía, como el famosísimo José Jesús Manríquez y Zárate, un gran prelado, admirable; otro, el señor Leopoldo Lara y Torres; otro, el señor mismo, Primado de México, el señor José Mora y del Río, y otros más.

En general predominó esa tendencia a la resistencia apoyada en el Vaticano por el mismo Pío XI.

Primero se determinó que la campaña se debía desarrollar rigurosamente dentro del orden cívico, es decir, legal: a ganar la opinión, presentar recursos, en fin, establecer lo que se llamaba "boycott". El boycott se propuso para suspender hasta donde fuera posible la vida económica total del país para que el gobierno sintiera la miseria que se le venía, y entonces derogara las leyes. Pero nada de eso dio resultado.

Desde luego, ya desde entonces se empezó a sentir el efecto de los prelados partidarios de la derrota. El boycott iba dando resultado, las familias en la capital de México mismo, que no se caracterizaba como otras poblaciones de la República que son rigurosamente católicas, pues aquí en México el consumo de la luz, la asistencia a los teatros y cines, etc., pues esas empresas iban para abajo, a la ruina. Las familias sacaban su dinero del banco y ya lo tenían en lo particular. En fin, se dedicaron a paralizar la vida económica del país. Se iba realmente en buenos caminos, cuando ya Calles empezó a dar muestras de poder tratar con algunos prelados, y unos prelados a tratar con él. Y tuvieron una entrevista el señor Ruiz y el señor Díaz, que fueron los primeros, y entonces se aflojó mucho la acción, al grado que...

JW: ¿En qué año fue eso?

MPV: En el año 1926. Y el caso es que esa actitud llegó a la misma Santa Sede y vino un telegrama, un cable tremendo condenando todo movimiento que significara alto de la aceptación de la ley conforme a la conciencia del pueblo. Sí, decir de antemano. Bien, pues se siguió acechando, pero el hecho es que no se pudo avanzar ya como uno hubiera querido, por medio de una acción así cívica en el terreno económico.

Se presentó por los prelados todos un recurso muy moderado a las Cámaras pidiendo la reforma constitucional. Fueron parcas, fue muy poco lo que se pedía, pero en fin lo sustancial; pero, la Cámara sectaria, rabiosamente sectaria, agarró esos papeles y los echó al cesto de los papeles inútiles.

JW: ¿Por qué?

MPV: Porque sí nada más. Una de las razones que hay, la razón capital es que era recurso presentado sobre asuntos políticos por individuos que no eran mexicanos porque eran súbditos del Papa; no tenían la jurídica para pedir. Entonces nosotros organizamos un movimiento que dio por resultado que se firmaran violentamente dos millones de firmas solicitando, haciendo suyo el recurso de los prelados. Entonces fue cuando los diputados agarraron esos papeles del recurso del cesto de los papeles inútiles.

En vista de esto llegó el momento de plantear al Episcopado el problema: ¿Se recurre a la fuerza?

Ya se habían registrado algunos movimientos de resistencia, pero se quiso plantear, no para obtenerse del Episcopado que dijera y que dijeran los prelados: "móntense en el caballo y que el señor obispo ande con el espadín", sino para formar la conciencia nacional en el sentido de la licitud o no licitud, no solamente de la virtud sino de hasta que pudiera ser el acto loable de una resistencia con las armas, de una resistencia recurriendo a la fuerza.

Acudimos. Ya aquí en México estaban casi todos los prelados, muchos traídos precisamente por el gobierno, y en una asamblea a que yo asistí con otros —asistí con los directores de la Liga, yo como uno de ellos— íbamos acompañados de padres que eran como nuestros asesores para las cuestiones, digamos, rigurosamente en el orden teológico técnico. Venía también el padre Alfredo H. Bonilla que aún vive, y otro.

El caso es que planteamos la cuestión al Episcopado en un escrito que puede verse en la obra *El clamor de la sangre*,³ que usted ha de tener. Ahí se planteó la cuestión. Yo asistí a esa junta, estaban los prelados, se leyó y hasta hablamos de quién podía ser el jefe del movimiento: René Capistrán Garza. Y los obispos nos dijeron que podíamos retirarnos para deliberar ellos lo convenido.

A los dos o tres días fuimos llamados, y quien nos dio la resolución en sentido favorable fue el señor Ruiz y el señor Díaz, "que sí se podía", y entonces sí ya empezamos a tomar providencia de que hubiera una especie de ministerio de guerra de la Liga para que se ocupara de organizar la resistencia.

JW: ¿Con permiso del gobierno eclesiástico?

MPV: ¡Ah, sí!, con la aprobación y con la obligación, digamos, de formar la conciencia en sentido favorable, no solamente considerándolo como lícito, sino como laudable, casi deseable: en ese sentido nos lo aprobaron.

Salimos de allí encantados de que ellos, los obispos, podían también en cierta manera cooperar acudiendo al auxilio de algunos ricos.

Bien, pues dimos providencia de formar programa, de lograr de que el jefe fuera René Capistrán Garza, que ya estaba en los Estados Unidos precisamente haciendo la luchita para ver si por allí podía conseguir dinero, pues ya nos ocultábamos de la policía. Fuimos llevando a cabo ese trabajo ocultos.

Fue una cosa ¡muy penosa y muy peligrosa! Sucedió que los perseguidores agarraban a las familias; a las muchachas, a las esposas, a las hijas y

³ Andrés Barquín y Ruiz (seudónimo Joaquín Blanco Gil), *El clamor de la sangre*, tomo II de *El caso ejemplar mexicano*, México, Editorial Rex-Mex, 1947.

algunas veces las violaban! No, eran cosas espantosas, de manera que al saber uno que le habían aprehendido la esposa luego iba a salir uno, y entonces se lo "despachaban" a uno; lo mataban sin misericordia. ¡Es una cosa tremenda!

¡Calles era un sanguinario; era un Nerón! ¡Los romanos resultan unos infelices junto a él! ¡Cosa tremenda!

Bien, pues nos enfrentamos a todo, y se pudo ir procurando desarrollar la campaña en el sentido de resistencia; no se trataba propiamente, digamos, de conquistar el poder y dar una nueva constitución a la nación mexicana. Fundamentalmente la idea esencial era ésta:

Conquistar la libertad institucionalmente de la Iglesia, y las libertades y las garantías de las libertades esenciales del hombre; eso era el objeto. Propiamente el hecho ese quedó concretado con el grito fundamental de todo ese movimiento:

El "Viva Cristo Rey". El nombre de "cristero" no fue puesto por nosotros; fue puesto por los contrarios. Sí.

JW: Bueno, ¿no tuvieron los católicos unas dificultades en 1923 al consagrar la República de México a "Cristo Rey" en Guanajuato?

MPV: Sí, ¡cómo no!, en Guanajuato, sí.

En la proclamación de la realeza de Cristo nosotros hacemos una distinción, digamos: consideramos que hay dos realezas en Cristo; la espiritual y la temporal. La espiritual es la doctrina de los sacramentos y todo; y la temporal es todo principio del cristianismo aplicado al individuo y a la vida pública, ¡el rey temporal! Porque "por mí reinan los reyes".

De manera que esa es la idea: todo poder legítimo viene de Cristo, y el ilegítimo no. De manera que al proclamar: "Viva Cristo Rey", se proclamaba la realeza temporal. Y esa realeza espiritual la ejercen el Papa, los arzobispos, los sacerdotes, el padre de familia, en cierta manera en su familia.

Pero la realeza temporal, esa no es dirigida por el Papa; es ejercida por el presidente, por el rey, cuando son autoridades legítimas. Esa es fundamentalmente la idea de la realeza temporal de Cristo. Sí. Y, como digo, la aspiración fundamental, la que se anhelaba a que estuviera el Estado dispuesto a aceptar, tanto a los que eran extremistas como a los que no eran extremistas, era esto:

La realización de los preceptos constitucionales sectarios, aunque sí quede el mismo gobierno.

Bueno, se puede estar deseando "la lucha", pero a la vez, por desgracia, se fue desarrollando el conflicto entre las dos tendencias: una, la tendencia a no pactar con los enemigos sino hasta que fueran derogadas las leyes sectarias; y la otra, que es entenderse con el enemigo ¡de cualquier modo!

JW: ¿Y quiénes representaban la derrota de 1929?

MPV: Don Pascual Díaz y Barreto, y don Lepoldo Ruiz y Flores representaban la derrota. Yo, hasta he causado cierto escandalillo alguno. ¿No sabe usted allí que yo fui considerado por denominarlos portaestandartes de la derrota? Y allí tiene usted, aparte teníamos personas muy caracterizadas, y sacerdotes, prelados, repito, el señor Manríquez y Zárate, el señor Lara y Torres; muchos de los prelados, casi todos, estaban por la resistencia a no pactar.

JW: Habían rumores en esos años de que unos sacerdotes encabezaban grupos de cristeros.

MPV: ¡Sí, también!, cosa que, por lo que se refiere a mí en lo personal, yo no deseaba, porque entonces se corrompe la cosa, o hay peligro de que se corrompa. Yo quería que el sacerdote en el ejército fuera el ministro de Cristo y llevara los sacramentos, la moralidad del ejército, y todo lo demás; pero no que se pusiera el espadín aquel. Sin embargo, hubieron sacerdotes que hicieron tal cosa; algunos muy caracterizados que lucharon bien, pero, por lo que se refiere a mí, siempre procuraba yo, consideraba, y desde el principio se advirtió que no queríamos eso.

JW: ¿Hablaban usted con Díaz y Ruiz?

MPV: No. Hablaba yo nada menos que con la comisión de prelados, porque hubo una comisión de prelados allá en Roma; se llevó a cabo presidida por el señor Arzobispo de Durango, que también era otro que totalmente nos apoyaba, don José María González y Valencia, que era el jefe de una comisión de prelados compuesta por él, el señor Valverde y Téllez, obispo de León —precisamente el que implantó, el que puso la estatua de Cristo Rey en el Cubilete— y un señor que era pariente del obispo de México, un señor Méndez del Río, obispo de aquí del sur.

Bien, pues allá se presentaron delante del Papa, y éste los recibió magníficamente!, con grandes muestras de interés, y realmente estando totalmente Pío XI con nosotros, aprobándolo todo; una cosa al grado que hasta llegó a pensarse que la Santa Sede podía ayudar a que los prelados americanos nos dieran dinero para la campaña.

JW: ¿Traer dinero de los Estados Unidos a México?

MPV: ¡Ese es otro capítulo tremendo!

JW: ¿Aceptó Pío XI que lucharan los sacerdotes?

MPV: Lo de los sacerdotes no. La lucha, la resistencia armada, aun la suprema tiranía: eso sí lo aprobó. Y estábamos seguros de eso: ¡una cosa magnífica! Tengo documentación amplísima con qué demostrar esa aprobación. Los prelados se presentaban allí, al grado de que ya el gobierno, viendo la resistencia Calles, pretendió algún pretexto para entrar en charla entonces

con los obispos, y el Papa ordenó que los obispos corrieran traslado de las proposiciones del gobierno a los directores de la Liga. Y ya sabía el Papa que nosotros estábamos dirigiendo la campaña contra Calles, la campaña Prédica.

No digo yo que nosotros fuéramos los caudillos pero los programas y todos nosotros los poníamos, y poníamos el jefe. René Capistrán Garza fracasó allá. Ese es otro capítulo tremendo. Fracasó y nosotros pusimos a quien lo sustituyó. Al general Goroztieta nosotros lo nombramos, los de la Liga; nosotros lo nombramos, y obedecieron los cristeros. Se fue desarrollando la cristiada en medio de una multitud de peligros y de dificultades enormes hasta llegar a formar unos 20 000 hombres, aguerridos, con un jefe militar de mérito, Enrique Goroztieta, que seguía el sistema de campaña, no de grandes batallas campales —no había modo— sino el sistema de guerrillas, que cuando se trata ya de un movimiento popular radical es inextinguible.

Y el gobierno estaba sintiendo los efectos de eso. Si, al grado de que ya Wall Street llegó a insinuarle a Calles que terminara la lucha porque el servicio de la deuda pública andaba “despacito”; una cosa tremenda.

Si quiere, paramos un poquito para que hagamos..., bueno, nada más quiero hacer unas consideraciones antes de hablarle de eso; que suspendamos un poco este relato.

* * *

MPV: Hablábamos del conflicto interno que había al estarse desarrollando la resistencia armada; el conflicto que había en las dos tendencias: la tendencia del conformismo, de derrota; y la tendencia que nosotros en cierta manera encarnábamos en el orden cívico, y otros prelados representaban en el orden religioso.

Esos prelados eran el señor González y Valencia, el señor Manríquez y Zárate, el señor Lara y Torres, y otros que en general tenían la tendencia de no aceptar un párroco que no fuera sobre la base de la derivación de las leyes sectarias. En cambio los otros creían y consideraban que bastaba la promesa de los revolucionarios de reformar las leyes luego que se hubieran calmado las pasiones. Estos señores terminaron por ponerse a las órdenes de Washington, de la Casa Blanca y del señor delegado apostólico en Washington, Fumasoni Biondi.

El señor Mora y el señor Ruiz y Flores y el señor Díaz y Barreto representaron con grandísima habilidad todos esos trabajos de derrota contando con el apoyo norteamericano. Al fin fueron a Roma y esa acción dio por resultado que los prelados que nos representaban allá, que representaban la

tendencia de la resistencia, se les invitara a que se retiraran de Roma. El señor González y Valencia y los demás fueron retirados y entonces entraron a actuar los prelados que representaban el conformismo y la derrota.

La razón capital que se tuvo para que el Papa, después de haber estado con nosotros, se pasara a las tendencias del pacto de conformismo fue que la Casa Blanca no habría de permitir el triunfo de los cristeros. Y triunfaron, lo digo yo, triunfaron los portaestandartes de la derrota. Vinieron prácticamente en el momento en que nosotros, digamos, en que los cristeros avanzaban más y teniendo un ejército ya organizado, con deficiencias sobre todo por falta de armas. En ese momento vinieron estos señores y reanudaron los cultos "de acuerdo con las leyes vigentes", es decir, de acuerdo con leyes contra las cuales nosotros habíamos estado luchando. Y eso vinieron a declararlo en nombre de la Santa Sede. ¡Fue aquello una cosa trágica! Nos causó un desconcierto tremendo, y esto ha sido la prueba más grande que ha dado el pueblo mexicano católico a la Santa Sede de haber sufrido esa profunda decepción y seguir adherido firmemente al Vicario de Cristo.

JW: Ustedes lucharon por tres años, entre 1927 y 1929.

MPV: Por dos años y medio.

JW: Dos años y medio. ¿En cuáles de los estados?

MPV: En Jalisco, Puebla, Aguascalientes, Colima, Guanajuato. Sí, en distintos estados. Debo decir que no puede decirse que la lucha formaba un ejército que iba a avanzar sobre la capital. ¡No! Y no veo eso, sino precisamente por el apoyo otorgado por la Casa Blanca decididamente a favor de Calles y de Portes Gil. En fin, de la secta.

JW: ¿Tuvo mucho qué ver en esto el embajador Dwight Morrow?

MPV: ¡Oh sí! Ese Morrow, ¡válgame Dios! Yo he llegado a decir que Poinsett, el famoso primer embajador de los Estados Unidos en México, es un infeliz junto a Morrow. Morrow realmente sí triunfó. Impuso su resolución en lo que les dijo en alguna ocasión cuando le preguntaron sobre los arreglos: "No. Todo se resolvió en la sumisión (surrender)". Sí, él triunfó contra nosotros. Y lo más curioso fue que contó siempre con la simpatía, adhesión y afecto de los dos prelados. Algunos años después, yo, naturalmente con ese espíritu de que le estoy dando pruebas, escribí alguna cosa contra Morrow y me vino una reprobación del prelado porque se trataba de algún escrito y querían que quitara eso y declaré que no lo quitaba porque no era ser moral, ni cuestión de moral; que era una opinión en materia de política. Y no lo quité.

JW: ¿Y tenía usted derecho de hablar?

MPV: ¿Ah, no? Le digo a usted, de manera que después de los dos años y medio de lucha, de sangre, de sufrimientos, de familias desintegradas, de

capitales destruidos, etc., etc., vinieron los famosos arreglos del 21 de junio de 1929 en que se aceptó la reanudación del culto de acuerdo con las leyes vigentes.

JW: ¿Y el clero había sido suspendido; todas las funciones en las iglesias?

MPV: ¡Ah, todo! Todas las funciones en las iglesias, pero no en lo particular, si bien que en lo particular se perseguía a la Iglesia. Pero se estaba dispuesto en seguir adelante porque en realidad, pues se había sentido lo que era el sacrificio, el dolor, la amargura por una causa tan santa; y las causas santas no se conquistan con besitos y con flores, sino con sacrificios. Y se iba conquistando.

JW: ¿Y murieron muchas personas en la lucha?

MPV: En la lucha, ¡muchísimos! ¡Ah, muchísimos! Ahora verá usted: yo tengo por ahí una enumeración del carácter que tuvo la lucha; vale la pena que yo se los lea.

Quieren suspender; voy a buscarlo.

* * *

JW: Licenciado, ¿ya tiene su documentación?

MPV: Sí, ¡cómo no!

“Tal vez haya quien piense que esos juicios, muy respetables y tan favorables, se pudiesen insinuar que son hijos de informaciones inexactas, exageradas, o falsas, y que de epopeya no tenían el espíritu que se les atribuye.”

“Escuchad, señores, estas declaraciones de un historiador competentísimo y recto, y las palabras de los héroes y de los mártires cristeros. En éstos fulgura soberanamente el espíritu de inmolación”, decía el padre David G. Ramírez, de la Compañía de Jesús, historiador que con este criterio ha escrito la epopeya.

“El día que se escriban sus hechos, los de los héroes y mártires cristeros, se creará que tal vez son leyendas como las que ahora se estudian de los grandes españoles de antaño. Paso a enumerar algunos de los hechos y de los personajes más heroicos:

“A. Es el ingeniero Luis Navarro Origel, el caballero sin tacha y sin miedo que contesta a quien pretendía disuadirlo de lo loco de su empresa, alegándole que la Casa Blanca estaba resuelta a sostener a todo trance lo que había en México:

“ ‘Me importa poco’, prorrumpió, ‘¡me importa poco!’ ‘De lo que se trata es de verter mi sangre por México y que Dios perdone nuestros pecados nacionales’.

"B. Es Ángel del Castillo que en ocasión semejante declara que lo que anhela es:

" 'Obtener de Cristo con mi sangre que nos envíe al hombre que ha de salvar a mi patria.'

"C. Es Nicolás Navarro que dice a su esposa, al presentarle ésta a su hijo en brazos para disuadirlo de su resolución:

" '¡No!, primero es ascender a la causa difícil de Dios. Y si diez hijos tuviere, la los diez dejaría por Dios! Cuando mi hijo crezca, le dirás que su padre ha muerto por defender su religión.' Y murió.

"D. Es Joaquín de Silva que manifiesta a su madre al despedirse para siempre de ella:

" 'Mira mamá: es mejor que muramos antes de conseguir el triunfo, pues quisiera servir así de otro modo que vencernos y desvirtuar nuestras rectas intenciones'.

"E. Es aquel anciano padre de cuatro cristeros muertos por la santa causa que se presentó aquí en México ante un sacerdote para preguntarle si estaría obligado, a pesar de su senilidad, a ir a sustituir a sus hijos.

"F. Es aquel zapatero tapatío que por su valor llegó a coronel de las fuerzas cristeras y rechazó el ofrecimiento que le hiciera un paisano suyo, un prófugo, a obtener para él la amnistía.

" 'No te mando a fusilar', le dijo al emisario, 'porque creo que eres de buena fe; pero dile a aquel (al hombre aquel prófugo) que rompo sus papeles, que lucho por mi Cristo y por su Iglesia; y que luego que se triunfe me vuelvo a mis zapatos'.

"G. Es la brava contestación dada al secretario de Guerra de la tiranía por los jefes cristeros del Volcán de Colima:

" 'Nuestros heroicos soldados han jurado con nosotros luchar hasta vencer o morir; y sabremos, con la ayuda de Dios, morir, cumplir con nuestro juramento, ofreciendo con gusto nuestra propia sangre para lavar las manchas nacionales'.

" '¡No!; no nos arredra ni el dolor ni la muerte; no nos arredra el tambor del combate, ni mucho menos nos seducen con vanas ofertas. Estamos de pie y lucharemos hasta alcanzar el triunfo. Preferimos mil veces la muerte que la vergüenza de abandonar el campo del honor y del deber, haciéndonos cómplices de la tiranía'.

"H. Es el jefe Manuel Ramírez Olivas que responde a quien le pedía su rendición a cambio de ofertas de dinero:

" 'No tenéis, ni vosotros ni el gobierno, con qué comprarnos porque no nos vendemos; no queremos aprovechar la sangre de nuestros compañeros muertos como pedestal de nuestra codicia'.

"I. Es aquel admirable espíritu de holocausto, de inmolación, que se concreta en la plegaria que los mismos cristeros habían puesto:

"Jesús misericordioso: Mis pecados son más que las gotas de la preciosa sangre que derramaste por mí; no merezco pertenecer al ejército que defiende los derechos de tu Iglesia y lucha por ti; no he sabido hacer penitencia. Por eso quiero recibir la muerte como castigo merecido por mis pecados; por eso no quiero pelear, ni vivir, ni morir, sino por tu Iglesia y por Ti. Concédeme que mi último grito en la tierra y en mi primer cántico en el cielo sea:

"'Viva Cristo Rey.'

"Grandes hombres, grandes epopeyas se deben a la cúspide del egoísmo, hasta el lograr tal vez a superar a los formidables vandeanos, gloria de la Francia entera; pero aún son más grandes las mujeres mexicanas que estuvieron al lado de los luchadores.

"En Jalisco una dama respondía al tráfugo cuyo ofrecimiento rechazaba el coronel zapatero, al recibir la oferta de perdón para sus tres hijos:

"'Si mueren mis tres hijos, enviaré al cuarto; y si él muere yo iré a luchar'.

"'¿Cuál pena?', inquirió otra dama a quien se compadecía porque uno de sus hijos estaba en la guerra cristera; 'que mi hijo éste ande en la lucha no lo es; la pena que tengo es que este otro —señaló al vástago que la acompañaba— no quiso irse con su hermano'.

"En León, ante el cadáver de Ezequiel Gómez, dice su madre:

"'¡Oh hijo mío!: Ruega por tu madre y por tus hermanos a fin de que nosotros podamos seguir tus ejemplos. Tú ciertamente estás en los Cielos.' Y ante el cadáver destrozado de José Valencia Gallardo, la septuagenaria progenitora se arrodilla murmurando 'mártir' y se entiende y se indaga de su propio hijo: no se creyó digna de abrazar los venerados despojos; besó sólo sus pies diciendo a la Virgen Santa:

"'Gracias madre mía; era tuyo.'

"En Guadalajara, Elvira González de Vargas vio llegar los cadáveres de sus hijos Jorge y Ramón acompañados de su otro hijo, el maestro Anacleto González Flores quien regresaba a salvo y le dice:

"'¡Ay hijito!, qué cerca estuvo de ti la corona y no la alcanzaste: se necesita ser más bueno para merecerla.'

"En la misma ciudad tapatía la joven doncella Elodia Delgado cae en garras de los esbirros en el momento en que audazmente contaba parque para los cristeros y es llevada a los estados de la policía en el antiguo Palacio Episcopal. Firme no hace ninguna declaración que puedan aprovechar los agentes de la tiranía, y como castigo es arrojada como los antiguos cristianos, no a las fieras del circo sino a la infamia. Un inmundo sátiro pretende

mancillarla y ella, la débil criatura, lo derrota arrancándole con los dientes un pedazo de oreja; es decir, todavía se defiende.

"Sí, de los corazones saturados de fe y de amor sobrenaturales surgió el ejército cristero; salió como el mundo de las manos del Creador, de la nada. Más de veinte mil hombres lo componían invencibles a pesar de sus grandes desamparos."

JW: Sí, es muy interesante.

EL ASESINATO DEL GENERAL OBREGÓN

JW: ¿Quisiera contarnos de la manera como murió Obregón y de la interpretación que usted hace sobre ese asunto?

MPV: ¡Ah, sí, cómo no! Debo informar, por lo que se refiere a Álvaro Obregón, que era el alma de la tiranía, más que Calles. Si Calles pudo ser electo y pudo desarrollar su tiranía, era porque fue respaldado por Obregón, y, como era natural, la resistencia cristera temía la elevación de nuevo al poder de Obregón, tanto más peligroso por cuanto que Obregón podía jugar varias navajas o varias cartas hasta lograr entenderse con el Episcopado, mientras que Calles en su odio sectario, a lo menos el que ostentaba entonces, no se prestaba fácilmente a esos llamados "arreglos" del 21 de junio de 1929 a los cuales nosotros le teníamos grandísimo temor.

Bien, pues en la farsa electoral Obregón fue electo presidente por segunda vez, violando ya los principios de la Revolución que era la "no reelección" definitiva. Hubo un primer intento de eliminar a Obregón:

El jefe de la Secretaría de Guerra de la Liga era un joven apreciableísimo, muy inteligente, de personalidad muy guapa y de gran valor, de nobleza, de sentimientos: Luis Segura Vilchis. Luis Segura Vilchis fue uno de los primeros que pensaron, por lo menos que intentaron ver el pensamiento anterior ejecutado, de matar a Obregón, y pretendió llevar a cabo su empresa asaltando un tren en que debería venir el tirano para México.

No lo logró por algunos contratiempos que tuvo, pero siguió adelante en su idea e intentó consumar su obra contando con la cooperación de León Ruiz, de un muchacho Hernández, y de algún otro.

Bueno, llegó Obregón aquí; lo esperó Luis Segura en la estación, y en la estación no pudo hacer nada; pero ya de allí se fue en un coche que pertenecía precisamente a la Liga y que estaba en nombre de los prelados. Siguiéron a Obregón —no me acuerdo en este momento cómo se llamaba el que hacía de chofer— iba Luis Segura, León Ruiz y otro y en el Bosque de Chapultepec se le cruzaron al coche de Obregón y echaron una bomba que

había preparado Luis Segura. Y esa bomba no estalló en todos los sentidos, sino de arriba a abajo, y solamente rompió el piso del coche y la cubierta. Obregón se desmayó allí; le dio un ligero desmayo. Pero de tal manera estuvieron hábiles aquellos que Luis Segura pudo huir.

Los de la policía tomaron el número del coche y lo persiguieron, y en la persecución fue cuando, tirando sobre ellos, hirieron a León Ruiz. Con todo y eso, al seguir hicieron que chocara el coche precisamente en la calzada en el Paseo de la Reforma y se bajaron quedándose allí parados, de manera que llegó la gente y los ocupantes del coche aparecían como espectadores: Luis Segura apareció como espectador.

El caso es que la policía empezó a hacer la búsqueda y parece que la esposa de León Ruiz llegó a la policía a decir que el amigo de León Ruiz era Luis Segura, así es que a éste lo vinieron a aprehender después. Pero Luis Segura fue llevado ante el jefe de las Comisiones, el que era jefe de la seguridad aquí y probó que él no había tenido nada que ver en aquel asunto. En esta forma dijo: "No; inmediatamente después del atentado yo estuve hablando con el señor general Obregón en la Plaza de Toros".

Para allá se había ido Obregón, y para allá se fue Segura y estuvo hablando con Obregón en la forma más sencilla.

Al ver esto, el jefe Cruz dijo: "¿No? Pues si no es Segura, es el cura". (El padre Flores que aparecía como dueño del coche.)

Entonces Luis Segura le dice a Cruz: "Bueno, general: Si yo le digo quién fue el autor del atentado, ¿liberta al padre Flores?" (Ya al padre Flores le habían echado las garras.)

"Sí; le doy mi palabra."

"Fui yo."

"No; son cosas para salvar al cura y todo."

"¡No señor; las cosas estuvieron así...," y dio los detalles de cómo había estado delante de Obregón y un licenciado que había presenciado el hecho. De manera que Segura demostró que él había sido el autor del atentado y que el padre Flores era totalmente inocente.

En ese momento allá en la curia del Vaticano, en el proceso de beatificación, se estaban aclarando estas cuestiones con todos los detalles y con todo el cuidado. El caso es que Obregón y Calles tenían interés en hacer sentir un golpe al Papa, porque el Papa no se había prestado a las combinaciones que éstos querían llevar a cabo, y la forma en que estimaron más adecuada fue la de sacrificar a un jesuita porque se estimaban que eran cargos del Papa.

Y por eso dijeron: "¡No!", y a pesar de todo mataron al padre Pro y a un hermano del padre Pro lo asesinaron. Y cuentan que primero —y esto fue

donde estaba la oficina de la Lotería en el Paseo de la Reforma; allí fueron los asesinatos— fue asesinado el padre Pro, y luego el hermano del padre Pro, Humberto, y también Luis Segura Vilchis, y Juan Tirado.

Ese fue el hecho de la muerte de Obregón. Se planteó desde mucho antes que se registrara el hecho de José de León Toral, que eso fue después. Se discutió mucho la licitud o la ilicitud de la muerte del tirano. Entonces yo me dediqué, escondido, a estudiar por allí la doctrina de la teología católica, y encontré un estudio de un padre jesuita famosísimo y publicamos una hojita haciendo ver que lo que había intentado Luis Segura era lícito. A los poquitos meses me va llegando la noticia estando yo oculto.

“¿Qué pasó?”

“Ya mataron a Obregón.”

“¿Quién?”

“Un periodista.”

Pues nada, José de León Toral que había sentido antipatía muy honda, cierta antipatía por lo que había hecho Luis Segura, empezó a preocuparse, a estudiar, y al fin y al cabo llegó a convencerse de que había que intentar algo que llevara a cabo lo que no llevó a cabo Luis Segura. Cuentan que estaba en oración y que llegó a pensar: “Pues entonces ése seré yo.”

Y hay una cosa muy curiosa: me parece que en la casa de Luis Segura había un escrito en que él se ofrecía, como víctima, y al mismo tiempo que él se ofrecía aquí como víctima, partía Obregón de allá de su rumbo para acá en que decía: “Si hay alguno que sea capaz de dar la vida por mí, me matan”. Pues nada; llegó, y el primer día que llegó lo mataron. ¡Ah, fue una cosa tremenda! Naturalmente nosotros salimos a la defensa doctrinaria de José de León Toral. ¡Y el proceso fue escandalosísimo, tremendo! ¡Por fin que lo asesinaron!

JW: Usted nos ha dicho que Toral no era asesino.

MPV: ¡No! Pues mire, no fue asesino.

JW: ¿Era un soldado?

MPV: Digo yo, fue considerado como soldado que mató a uno de los jefes del enemigo. La lucha era legítima. Durante la guerra cristera la lucha era legítima. ¡Eso sí no cabe duda! ¿Los medios? Pues también tenían que ser legítimos. No se ganan las batallas con besos ni advirtiéndole al enemigo “allá voy, voy a hacerte esto”. ¡No!, ya cuando se pensó, ya lo que se pensaba ya se hizo.

JW: ¡Él era católico!

MPV: ¡Válgame Dios! ¿Toral? Hasta espiritual. Tengo yo aquí una colección de escritos sumamente interesantes en que aparece el espíritu de inmolación y de nobleza espiritual grande.

JW: ¿Y Toral no era miembro de la Liga?

MPV: ¡Ah, cómo no! Pero si de eso proviene la cosa, y era de la ACJM. Fue precisamente el desarrollo de hechos propios de una guerra. Así lo agarraban allá a uno los tiranos; esos tiranotes, sin más ni más, sólo lo identificaban y lo mataban a uno.

JW: ¿Y tuvo mucho qué ver con esto la madre Conchita?

MPV: No. La madre Conchita parece que no es cierto que ella haya inducido a José de León Toral; no. Pero sí, ella se interesaba mucho en la lucha, y creo que llegó a tener cierta expresión, me parece que llegó a tener esta expresión: "El que mate a Obregón ése salva a la República".

Una cosa así. Y José de León Toral creo que hasta le fue a preguntar alguna cosa así. Pero fueron determinaciones a lo que entiendo, como fue él que las tomó. Claro que cuentan que había también un padre de mucha lucha, el padre Jiménez, a quien le atribuyeron durante muchos años la responsabilidad con Obregón, con éste José de León Toral. Yo lo llegué a visitar muchas veces a la Penitenciaría. Habían estado allí como unos 7 u 8 años. ¡Pobrecitos! ¡Muy valientes!

Pues Jiménez celebró una misa, de esas misas que se celebraban a puerta cerrada, y José de León Toral a la hora de la bendición sacó la pistola para que se la bendijeran. Sí, pero el padre Jiménez no sabía que era para matar a Obregón. Sí, y de allí fue que salió José de León Toral para hallar su idea y llevó a cabo su empresa. ¡Admirable!

JW: Bueno, hemos terminado esta entrevista, y quisiéramos seguir muy pronto, ¡muchas gracias!

MPV: Estoy a sus órdenes. Y ya sabe que a mí me interesa extraordinariamente, ¿sabe? Sobre todo lo que me interesa es que se hagan sentir estas declaraciones en los Estados Unidos; tal vez los católicos norteamericanos y parte del Episcopado, los directores del Episcopado americano. Y a ese respecto tenemos un capítulo especial.

5 de mayo de 1964

JW: Hay algunos historiadores que dicen que Obregón iba a resolver el problema de la Iglesia, pero que su muerte atrasó los arreglos hasta 1929. ¿Qué puede decirnos sobre esto?

MPV: Yo digo que efectivamente para ciertos individuos que andaban queriendo negociar el conflicto y resolverlo, Obregón podía significar una promesa; pero fue ineficaz y dañosa para resolver el problema. Obregón había hecho declaraciones muy frecuentes de que sentía odio, deseo de liquidar a

la Iglesia cuando fue presidente. Él ya había sido presidente y persiguió al Congreso Eucarístico que se celebró aquí solemnemente el año de 1924, y, sólo, sencillamente porque fueron demostraciones de reconocimiento de la Eucaristía, y más que todo, el concepto de la realeza temporal de Cristo. Más todavía: tuvo Obregón designio, o procedimientos radicales de destrucción para el monumento elevado a Cristo Rey en el Cubilete. Todo eso nos hacía comprender que Obregón era más peligroso aun que el mismo Calles. Calles era brutal en sus procedimientos, y hasta llegamos en alguna ocasión a pensar que era en realidad sincero en su sectarismo.

Obregón no era sincero en su sectarismo; después hemos averiguado que Calles tampoco: era interés en bienquistarse con el sectarismo norteamericano, con la masonería norteamericana y con el protestantismo norteamericano.

Bien, pues se comprendió por nosotros que Obregón era un peligro aún más grave que Calles. De ahí que uno de los jefes de la acción armada que se encargaba de proveer hasta donde fuera posible de elementos de guerra a los cristeros, Luis Segura Vilchis, ingeniero, joven de la ACJM, de buenísimas cualidades, como joven inteligente, como joven virtuoso, como católico de convicciones y de habilidades; de ahí realmente traduciendo él, lo mismo que los directores de la Liga, la sensación de que había que eliminar a Obregón.

Se trataba en realidad, como he tenido ocasión de declarar a algunos de los reporteros, de los periodistas actuales, que se trataba de ejecutar una acción de guerra: la acción de guerra se puede desarrollar, no solamente en los campos sino en las ciudades y no advirtiéndole al enemigo que se le va a atacar sino atacándolo. Ese es el buen caso de Luis Segura.

Como es fácil suponer, se planteó ante los católicos el problema tremendo de la licitud o ilicitud del tiranicidio. Y entonces se comenzaron a hacer estudios sobre el particular. Hubo quien especialmente hiciera un trabajo que mereció las aprobaciones del ilustre obispo mexicano don José de Jesús Manríquez y Zárate, ya difunto. Esa tesis puede verse; se la proporciono ahora a mis buenos amigos para que se enteren de ella y tomen las notas que crean conveniente.

JW: ¿Y usted escribió la tesis bajo seudónimo?⁴

MPV: ¡Sí, cómo no! Y todavía sigue bajo seudónimo; sí.

⁴ Juan Manuel Fernández, *La ejecución de Álvaro Obregón, tirano de México*, San Antonio, Texas, Editorial Rex-Mex, 1929.

JW: Entonces, ¿cómo se efectuaron los arreglos? Porque parece muy raro que el Episcopado y la Santa Sede lo hubieran aprobado. ¿Por qué llegaron a permitir los arreglos?

MPV: Pues mire usted: es que se llegó a comprender, y en eso sí no cabe la menor duda, que el Santo Padre consintió en los arreglos porque lo convenció de que era imposible que la Casa Blanca aprobara o pudiera apoyar a un gobierno o a la resistencia cristera. ¿Entonces quién era el presidente en los Estados Unidos? ¿Truman? ¿Wilson?

JW: No. En 1929 era Hoover.

MPV: Sí. Entonces se entendió que no había más recurso que aceptar la situación pactando con los tiranos, y, contándose ingenuamente con que la Casa Blanca habría de procurar que viniera la libertad religiosa en México. Eso fue a mi modo de ver lo que ocasionó lo que se llama "Arreglos del 21 de junio de 1929", que nosotros —yo y otros de mis compañeros— estimamos como positivamente siniestros, gravísimos para los intereses, no solamente de la Iglesia sino también de la nacionalidad mexicana.

Como les he manifestado antes en estos días, lo primero que vinieron a decir los señores ante las declaraciones de Portes Gil, que era entonces el gobernante transitorio o provisional del país, vinieron cuando les dijo que las leyes no eran sectarias y que se podían aplicar sin sentido sectario. Con esas simples declaraciones, y también, que a pesar que Portes Gil tuvo particular interés en declarar que en la cuestión escolar habrían de seguir ellos siendo los amos.

A pesar de todo ello, en nombre de la Santa Sede vinieron el señor Ruiz y el señor Díaz a declarar por qué se reanudaban los cultos de acuerdo con las leyes vigentes.

¡Eso fue una cosa desastrosísima; un desconcierto profundo! A mi modo de ver, ha sido la prueba más grande que ha sufrido el pueblo mexicano, que el pueblo mexicano ha sufrido en su carácter de católico, de su fidelidad a la Iglesia.

Decía una persona norteamericana católica a un prelado pariente mío. el señor Ernesto Palomar —y él me lo refería a mí— que le decía:

"Si a nosotros los católicos americanos nos hubiera pasado esto, nos pasamos al protestantismo."

Bien, se siguió esto, y naturalmente hubo gran desconcierto; pero, como a ustedes les consta, el pueblo mexicano sigue siendo católico.

JW: Bueno, tal vez Ruiz y Díaz tuvieron miedo de que ustedes los cristeros fueran a perder la lucha y que entonces el clero iba a perder más.

MPV: Sí, esa era la creencia; pero es que ya el gobierno no podía con la guerra de las guerrillas. Las batallas no eran batallas campales, sino guerra

según el sistema de guerra de guerrillas. Habían 20 000 hombres sobre las armas; de manera que ya el mismo gobierno norteamericano, Wall Street, había indicado a Calles que hiciera cesar la lucha. ¿Por qué? Porque en el servicio de la deuda pública se estaba sufriendo detrimento muy grave, con grave interés, con lesión para los intereses de Wall Street. ¡Ah, eso sí no cabe duda!

No, en realidad, a mi modo de ver, hubo extraordinaria ligereza por parte de estos señores en haberle creído a Portes Gil, porque Portes Gil era sectario, masón calificado que hizo ostentación de su masonería a los treinta y tantos días de haberse celebrado los arreglos, declarando que la Iglesia había quedado definitivamente derrotada y que había que seguir adelante en la lucha, y él la siguió adelante.

De manera que todo eso sí obedeció a la idea de que era imposible triunfar. Y así seguirían teniendo Calles y Obregón, en fin, el sectarismo seguiría obteniendo la pretección decidida, incontrovertible, de la Casa Blanca.

Hay una carta dirigida por el señor Ruiz y Flores a unos de nuestros representantes, el doctor López Ortega, en que le dice que ya ellos no quieren atenerse a lo que nosotros pudiéramos hacer. Que ellos entenderán, es decir la Iglesia, haciendo a un lado la acción de defensa de los católicos; que ellos entenderían la forma de resolver el problema. Y la forma de resolver el problema es dejar la cuestión escolar definitivamente en manos de la revolución sectaria y masónica. Y la cuestión jurídica, situación de la Iglesia en México, como ya manifesté a ustedes en otra ocasión, es que los templos, institucionalmente la Iglesia, están en una posición peor, mucho peor, que la de los burdeles y de las cantinas. Más todavía: el gobierno no tiene derecho a limitar el número de pupilas de los burdeles y el de los que despachan en las cantinas, ¡pero sí tiene derecho para limitar el número de sacerdotes!

JW: ¿Cree usted que los cristeros pudieron haber ganado la lucha y que pudieron haber seguido?

MPV: Sí, ¡cómo no! ¡Naturalmente! Todavía se seguía una situación difícil, sí, difícil en que podían haber sufrido quebrantos muy graves algunas almas; pero otras también sufrieron otro quebranto más grave con la derrota.

JW: Bueno, ¿y los cristeros no estuvieron bajo del Episcopado? ¿Por qué tuvieron que rendirse?

MPV: Porque era una cosa sumamente difícil, porque en realidad la lucha era por conquistar las libertades esenciales; pero fundamentalmente la libertad de la Iglesia. De manera que yo redacté —por ahí les he de mostrar a ustedes el manifiesto que yo le redacté al jefe de los cristeros— el manifiesto para dar por terminada la lucha. Y se dice en ese manifiesto, se hacen algunas consideraciones, pero especialmente ésta:

Llega el párroco a la población donde tiene que ejercer su ministerio el sacerdote. Y si el cristero que está en un cerro próximo amenaza a los callistas, el párroco está en una doble condición: o protege a los callistas o protege a los cristeros. Y tenía el párroco naturalmente que estar bajo la acción de los callistas, lo que podía ser grave para él porque se veía en el caso de tener que estar condenando como en realidad sucedía. Ya en esa ocasión sucedió que el sacerdote se pusiera del lado de los callistas contra los cristeros.

Hay una novela por allí que sería de desearse que se la llevara usted también. No me acuerdo cómo es el nombre, es de un señor Estrada. Pero les voy a dar su nombre a ustedes, ¡es un drama tremendo!, que se experimentó al ver que se querían defender las libertades esenciales y la de la misma Iglesia, y no se contaba ya con los sacerdotes. ¡Ah, es un drama tremendo! Y eso es lo que en realidad significa esa fuerza vigorosísima que yo tengo que considerar de un carácter sobrenatural de fidelidad del pueblo mexicano para la Iglesia católica y para el Papa.

JW: ¿Y usted nunca tomó parte en la lucha activa?

MPV: No, ¡no!, porque ni tengo tamaño para eso; ¡absolutamente! Lo único que sostenía yo, es decir, la intervención que tuve yo junto con otros fue en estar conservando aquí la situación, digamos, de la Iglesia con relación a los cristeros, y sosteniendo esa posición hasta que fuimos derrotados. Y contábamos, naturalmente con el apoyo de prelados. Tengo una riquísima correspondencia en que se ve la vibración de esos prelados considerando cómo es en realidad que no había más recurso que el uso de la fuerza para conquistar las libertades, digamos, técnicamente esenciales. Como digo, no se trataba —en eso sí ha sido una cosa de la cual siempre me he indignado— lo que a nosotros se nos ha atribuido, los que no estuvimos conformes con estos procedimientos, en especial de que nosotros queríamos llegar a la presidencia, o al ministerio, y todo. ¡Absolutamente no hay nada de eso! Y desde entonces, precisamente para ponernos a salvo de tal cosa, yo con otro compañero llegamos a formar una especie de pacto de no aceptar ni siquiera la portería del Palacio de Gobierno. ¡Absolutamente! Sí, lo que se quería era sobre todo la conquista de las libertades esenciales, especialmente la libertad de la Iglesia, la libertad de conciencia; eso es lo que fundamentalmente se deseaba.

JW: Entonces usted tuvo que esconderse en la ciudad de México.

MPV: En la ciudad de México; estuve escondido aquí en la ciudad de México. Y realmente ahora me maravillo cómo no me he hecho una desgracia, porque, francamente, sí sabía yo esconderme: he sido un técnico. En tono de broma digo que he sido un técnico para esconderme; que sé dónde esconderme. Pero el hecho es que me llegué, y ya llegado a desarrollar

algunos acontecimientos me escondí en mi casa. Mis hijos ahora ya son grandes; entonces eran chiquillas y sabían guardar la reserva de si estaba yo o no. Y así es, estuve pues durante meses y más meses escondido en realidad.

JW: Y la guardia nacional fue el ejército de...

MPV: El ejército de los cristeros. Al principio se pensó en que el jefe de esa guardia nacional, de esos cristeros, fuera René Capistrán Garza, joven de grandes méritos, inteligente, y que estaba precisamente en los Estados Unidos procurando obtener de nuestros hermanos, los católicos de los Estados Unidos, un auxilio pecuniario, y hasta que cooperaran con nosotros, como habían cooperado los católicos en la liberación de Irlanda en el conflicto con Inglaterra. No, pues no logró nada.

Bien, debido especialmente —y eso sí hay que decirlo, y lo digo con positiva pena— a que René fracasó en sus gestiones, a que el señor, entonces obispo, don Pascual Díaz y Barreto fue por allá y combinó alguna cosa y no se logró un donativo o préstamo que denominamos nosotros “El perenne Pregne”, porque había un señor Pregne, caballero de nombramiento de la Santa Sede que vivía en Nueva York. Se prestaba, no me acuerdo si a regalar o prestar una cantidad considerable de dinero que hubiera servido maravillosamente para el éxito de la lucha. Y esa fue la razón del hecho del fracaso de René. Es un capítulo muy triste, sumamente triste. Ah, luego entonces se pensó en Enrique Goroztieta. Enrique Goroztieta había sido formado hombre en la atmósfera liberal, casi digo sectaria, en el tiempo del señor Díaz. Era alumno del Colegio Militar; militar, hombre meritísimo, inteligente, valiente, y de corazón muy recto. Pues nosotros fuimos conquistándolo a éste; se fue inclinando a nuestro lado, hasta que por fin se le nombró jefe de la guardia nacional, y fue que entonces él asumió el mando de las fuerzas cristeras.

¿Cómo asumía el mando? Pues iba uniendo y organizando los diversos grupos que luchaban separados pero siempre con la idea fundamental de la conquista de la libertad, de la conquista institucional e iba avanzando mucho. Se le nombró jefe de la guardia nacional. Entiendo yo que tengo que mostrarles el manifiesto que lanzó y que yo precisamente redacté con la aprobación de los directores de la Liga. Allí se ve que el intento de conquista no era tanto del poder como la conquista de la libertad. Goroztieta luchó magníficamente y ya iba organizando el ejército cristero de 20 000 hombres. Hay manifiestos de él; magníficos testimonios que son válidos porque se tratan de un militar, en que dice que “soldados como los cristeros, ipoccos!”, por su generosidad, su desprendimiento, su honradez, y cualidades que se hicieron patentes cuando ya precisamente estaban en condiciones de ir o de avanzar para la conquista de la libertad, cuando vienen estos dos

señores y suspenden la lucha. Suspenden la lucha porque creyeron que ya no era posible. Precisamente en esos días fue muerto Goroztieta; pero no hubo traición entre los suyos; fue un accidente de guerra en que pereció heroicamente.

JW: ¿En qué año?

MPV: En el mismo año de 1929. Y los arreglos se celebraron en junio, y entiendo que en los primeros días de junio —en este momento no recuerdo exactamente la fecha— pereció Goroztieta en la lucha.⁵

JW: ¿Y cómo daban ustedes las órdenes a la guardia nacional?

MPV: ¡Ah! Pues había siempre medios de irse haciendo comprender y oír. Era una cosa realmente maravillosa. Nosotros no nos podíamos presentar, y propiamente ni sabían quiénes eran los directores de la Liga. No.

Al principio sí, cuando comenzó la lucha: pues fulanito y menganito; los nombres. Pero después, cuando se desencadenó ya la lucha nos entendimos con puros seudónimos; y a punta de seudónimos pasábamos las órdenes y las comunicaciones. ¡Una cosa maravillosa! No había propiamente rebelión por eso. Es una cosa curiosa. Y luego vinieron los arreglos y se dio la orden a que cesara y terminara la lucha; y terminó en muy poco tiempo.

Y eso, seguido de una cosa extraordinariamente dolorosa: una serie de matanzas y asesinatos de los jefes cristeros, y hasta de simples soldados. ¡En la forma más indigna, más irritante los agarraban y los mataban sin haber juicio! ¡Ah sí!, ¡bastaba con que fueran jefes cristeros, no obstante que Portes Gil al celebrar los arreglos determinó que se les diera algo de dinero para que se fueran a sus casas los cristeros y que se les dieran garantías! ¡Nada! ¡Es una lista trágica de muerte la lista de los jefes cristeros asesinados! Inmediatamente después de los arreglos sucedió eso. ¡Tremendo! Más todavía: a los dos o tres años, como digo, habían dos de los nuestros que habían cooperado, no habían intervenido directamente yendo a los campos de batalla, pero habían sido de los directores —como éramos nosotros—; uno que era el representante de Goroztieta, Luis Alcorta, y el otro era uno que había sido miembro del comité directivo de la Liga, el señor González Pacheco.

Parece que fue Portes Gil; puede decirse que Portes Gil supo que había habido, que hubo, un intento de ataque a su tren, y realmente cuando andaba por allá en su campaña de personaje presidencial atacaron el tren y llegó Portes Gil a saber, o a suponer que los directores de ese ataque habían sido Alcorta y González Pacheco. Pues ya, al año, en 1931 o 1932, unos asesinos

⁵ 2 de junio de 1929.

agarraron a Alcorta y a González Pacheco y los asesinaron aquí en San Cristóbal Ecatepec. Tuvieron la intención de asesinarlos y echar los cadáveres al arroyo, al río; pero, se vio que por la precipitación con que obraron los asesinos dejaron uno de los cadáveres en la cuneta. Pues vino la policía y lo recogió, y recogieron también al otro cadáver que estaba adentro en el río, y, en fin, la grita de los periódicos que se habían encontrado los cadáveres de Alcorta y de González Pacheco.

Pero al día siguiente: ¡silencio en la prensa; absoluto silencio! Era que la orden había sido de Portes Gil probabilísimamente porque entonces era Procurador de Justicia.

JW: ¿Nos puede usted decir quiénes eran los directores; cuántos directores tenía la Liga?

MPV: ¡Ah, pues sí! Ahora sí puedo decirlo.

Mire: Los primeros directores eran Rafael Ceniceros y Villarreal, Luis G. Bustos y René Capistrán Garza. Los fundadores fuimos representantes o representativos de instituciones católicas nacionales; pero no como representantes sino como representativos de la institución proponiéndose como ya había dicho, proponiéndose la libertad, la conquista y la defensa de las libertades esenciales con criterio católico, pero sin estar sometidos a la jerarquía católica. Bueno, después yo pasé a ser uno de los directores...

JW: ¿En qué año?

MPV: Debe de haber sido como por el año de 1926 o 1927. José Luis Bustos también se ausentó y entonces se llamó a Manuel Puga y Acal, escritor meritísimo, que había sido exaltado liberal, hombre muy entendido, al grado de que una de las cosas que se contaba de Manuel Puga y Acal era que se había desafiado, o tenido algún hecho de armas así en lo particular con un hijo de Miramón Bueno, pues de sectario se tornó, mediante una revolución nobilísima del espíritu, en católico íntegro y murió como íntegro católico.

También figuraba un señor licenciado don Mariano Ramírez. Es decir, yo los que recuerdo que fueron los principales, fueron los principales en tiempo de la lucha. ¡Ah!, el ingeniero Jorge Núñez, que vive. Pues son de los que principalmente me acuerdo.

Debo decirles que precisamente para evitar que fuera a haber una investigación por parte del gobierno y que diera con documentos nuestros no se levantaban actas y, sobre todo, todo se hacía a título de seudónimos.

JW: ¿Y el seudónimo de usted cuál fue?

MPV: Juan Manuel. ¿No está allí?

JW: ¡Ah, sí! Juan Manuel F. ¿Qué quiere decir la F?

MPV: No sé; Fernández, o ¿qué sé yo?

JW: Juan Manuel Fernández.

MPV: Juan Manuel Fernández. Sí, todo lo hacíamos a título de seudónimos, por medio de seudónimos. De manera que lo que ha podido conservarse es deficiente precisamente por eso. Además, añádase que los archivos de la Liga han sido perseguidos; perseguidos por uno o por otro bando. Y yo, hasta donde me es posible, he logrado salvar partes de ese archivo.

JW: ¿Y cómo pasó esto?

MPV: Mire, de parte del gobierno naturalmente me interesé en dar con el archivo; y parte también —da pena decirlo— a lo que entiendo había interés en que desapareciera el archivo ante las autoridades eclesiásticas precisamente por el paso que en contra había dado a los intereses que representaba la Liga. Pues anduvimos así, y con una multitud de incidentes al fin y al cabo ese archivo estaba en un cierto lugar que nada menos guardaban las hermanas de José Vasconcelos, y las hermanas de José Vasconcelos las tenían en la biblioteca pública. Pero el hecho es que habiendo ido los papeles de aquí para allá, al fin y al cabo yo me ingenié con cierta actividad hasta como a los diez años, o quince, del conflicto religioso y logré hacerme, no para mi propiedad sino para conservar como históricos de sumo interés, la documentación. Poseo parte de esa documentación; pero en gran parte hay otros lugares, porque había interés en llevarlos de aquí para allá, intereses personales, entre de ellos hay una bandera que estuvo sobre el cadáver de José de León Toral y ésa me la pidieron prestada. Y fue una tontería mía prestarla; y no me la han devuelto. En fin, otras cosillas así, incidentes, miserias; sobre todo esa desintegración que vino por los famosos arreglos en que ya no hubo un frente ante el enemigo: ¡se desintegró!

VIAJES A ROMA. DISCREPANCIAS ENTRE ARZOBISPOS Y OBISPOS SOBRE EL ARREGLO RELIGIOSO DE 1929

JW: Licenciado, ¿quisiera hablarnos de su viaje a Roma?

MPV: A Roma, sí. Bueno, hice dos viajes: uno antes de la persecución, cuando ya se venía perfilando; y otro después de la persecución.

La primera fue... Realmente yo estaba en la creencia que bastaba que se presentara uno ante la Santa Sede con el carácter de católico para que lo recibieran a uno creyéndole lo que les iba a decir, a contar; sí.

Me había ido yo a Inglaterra a un congreso social que se celebró en la Universidad de Oxford. Por supuesto que allí no hice nada. Pero de allí me fui para Roma, y allá me acompañó el señor Gabriel Fernández Somellera, que había sido el fundador del Partido Católico aquí, e hicimos una exposi-

ción de la situación mexicana. Notamos una reticencia en recibirnos, pero, en fin, logramos dejar un memorial bastante expresivo y del cual también tendré gusto de darles copia.

Pues el hecho es que a eso propiamente se limitó nuestra gestión: la de exponer las condiciones en que estábamos.

JW: ¿En qué año?

MPV: El año de 1925... No; me parece que 1926. Fuimos y expusimos la situación y después, precisamente con el mismo intento, fue una comisión de prelados; nada menos que presidida por el señor arzobispo de Durango, el excelente amigo, el inquebrantable amigo nuestro don José María González y Valencia. Y puede decirse que ratificaron lo que Gabriel Fernández Somellera y yo habíamos dicho y de ahí vino que al desarrollarse la transacción de Calles, el Papa expidió una primera encíclica el 2 de febrero de 1926 en donde expone la situación de México conforme a como lo habíamos expuesto los prelados y nosotros. De ahí una disposición magnífica la que tenía el Papa. Respecto a eso también tengo documentación rica que exige, pues, una exposición muy larga.

Bien, pues volvimos habiendo cumplido de cierta manera con el designio que nos habíamos propuesto, de dar a conocer la situación mexicana, procurando —me parece que desde entonces lo sintieron— la necesidad de despertar de lo que puede llamarse el espíritu cívico, porque a ese respecto la conciencia católica mexicana ha sufrido durante años una especie de espasmos, o de modorra.

Los católicos con el nombre de conservadores luchaban ya con Miramón y con los caudillos aquellos, con Alamán, etc. Fueron derrotados bajo el amparo de Washington en Querétaro y vino pues aquello en que realmente la Iglesia se replegara a los templos y a la sacristía; no tenía en materia de acción, de carácter social, otro desarrollo más que las Conferencias de San Vicente de Paúl. Las Conferencias de San Vicente de Paúl ya son bien conocidas de ustedes, lo que significa la asistencia a las familias, en fin, una cosa muy noble. En eso las Conferencias tuvieron un gran desarrollo aquí en México. Pero en lo que se refiere a los estudios de los problemas radicalmente sociales: inada!

Bien, pues se comenzó a despertar una de las cosas que nos interesaban, y ha sido la idea mía que se despierte por la acción de la Iglesia y en general por la acción de las gentes decentes de México, lo que técnicamente puede llamarse, no el espíritu político sino el espíritu cívico, es decir, el anhelo, la determinación, el estado de ánimo de intervenir en la cosa pública para defender las libertades esenciales: la de conciencia, la libertad de propiedad, la extensión de la propiedad, la organización de la familia; las cosas

fundamentales y convenientes de los problemas que pudieran llamarse "genuinamente políticos". Sí, entiendo que entonces algo insinuamos sobre la necesidad de que el Papa se dirigiera despertando la conciencia católica mexicana. Vino después al poquito tiempo, es decir, vino la lucha, y se celebraron los arreglos de 1929. El señor Manríquez y Zárate fue el primero en ir a hablar allá al Papa exponiendo lo que había significado ese pacto que se había dado; ese pacto desastroso, sí, ¡absolutamente desastroso!, e insinuó que fuera algún seglar o algunos seglares a exponer la situación bajo del punto de vista seglar.

Pues estuvimos buscando quién lo hiciera, y yo, que soy un pésimo extranjero —ya lo he dicho— en materia de idiomas o de trato así social, pues dijimos entonces que no había más cera que la de la alcancía, y allí voy yo allá a exponer a Roma la situación en 1930.

No llevaba yo el designio de ir a negociar, sino simplemente el de exponer; que la Santa Sede se diera cuenta de la situación, porque los señores que habían celebrado los famosos arreglos, pues hacían los mayores esfuerzos meramente menguados, tristísimos, en el sentido de hacer creer a la Santa Sede que las cosas iban bien aquí, y aquel enemigo avanzando a banderas desplegadas, ¡ya sin enemigo al frente! Sí, presenté yo esos ocursos. Bien, pues presenté esos documentos; pero las alturas, a mi modo de ver, en el Vaticano estaban ya tomadas por Washington, por los prelados reglistas. Entiendo yo por Washington, no nada más la Casa Blanca sino la delegación apostólica, que entonces estaba al frente de ella un señor Fumasoni Biondi, hombre de poca capacidad. Bueno, tenía la iniquidad que a mí me irritaba mucho, al decir que México era un país de conquista. Decir algo así como Moctezuma y Cuauhtémoc y todo, cuando nosotros en ese momento estábamos dando muestras de una alta cultura, del supremo sacrificio de un pueblo sin armas, sin recursos, que heroicamente se estaba sacrificando como con la muerte, el capital, las vidas y todo lo demás. ¿Por qué? Por altísimos principios; principios tan altos que los belgas que nos estudiaron muy bien llegaron a declarar que México había escalado las cumbres de la cristiandad. ¿Entonces nada?

JW: ¿Habían muchos campesinos en el movimiento de ustedes?

MPV: ¡Ah sí, evidentemente! Pues en gran parte una buena parte fueron de campesinos, sí, de la región de Jalisco, de Zacatecas, Guanajuato, Colima, pues eran campesinos ¡admirables!, ¡admirables!

JW: ¿Dueños de propiedades pequeñas?

MPV: Pues probablemente sí; de los hacendados en gran parte no hubieron; pero una parte, entiendo yo, que hasta los mismos hacendados disimulaban. Pero en fin, puede decirse que la obra patética, primeramente por lo

que se refiere a la decencia fue obra de la clase media y de la clase pobre campesina y urbana; digamos de las ciudades. Aquí también se registraron actos, una multitud de actos heroicos. Ya les di a ustedes una lista que es muy hermosa de ese estado de espíritu nobilísimo que se probó en toda su elevación precisamente cuando vinieron los arreglos. Si hubiera sido otro el espíritu hay rebelión; y no hubo rebelión. Sí hubo dolor muy grande; hubo lágrimas; pero rebelión ¡no! Y tampoco fue la idea de echarle de enemigo a los que habían celebrado los arreglos. Sí, yo confieso mi pecado; y es que yo le buscaba el modo de que a ver si nombraban al señor Ruiz y al señor Díaz —que eran los que habían celebrado este arreglo— que los nombraran cardenales y se los llevaran a Roma. Sí, eso sí.

JW: ¿Y ustedes a quién querían para arzobispo de México?

MPV: ¡Oh! Pues mire usted, hasta llegamos a pensar así; pero absolutamente no tuvimos ninguna intervención, y no la podíamos tener. Pensábamos en un señor... el que acaba de ser obispo de Huejutla, el señor Manríquez y Zárate, luego, el señor González y Valencia, después, el señor obispo de Tulancingo; en fin, habían varios prelados que nos interesaban que estuvieran, como digo, no que digamos que se constituyeran ellos en caudillos sino simplemente que conservaran el espíritu de resistencia para el efecto de conquistar la vida actual: esa era la idea.

JW: ¿Hubo lucha entre el clero para escoger al nuevo arzobispo?

MPV: ¡No, no; eso no!

JW: Es que ustedes tenían muchos amigos dentro del clero.

MPV: Sí, pero no, absolutamente no; ¡no se intervino en eso nada!

JW: Sí, pero el clero debe tener algo qué decir en la selección de un arzobispo.

MPV: Yo me atrevo a decir que el nombramiento del señor Díaz fue obra de Washington, debido a la gestión del señor Fumasoni Biondi. Mire, hay un hecho que yo no he podido aclarar:

Ya he aludido al caso, y ahora voy a ser más concreto. Vino la persecución y el señor Ruiz y el señor Díaz nos hicieron ver que se aprobaba el uso de la fuerza. Pero el hecho es que a los dos o tres meses —no mucho antes— el señor Díaz es expulsado del país y no expulsado para el norte sino para Guatemala. Y es que yo me atrevo a pensar que el señor Díaz no quiso ser expulsado para el norte porque allí estaban los obispos que estaban de nuestra parte.

Llega el señor Díaz a Guatemala y lo primero que hace es hacer declaraciones en contra de la resistencia armada; luego va a Nueva York y ratifica sus declaraciones. Viene la comisión de prelados de allá de Roma, del señor González y Valencia, y estoy dispuesto a enseñarles a ustedes la carta que le dirigieron ellos de la comisión a Díaz, una carta nobilísima. Y el señor Díaz

acata la carta y dice que está de acuerdo y hace el viaje a Roma, y en el vapor "Majestic" hace declaraciones preciosas en favor de la resistencia armada. Pero llega a Roma y empieza a trabajar en contra de los prelados, y al fin y al cabo alegó a triunfar. Y el triunfo fue éste a mi modo de ver:

Le voy a decir a usted que en primer lugar era imposible el triunfo de los cristeros debido a que la Casa Blanca estaba dispuesta a sostener a los tiranos; y en segundo lugar a que los procedimientos empleados por los cristeros comenzaron a ser un poquito trágicos ante la Santa Sede. El tiranicidio, sí, el tiranicidio es tremendo, ¡es una cosa terrible! Y tengo la idea de que hubo hasta un intento o disimulo de atentar contra Pío XI, me sospecho, o alguna cosa.

Pues todas esas circunstancias en que se presentaron aquellos señores respaldados por la Casa Blanca y respaldados por el señor Fumasoni Biondi, y todo, ¡pues nada! El Papa que ya estaba de nuestra parte se puso de parte de la otra y se celebraron los famosos arreglos nulos, de plena nulidad, porque lo que dijo Portes Gil es nulo conforme a la Constitución.

Esa fue la cuestión y tan fue nulo que a los treinta y tantos días hizo Portes Gil un discurso también. (Creo que ustedes tienen el texto de ese discurso masónico, pues también es necesario que lo tengan.)

JW: ¿Lo tiene usted?

MPV: Sí, ¡cómo no! Hubo una cita en que Portes Gil dijo:

"No, pues lo que sucedió es que el clero se ha rendido. ¡Ahora sí!" Y Mr. Morrow, que fue el que intervino en todo eso, pues apoyó todo eso también. Y realmente Morrow triunfó siguiendo el programa establecido por el señor Townsend de hacía un siglo. Esa es la cuestión.

Y en fin, que como digo, nosotros los católicos que pertenecemos a aquella lucha, que hemos ido desapareciendo, unos porque ya se murieron, otros porque ya se les acabó el ánimo y otros porque han quedado o porque se han pasado al enemigo; por lo menos se han pasado a la banda del conformismo. Y quedamos unos cuantos despelados que todavía estamos pensando en que es necesario que se clarifique la libertad institucional de la Iglesia Católica en México, y las libertades esenciales.

JW: ¿Cree usted que la expropiación de la tierra por parte del gobierno tuvo mucho qué ver con los levantamientos de los cristeros?

MPV: ¡No! Del otro lado; es decir, de los agraristas sí, para perseguir a los cristeros. Pero por parte de los hacendados no hubo nada, ¡no!

JW: Bueno, habían muchos campesinos y muchos dueños de propiedades pequeñas de la clase media rural que querían mantener.

MPV: Sí, pero eso no fue factor de importancia, ¡absolutamente! Lo que hubo fue la cuestión ideológica, los principios. Sobre todo esa región de Los Altos es admirable, es una región especial. En gran parte no son ya

mestizos ni indios; son mestizos, es decir de extracción española que se radicaron allí; son hombres guapos, de buena presentación, de muchachas guapas también; bravas y bravos ellos. Sí, buenos jinetes.

JW: Para hablar de la novela cristera, en el libro *La virgen de los cristeros* que es de Fernando Robles,⁶ el autor dice que muchos de los dueños de pequeñas propiedades entraron a la guerra cristera convencidos de que tenían que proteger sus tierras. Pero el autor después de escribir mucho se avergüenza de los asaltos que los cristeros hicieron contra los trenes.

MPV: ¡Ah, vaya!

JW: ¿Hubieron muchos ataques contra los trenes?

MPV: Hubo algunos graves pero inevitables! Iban tropas allí a atacar a los cristeros.

JW: ¿Como el tren de Guadalajara?

MPV: Si no atacaban a los inocentes, atacaban a las fuerzas. Naturalmente siempre se advertía al público que evitaran los viajes por tren. Pero si iban en los trenes corrían el peligro ese.

Si se lanza una bomba sobre un ejército y perecen inocentes y niños, pues no es un crimen el hecho porque no se trata de la destrucción de los inocentes sino de hacer daño al enemigo.

Un señor gringuito, Frank León Gelskey, se interesó mucho por la novela y le dijeron que yo le podría proporcionar datos sobre su autor y sobre otras novelas que escribió el niño Jorge Gram. Vino aquí, le proporcioné datos y escribió una tesis sobre las novelas de Jorge Gram⁷ y luego otra tesis, también para la Universidad sobre otras literaturas cristeras que no fueron de Jorge Gram,⁸ y obtuvo gran éxito en las dos tesis. Allí las tengo yo y creo que las debían ustedes de querer.

JW: Sí, gracias.

MPV: Y luego otra, se tuvo que ir este gringuito porque aquí creo que no hay noviciado de los dominicos y tuvo que irse a España a la Universidad de Salamanca y allí presentó una tesis sobre el ideario cristero, una tesis espléndida en la que entendió a fondo lo que era la ideología cristera.⁹ ¡Admira-

⁶ Buenos Aires, Editorial Claridad, 1932.

⁷ Frank León Gelskey Beier, *Las novelas cristeras de Jorge Gram* [canónigo David G. Ramírez], tesis de Maestro de Lengua y Literatura Española, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

⁸ *Ibid.* *La literatura cristera, después de Jorge Gram*, tesis de Doctor en Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

⁹ Frank León Gelskey [Beier], *Historia e ideología de la filosofía cristera*, tesis de Doctor en Filosofía, Universidad de Salamanca, 1961.

ble! (También la tengo.) Y allí presentó su tesis, y creo que se disgustó allá con los dominicos españoles; pero siguió adelante, recibió las órdenes sagradas y ya no quiso ir a los Estados Unidos no obstante que su familia está allá, sino que se ha encariñado y ahora es sacerdote de una de las diócesis de aquí del oriente de México, de Veracruz. Ahora está en Roma haciendo estudios especiales para obtener un doctorado. Y eso es también digno realmente de que lo vieran ustedes, esa obra.

JW: ¿Es verdad que unos de los cristeros llegaron hasta cortarles las orejas a unos maestros?

MPV: ¡Sí, cómo no! Sí, sí. Eso después, especialmente el ataque vino después porque una de las investigaciones más dolorosas que llevó a cabo el gobierno y del cual ya no pudieron defenderse los cristeros fue la reforma del artículo 3o. en 1934. El artículo 3o. ya de suyo era confiscatorio de los derechos de los padres de familia. Pero después se estimó estableciendo la escuela propiamente comunista.

JW: En 1934 se reformó el artículo 3o. y entonces ya no tenían manera para luchar, pero podían cortar orejas. ¿Y se atemorizaron los maestros?

MPV: ¡Cómo no! ¡Seguramente! Mas después vino la reforma de Ávila Camacho que se ostentaba como católico. Ya nunca había un interés en el clero en decir "ahora sí contamos con un presidente católico".

El hecho es que en 1945 Ávila Camacho reformó en la Constitución el artículo 3o., pero en una forma verdaderamente ignominiosa para nosotros porque, si es cierto que ya no se impone ese sectarismo rabioso que se imponía con el artículo sin reformarse, sí se suprime el juicio de amparo, el recurso de amparo tratándose de las cuestiones escolares, es decir, que tratándose de la educación de los niños, de las convicciones de conciencia, no existe amparo. Por otro lado, si le quieren robar a uno alguna cosa, el pueblo va a la autoridad, pide un amparo, y en fin, que los tribunales amparan y le dicen a la autoridad: "Detente porque voy a estudiar si es jurídico lo que tú quieres hacer".

¡Tratándose de un atropello en cuestión escolar no hay lugar al amparo! ¡Ah, es una cosa ignominiosa, horrible!

JW: Pero, ¿por qué motivo cortaron las orejas?

MPV: Pues como manifestación de indignación; nada más de indignación.

JW: ¿Y por qué no cortaron lenguas?

MPV: ¿Lenguas? Porque era más trabajoso, de seguro.

JW: Estábamos hablando de su viaje a Roma en 1930.

MPV: De mi viaje a Roma. Fui, como digo, y creo que en realidad en buena parte fracasé: estaban tomadas las alturas digamos allá y el señor Díaz amparado por el señor Ruiz; el señor Ruiz con su carácter de delegado apostó-

lico, el señor Díaz con su carácter de arzobispo de México; luego el señor Fumasoni Biondi protegiéndolos allá. En fin, la cosa estaba muy trabajosa y luego el hecho mismo de nuestro fracaso, porque habíamos fracasado.

Pero de todas maneras, siempre hubo algo que resonó en Roma, en el Vaticano, y fue esto: los jesuitas de aquí estaban en muy buena parte de nuestro lado; hicieron y presentaron un memorándum semejante a los que yo llevaba y siempre con el general de la Compañía de Jesús, al que le dicen las malas lenguas "El Papa Negro", pero siempre significaba mucho. El caso es que siempre impresionó aquello y fue motivo de que el señor Díaz fuera llamado a exponer. Y tengo la creencia de que por poco se queda allá o a lo menos se queda en Nueva York. Llegamos nosotros a recibir un telegrama de Roma, de un eclesiástico que estaba enterado del teje y maneje interno de la Santa Sede en que decía: "La residencia del señor Díaz será de aquí en adelante en tal parte". En donde está la residencia, creo, de los jesuitas en Nueva York.

Pero no, vino aquí, vino triunfante el señor Díaz. Había triunfado y entonces fue cuando él nos llamó por la carta esa que escribimos, y, como digo, la carta en que estaba lo que les dijimos; carta que tengo que mostrársela a ustedes. Sí, hay una multitud de documentos.

JW: Al morir el arzobispo Mora y del Río —y él fue partidario de ustedes—, ustedes debieron haberse ido a Roma para enterrarlo allá.

MPV: Eso de la entrada de los seculares en los asuntos eclesiásticos es cosa trágica, les muy difícil! Suele ser eso como una cosa institucional, fundamental: se rechaza. De manera que si pretendiera uno llegar así con toda seguridad quedaba, antes de intentarlo, derrotado. No lo intentamos; si deseábamos que resultara electo otro de los prelados.

JW: ¿Y Manríquez y Zárate, o uno de los clérigos, no pudo haber ido a Roma?

MPV: Sí, fue luego y habló; me platicaba a mí el señor don José Jesús Manríquez y Zárate, que luego obtuvo una audiencia de Pío XI, y me decía éste: "Lo que yo le dije al Santo Padre entonces, lo sabrá el día del Juicio".

Lo que le diría, que era muy hombrote el hijo, y éste iba a ir a Bélgica y allí iba a decir un discurso exponiendo la situación en que quedaba la Iglesia en México.

No pudo ir, pero el discurso lo mandó y los belgas lo hicieron llegar a nuestro poder. Entonces eso pasaba a fin de varios arreglos y aquí en México convocamos a una asamblea de legos paralelo al discurso del señor Manríquez y Zárate que echa lumbre. ¡Tremendo! ¡Ah!, fue causa de una escandalera y creo que al señor Manríquez no le gustó. Creo que tengo por allí una carta en que me dice: "Estoy sufriendo horrores con motivo del discurso".

Así es que ha sido para nosotros una situación muy dolorosa. En realidad tengo la idea, como digo, que la Iglesia, es decir, el Pontificado es infalible en dogma y costumbres; pero, para conocer las situaciones de los países, no es infalible.

JW: ¿Cree usted que la Iglesia llegó a perder mucho al cerrar las iglesias a los sacramentos durante 1926 hasta 1929?

MPV: Se sentía un espíritu de sacrificio, de abnegación. Esa, esa cosa de conquista para las causas santas, las causas de la Iglesia, que no se obtienen con florecitas, ni con campanitas ni con nada; se obtienen con la cruz, con el dolor, con el sacrificio, con el derramamiento de sangre, con la muerte. ¡Así es! Y en realidad no sé yo. Como estaba escondido no me pude dar cuenta del estado en que se encontraban los espíritus. Pueda ser que algunos estaban ya derrotados y otros en condiciones de resistir; pero entiendo que esa resistencia del pueblo a seguir siendo fiel a la Iglesia lejos de significar una derrota de la Iglesia la persecución era una avanzada, un sostenimiento, una vigorización de los principios católicos en México. En cambio el hecho de que la Iglesia, de que el clero haya venido a reanudar los cultos de acuerdo con las leyes vigentes fue un golpe muy grave, a mi modo de ver, el que sufrió la causa católica y la causa misma de México.

JW: Fue una decepción muy grande para todos los que habían luchado tanto.

MPV: ¡Sí, tanto! Y usted lo debe saber. Ya le di a usted un apuntito; quién sabe si haya tenido tiempo de verlos; las anotaciones a la obra de Aquiles Moctezuma. Ahí hago consideraciones sobre lo que significaron las palabras esas de reanudar los cultos de acuerdo con las leyes vigentes. Yo tengo la convicción de que no ha habido expresión más siniestra para los destinos de México que esa expresión; el hecho y las consecuencias que han tenido. Como usted ve, me metí a ser autor dramático, y me imagino que no habrá leído la obra.¹⁰

EW: Sí la leímos.

MPV: ¿Qué les parece?

EW: Muy interesante todo el drama de ustedes.

MPV: El mío sí.

JW: Representa la síntesis de su movimiento.

MPV: Está allí; pues fue lo que quise. Yo creo que se hace sentir. A un sacerdote, que es mi confesor y que es ferviente guadalupano, un padre jesuita,

¹⁰ *El retorno*, drama en tres actos, Mixcoac, 12 de abril de 1935, segunda parte de *La perfecta alegría*.

le consternó el que yo hubiera hecho materia del argumento el robo de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Le dije: "padre, pero se recupera después".

JW: Y ese drama, *El retorno...*

MPV: Es la segunda parte; la primera se llama *La perfecta alegría*, y la idea fundamental —yo creo que ya le había dicho a la señora eso— es ésta: que el pueblo mexicano en su conciencia más pura se determinó ir al sacrificio, al martirio, a la muerte, por conquistar la libertad de la Iglesia. Y luego, al final de esa lucha, viene en el nombre de la Santa Sede y reanuda los cultos de acuerdo con las leyes vigentes.

Yo personifico esa conciencia católica en Lina, la que figura después en Lina; Lina es la conciencia mexicana, y en la que, ante la derrota, ante una imagen de Cristo Rey en las alturas allá de los volcanes de Colima le dice a Cristo:

"Te hemos pedido pan y nos das piedras; te hemos pedido peces y nos das escorpiones."

¿Qué significa esto? ¡Ese es el problema! ¡Ah, tremendo! Y pienso yo, es decir, lo resuelvo yo en este sentido: que para llevar a cabo su desarrollo en las vidas de las grandes ánimas destinadas al desarrollo en grandes misiones del orden espiritual, Dios, antes de entregar las actividades las sumerge en la desolación.

Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santa Catalina de Siena, etc., etc., todos han sufrido horrores, años y años de desolación, al grado de que hay algunos místicos que dicen que han sentido esas almas hasta odio contra Dios por esas cosas. Y es que como se preparan, pasa la desolación y entra en acción el medio ya bien probadas. Pues ese concepto de la preparación suprema por medio del dolor y la desolación; la desolación, la oscuridad del espíritu, es lo más grave que puede darse en el orden espiritual; de sentir uno que triunfa. Eso fue verdad; es lo más grave.

Bien, pues eso que pasa con los individuos, con las almas selectas, pasa con las naciones selectas; y México es una de las naciones selectas.

JW: ¿Se han publicado los dramas de usted en gran escala?

MPV: ¡No! Ni he logrado que los representen, ni nada. No; no crea usted.

Mire usted, como yo francamente en parte no soy un personaje, un gran intelectual, ni nada. Soy un católico sincero, desinteresado; eso sí lo sostengo. Pero, en todo lo demás, que yo fuera un D'Alembert, un Chateau briand, ¡no!, ¡absolutamente no!

Bien, pero aparte de eso, se me ha caracterizado a mí el cargo de representar el papel de inconforme con lo que se hizo y de ahí predije que ya se

me haga a un ladito, y sobre todo con la cuestión del libro de Carreño.¹¹ Aquí tengo principalmente los cargos que Carreño me hace del libro. Voy a obsequiarles a ustedes y ustedes dirán si convendrá grabarlos o no.

JW: Sí, ¡gracias! Pero también debe usted publicar sus dramas, porque este drama, *El retorno*, que usted escribió en 1935 es una verdadera síntesis del pensamiento de usted.

MPV: ¡Pues sí! Pero no crean ustedes, que están teniendo la nobleza de atenderme a mis ideas y todo. Pues sí, pero viera usted que ni entre las gentes que tratan así particularmente conmigo me entienden.

JW: Bueno, quisiéramos seguir con esta entrevista, pero ya se terminó la cinta.

ALGO MÁS SOBRE LA CUESTIÓN RELIGIOSA Y TEMAS DIVERSOS

11 de mayo de 1964

JW: Estamos en la ciudad de México y quisiéramos otra vez hablar de los hechos que ocurrieron después de los arreglos y los problemas que surgieron en 1930.

MPV: En 1929, 1930, 1931, todos dicen que fue el periodo para los que dirigimos la resistencia cívica y bélica contra los tiranos, el periodo más grave y más doloroso, porque enfrentarse directamente a los tiranos estaba cargado de peligros de hecho; pero no teníamos en materia de doctrina ninguna dificultad, ni de disciplina. La resistencia armada, como creo ya haber declarado anteriormente, fue considerada no sólo lícita sino laudable por el Episcopado mexicano. En una asamblea que se celebró en el mes de octubre de 1926, el Episcopado por unanimidad aprobó dicha medida de recurrir a las armas para resistir la tiranía y reconquistar, o conquistar institucionalmente las libertades esenciales, especialmente las libertades de la Iglesia. Pero acaeció que debido sobre todo a la influencia y determinación de la Casa Blanca, que contó a lo que entiendo con la colaboración del delegado apostólico en Washington, señor Fumasoni Biondi, y, a que dos prelados caracterizados de México se aprestaron a cooperar en la empresa de la derrota, los señores don Leopoldo Ruiz y Flores y don Pascual Díaz y Barreto.

¹¹ Alberto María Carreño, *El arzobispo de México, excelentísimo señor doctor don Pascual Díaz y el conflicto religioso*, México, Ediciones Victoria, 2a. ed., 1943.

El hecho es que se fue convenciendo a la Santa Sede que era imposible el triunfo de la reconquista de la libertad por medio de los cristeros. De ahí es que vinieron aquellos dos prelados con la representación de la Santa Sede a reanudar los cultos de acuerdo con las leyes vigentes.

Esto causó en los que habíamos estado luchando, en los que habíamos tenido la perfecta conciencia de que luchábamos por uno de los supremos principios propios del catolicismo, una positiva consternación; fue propiamente, en el fondo, un escándalo! Sin embargo, como fieles hijos de la Iglesia, y como se habló en nombre de la Santa Sede, ¡por eso vino la rendición total de los cristeros!

JW: ¿Usted redactó el manifiesto?

MPV: Sí. Luego se procedió inmediatamente a la rendición de los cristeros. Yo fui quien redactó el manifiesto que suscribió el general Degollado Guízar como jefe sustituto del general Goroztieta que acababa de morir en la lucha.

JW: ¿Y qué dijo usted en el manifiesto?

MPV: ¿En el manifiesto? Que en vista de lo que había aparecido de lo pactado con la Iglesia, con lo pactado por los representantes de la Santa Sede con el gobierno, que no quedaba más recurso a los cristeros que rendirse. Aunque los dos prelados intervinieron en los arreglos, aseguraron al Papa que podía seguir la lucha armada ejercida por los seglares en defensa de sus derechos particulares, especialmente, pienso yo, en la libertad de la enseñanza. El hecho es que era imposible seguir adelante en esa forma porque una vez obtenida la reanudación de los cultos o decretada la reanudación de los cultos en virtud de los arreglos, los sacerdotes, párrocos, vicarios, simples y ministros auxiliares, no podían ejercer libremente su acción o su ministerio, si habían cristeros próximos al lugar en que ellos tenían que ejercer ese ministerio, porque entonces los jefes callistas tendrían que considerarlos como cómplices o cooperadores de la resistencia que se estaba desarrollando o, por el contrario, constituirse en auxiliares del gobierno en contra de los cristeros.

En vista de esto, como ya he manifestado, la Liga y el señor jefe de los cristeros decretaron colectivamente la cesación de la lucha. Eso es lo que se dice en el manifiesto suscrito por Degollado Guízar. Tendré mucho gusto en proporcionarles un ejemplar.

JW: Muy bien, ¡gracias!, sí lo quisiéramos.

MPV: La condición en que se quedó entonces por parte de los que habían resistido y advirtiendo que no se había obtenido del gobierno propiamente nada, de los tiranos absolutamente nada, se queda en un estado de inquietud sumamente grave. Uno de los prelados más insignes que estaban en favor de la tesis de la resistencia, hasta obtener la reconquista institucional de las libertades esenciales, era el señor don José de Jesús Manríquez y

Zárate, célebre prelado que ya desde entonces se había distinguido por su actitud de resistencia ante los tiranos.

El prelado, que había sido desterrado a los Estados Unidos, se apresuró a ir a Roma para exponer al Santo Padre la situación. Logró ser oído por el Pontífice, y debió haber dicho y hecho declaraciones sumamente graves sobre el particular. Recuerdo que en una de las conferencias que tuve con el ilustre prelado —pues tuve amistad con el ilustre prelado hasta que se rindió por parte de la suprema jornada— me refería que lo que había declarado al Santo Padre en aquella ocasión, hasta las declaraciones que le había hecho él, el prelado al Pontífice, se sabrían hasta el día del Juicio Final, indicando con esto la gravedad de las expresiones que empleó con el Pontífice aquel ilustre prelado.

Estimó el propio prelado que no debían simplemente los prelados y los sacerdotes ir a exponer la situación en que había quedado la cuestión religiosa en México, sino que debía de ir algún seglar, o algunos seglares. Lo consideré yo junto con los directores de la Liga, que debían atenderse las indicaciones del prelado y se anduvo haciendo gestiones para que algún caracterizado católico fuera a Roma, o varios católicos fueran a Roma a desempeñar aquel cargo, a hacer aquella exposición. No hubo quién se determinara a esa empresa tan difícil y yo me vi obligado a aceptarla en vista de que no había, según la expresión que empleaba yo, “más cera de la que ardía”.

JW: ¿Cómo fue recibido usted en Roma?

MPV: Pues mire usted, antes debo decirle cómo fui preparando la cuestión. Yo tuve la creencia de que no debía ir a negociar a Roma sino simplemente ir a exponer la situación en que los mexicanos católicos habíamos quedado aquí. Entonces se hizo una exposición de cuyo texto ya proporcionaré a ustedes la copia correspondiente, y se hizo una exposición de la situación en que había quedado la Iglesia y en general en que habían quedado las cuestiones, los problemas católicos mexicanos. Y el ilustre converso Manuel Puga y Acal formuló una exposición muy interesante sobre la debatidísima y trascendental cuestión escolar. Fui con aquello, y aparte llevaba yo otro documento —el cual también proporcionaré a ustedes copia— que intitulé “Quejas contra los dos prelados”, en que habían intervenido en los famosos arreglos Ruiz y Díaz.

Fui a Roma y allí contaba precisamente con la cooperación y ayuda del padre Enrique Ochoa, de quien les he hablado a ustedes, y quien en 1933 publicó un estudio histórico sobre *Los cristeros del volcán de Colima*.¹²

¹² Padre Enrique Ochoa, seudónimo “Spectator”, *Los cristeros del volcán de Colima*, México, Editorial Jus, 2a. ed., 1961.

JW: ¿Su seudónimo es?

MPV: Spectator.

JW: ¿El líder de los cristeros?

MPV: Propiamente el líder no, sino capellán cristense, le llamaríamos así, y era hermano del que había iniciado el movimiento cristero en la región de Colima.

Bien, pues con una multitud de dificultades, es decir, con una multitud de deficiencias y ciertas dificultades, por fin logré ser recibido por el cardenal Pacelli, Pacelli que después fue Pontífice, Pío XII. Debo advertir que antes de ser recibido por el cardenal Pacelli, fui recibido por el cardenal Cerretti que había sido antes de ser cardenal delegado apostólico aquí en México, y a quien entonces yo había conocido. Al cardenal Cerretti entregué esos dos documentos que llevaba, y digo yo, la exposición que nosotros ya habíamos formulado, la exposición de Manuel Puga y Acal y las facciones. Y él se apresuró a hablar o tuvo ocasión de hablar con el Soberano Pontífice y con el cardenal Pacelli. El Pontífice era Pío XI entonces.

Pues sucedió, a lo que entiendo, que al recibir aquellos memoriales o aquella exposición en la Santa Sede, preguntaron acá quién era yo y preguntaron a los prelados contra quiénes yo llevaba propiamente esos cargos. Y las informaciones han de haber sido, creo yo, una forma muy grave, muy tapatía; han de haber sido las informaciones de los angelitos.

Debido en buena parte a que yo llevaba mis buenas recomendaciones firmadas por prelados que hacían grandes elogios de mi misión y hasta apreciaban mi persona, entre ellos el señor Orozco y Jiménez, es que fui recibido en audiencia particular por el cardenal Pacelli. Pero luego advertí que el cardenal Pacelli me recibía sumamente serio y con restricción; de tal manera que en el acto me desconcerté, al grado que casi casi aquella actitud estuvo a punto de arrancarme lágrimas. Sin embargo pude reaccionar y le advertí que nosotros lo habíamos hecho con el ánimo de exponer la situación en que México quedaba; que México era obra de la Iglesia, la nación mexicana. Y entonces fue cuando le pregunté yo en forma patética:

"Eminencia: ¿Hemos hecho mal en venir a exponer la situación en que hemos quedado?"

Naturalmente que el cardenal tuvo que contestarme que no habíamos hecho mal, y entonces añadí:

"La cuestión escolar, ese es asunto nuestro, y esa cuestión, Eminencia, está en México perdida."

El cardenal me escuchó y me aseguró que se había enterado de los memoriales y entiendo que algo le ha de haber impresionado lo que dije y sobre todo por los documentos que yo había presentado.

Antes, o después de esa entrevista, tuvo lugar una entrevista con monseñor Pizarro que era subsecretario de la Secretaría de Estado y era propiamente el prelado que gozaba de la gran confianza del Soberano Pontífice. Y allí sí, a él tuve ocasión de entregarle las quejas que habíamos formulado aquí. Ese fue propiamente el desempeño de la dolorosa comisión que a mí me correspondió allá en Roma.

Después permanecí allí procurando presentar documentos que me llegaban de México a Roma en que demostraba yo que el gobierno lo que hacía era ir avanzando en su persecución en contra de la Iglesia. Me acuerdo que presenté un periódico de los que publicaba el jefe militar, el ministro de la Guerra, un tal Joaquín Amaro, un sectario furibundo, cruel en el que aparecía el obispo de Guadalajara, el señor Orozco y Jiménez, como realmente pretendiendo enamorar a una mujer o una cosa así; y que pintaban a la Virgen de Guadalupe en forma muy injuriosa para nosotros los católicos mexicanos que tenemos una especial devoción.

En fin, entiendo yo que no tuve éxito en esa campaña. Sí, con todo y eso logré, como cosa muy especial a lo menos, que los padres de la Compañía de Jesús de aquí hicieran una exposición semejante a la que yo había llevado y esa fue presentada por el general de la Compañía de Jesús al Papa y dio por resultado, según creo yo, a que la Santa Sede llamara al señor Díaz a exponer la situación en que había quedado la Iglesia en México.

JW: ¿Cree usted que la exposición de usted haya influido a que el cardenal Pacelli enviara un mensaje a la nación mexicana? ¿Hubo una carta en los primeros años del decenio de 1930 en contra de la nueva persecución?

MPV: Y hasta hay una carta apostólica —por allí la tengo—, una encíclica en que por primera vez en la vida de la Iglesia, de los pontífices, se consagra el principio del uso de la fuerza para defender el derecho.

Debo advertir que también intenté que Pío XI me recibiera. Y nos presentamos nada menos que el padre Ochoa, José Antonio López Ortega, que era nuestro representante allá, un joven con quien tal vez pudieran ustedes hablar también. Valdría la pena que le hablaran; yo los pongo en contacto con él. Y el caso es que el Soberano Pontífice, pues casi casi nada más se limitó a darme la bendición y no quiso oír más. Yo salí propiamente desconcertado, derrotado.

JW: ¿Entonces usted no habló más con el cardenal Pacelli?

MPV: Con el cardenal Pacelli, nada más que para despedirme. Sí, una cosa, era realmente lo que yo decía entonces, “que las alturas estaban tomadas por los enemigos”, es decir por los contrarios que eran Morrow, Portes Gil, el señor Ruiz y el señor Díaz y los prelados que estaban con ellos en el sentido de que había que transigir y tolerar. Esa es la realidad, la situación en que quedamos.

En eso voy sabiendo allá en la misma Roma que el señor Díaz y Barreto había sido llamado por la Santa Sede. El señor Díaz, que era habilísimo y personalmente muy simpático y hombre de trato social, en el acto había iniciado una peregrinación. Yo, después de consultar con personas que conocen el "teje y maneje" de la política vaticana, me determiné a no estar presente cuando él estuviera allí y me vine para acá porque se estimó que si estaba el laico allí y se lograba algo en favor de lo que yo pedía, la Santa Sede se detendría en vistas de que no les gusta allí hacer ostensibles triunfos de laicos sobre eclesiásticos y me vine.

Se presentó él allí en Roma y yo aquí vine también con la idea de reforzar porque allá se nos decía: "¿Por qué no en lugar de laicos vienen en posición de prelados?"

Y yo venía resuelto a gestionar a que mandaran prelados. Logramos el señor Ceniceros y Villarreal y yo una entrevista con el señor Orozco y Jiménez, digamos mi protector, mi amigo, mi gran protector. Y logramos que él mandara una exposición semejante a la que nosotros habíamos llevado. Quien recibió esa exposición allá en Roma, hombre que estaba de nuestro lado, la retuvo hasta que llegara el señor Díaz y precisamente cuando se vio anunciada la audiencia solemne que el Papa iba a conceder al señor Díaz y a los peregrinos, que eran muy pocos, cuando iba a conceder esa audiencia llegó el documento e hizo que el Papa se enterara de lo que decía el señor Jiménez.

De manera que antes que se efectuara la audiencia —eso es lo que yo creo, y si se me piden pruebas pueda ser que no las pueda dar— parece que su Santidad el Papa llamó a Díaz y que se trató la cosa en una forma sumamente grave. Dicen que el Papa golpeaba sobre la mesa preguntando cómo había quedado aquí la situación. El caso es que hay quien dice que el señor Díaz salió con las lágrimas en los ojos de su audiencia y que ya no hubo audiencia general, ¡ya no!

Bueno, de hecho hasta se llegó a pensar que ya el señor Díaz no vendría aquí. Nosotros los de la Liga llegamos a recibir un cable de Roma en que se nos decía:

"La residencia del señor Díaz estará en Nueva York", o quién sabe cuánto; que se quedaba en Nueva York.

¡Pero nada! Hábiles, realmente habían tomado la posición que querían conservar. El hecho es que se valieron, entiendo, hasta del mismo Morrow, y se puede decir que hasta del mismo Portes Gil y el señor Díaz regresó a México. Venía, puede decirse, triunfante; realmente a nosotros nos había derrotado.

Bueno, con todo eso, aquí el gobierno sectario, tiránico, seguía adelante, y mientras tanto se prepararon aquí en México con gran entusiasmo la

celebración de las fiestas guadalupanas el 12 de diciembre de 1931 del cuarto centenario de la aparición de la Virgen de Guadalupe, a la par que el sectarismo se preparaba a desarrollar su política anticlerical con mayor furor. Así pues, en esa situación así ambigua, veíamos que la cosa se venía preparando en sentido de persecución. Pero el señor Díaz —creo que ya eso lo referí— volviendo de Roma comprendió que nuestra actuación siempre había sido un tanto cuanto eficaz en la Santa Sede y nos llamó valiéndose de la mediación de alguna de las damas de más distinción de los católicos de aquí; de las familias católicas de aquí de México. Nos invitó esa dama a una comida o banquete en que asistiríamos nosotros los directores de la Liga y el señor Díaz. Bien, yo, con el temperamento así muy franco que tengo, ha de creer que yo no fui al banquete. Pero fueron otros, fue el señor presidente de la Liga, don Rafael Cenicerós y Villarreal y otros, y se estuvo allí después de la comida o a la hora de la comida el señor Díaz y les dijo: “Diríjanme una carta diciendo que estamos de acuerdo”.

Y es que se preparaba de parte del gobierno una nueva investigación. Pero don Rafael Cenicerós le dice:

“Bueno señor, vamos viendo en qué hemos estado en desacuerdo y cómo nos hemos puesto de acuerdo?”

“Nada más pónganme la carta”, dijo Díaz.

Bueno, así quedó la cosa y al día siguiente o a los tres días reuniéronse allá muy intrigados y de mente entre nosotros en que, qué hacíamos de la famosa carta. Uno de nuestros amigos, el señor Murillo, dice:

“No; miren ustedes: Lo que debemos de hacer es efectivamente escribir la carta, pero que esa carta se haga exponiendo la verdadera situación en que nos encontramos, haciéndole ver a Díaz que él ha sido el autor en gran parte de la situación en que nos hallamos, dando los medios que deberían emplearse para que conjuntamente el Episcopado y los seculares pudieran luchar por la reconquista de la libertad.”

Como se supone, fue aceptada con unanimidad la idea de Murillo y se procedió a redactar esa carta. Don Rafael Cenicerós duró dos meses redactando la famosa carta que al fin quedó concebida en términos muy respetuosos y de cuyo texto tengo también que darles a conocer. ¡Muy interesante!

Y para esa carta —ya la verán ustedes— que el señor Díaz quería, uno de nuestros amigos que estaba en desacuerdo y que andaba con nosotros y que figuraba como director de la Liga, el ingeniero Jorge Núñez, fue el encargado de ponerla en manos del prelado. El prelado se mostraba muy cariñoso con Jorge Núñez:

“¡A ver! Pasa, Jorgito.”

“Aquí está la carta.”

"Oh, ¡muy bien!"

Empieza a leer la carta y se dio cuenta de la carta y le dice a Jorge:

"Híncate; te voy a dar la bendición."

Y esperábamos que el señor Díaz nos contestaría diciendo, "tal o cual observo", y ¡nada!

Sucedió que don Alberto María Carreño, el académico de la Lengua, que había sido nuestro representante en los Estados Unidos, a quien se le había nombrado para que viera por los intereses y por la lucha que nosotros estábamos desarrollando aquí, y quien, como ya les he referido, se pasó propiamente como luego se dice, "con armas y bagaje" a los partidarios de la derrota. Resultó que se hizo de mente, colaborador de los prelados derrotistas y vino cuando se celebraron los arreglos de secretario secolar del señor Díaz.

Se enteró el señor Carreño de la carta famosa, de la carta que iba a tener un carácter —advierto— totalmente privado y no para que la lanzáramos a la circulación. Pero el hecho es que don Alberto toma aquella carta y escribe la obra que ya les he relatado; una obra que se intitula y que pone el nombre del prelado como si se tratara de una biografía del señor Díaz, pero que en realidad lo que trata es de refutar lo que nosotros dijimos en la carta.¹³ Sí, dando evidentemente eso de enseñar o de publicar el texto de la misma carta. ¡Esa obra fue escrita precisamente cuando iba ya a desarrollarse la nueva persecución con motivo de las fiestas guadalupanas en 1931. En 1932 se fue desarrollando la nueva persecución, se imprimió la obra en ese año de 1932. Esa obra también se las puedo proporcionar a ustedes. Confieso a ustedes que el hecho de haberse intentado la impresión, publicación y circulación de la obra de Carreño, a mí me consternó. ¡Se nos atribuye, desde luego se revela al gobierno, o al público en general quiénes éramos los directores del movimiento de resistencia!

El gobierno propiamente, estoy casi seguro, llegó a ignorarlo. Eso es uno de los hechos realmente dignos de tomarse en cuenta, que da a conocer el estado de espíritu de los católicos mexicanos: no averiguaron quién estaba defendiendo a quién, o quién estaba dirigiendo esta defensa. Lo fundamental era la defensa misma, los principios. Nada menos que en el manifiesto ese que les he entregado a ustedes de Goroztieta verán ustedes que lo característico aquí en los movimientos revolucionarios ha sido que en todos siempre ha existido un caudillo. Con los cristeros no fue necesario el caudillo.

¹³ *El arzobispo de México, excelentísimo señor doctor don Pascual Díaz y el conflicto religioso.*

Pues lo mismo sucedía, digamos, en el orden cívico: no se preguntaba: "¿quiénes son los directores de la Liga?"; simplemente se decía: "pues los directores dijeron esto, pues que se haga". Y se hacía, y se luchaba, y se moría por los principios; se sufrían persecuciones.

Y en el libro éste se revelaban los nombres nuestros y además, como cosa muy grave, se nos atribuía el ser ciertamente fundadores, tal vez directores, de una sociedad secreta que tenía por objeto el ir liquidando funcionarios del gobierno: una sociedad secreta en la cual no es exacto que nosotros tuviéramos intervención. Pero el hecho es que el gobierno al saber aquello, pues hubiera desencadenado una persecución brutal. Precisamente en esos días fueron asesinados unos de los nuestros; entiendo que ya lo recordé, asesinados los que habían sido directores de la Liga: Alcorta, el ingeniero, y Pacheco, el militar.

JW: Y entonces empezó la segunda etapa.

MPV: La segunda etapa de la resistencia, pero ya en condiciones muy deplorables.

JW: ¿Quién encabezó el segundo movimiento?

MPV: Fue primero Degollado Guízar, y luego fue Acevedo.

JW: ¿Aurelio R. Acevedo?

MPV: ¡Exactamente! Con él yo creo que convendría que le pidieran datos sobre el particular.

JW: ¿Y usted no tuvo mucho que ver con ese movimiento?

MPV: No estaba yo muy de acuerdo en que se desarrollara, precisamente porque tenía yo la convicción que estando en contra del movimiento el clero, que sería casi imposible desarrollarlo.

Hay un episodio que probablemente podrá contárselo a ustedes Acevedo. Se preparaba Acevedo a encabezar un movimiento allá en su región, cuando fue a confesarse con el párroco de allí, y le dijo el párroco:

"A ti no te puedo absolver porque, mira, tengo una circular de mi prelado en que dice que no absuelva a los que andan metidos en estas actividades."

Entonces Acevedo le dice:

"Mire señor cura, yo estoy en peligro muy grave porque ya me andan vigilando y están asesinando; en fin, los procedimientos drásticos empleados por los tiranos. Pero si usted no me absuelve, yo me condeno con el mayor gusto por amor a Nuestro Señor Jesucristo." Entonces el señor cura párroco dice:

"Híncate, que te voy a dar la absolución."

Vale la pena que le pregunte usted a Acevedo del episodio; es muy interesante.

JW: ¿Tuvo mucho que ver con el segundo movimiento el gobernador de Veracruz, Adalberto Tejeda?

MPV: ¡Ah, cómo no!

JW: Antes había sido secretario de Gobernación de Calles.

MPV: Sí, secretario de Calles; feroz, asesino, brutal.

JW: Pero en 1930 Tejeda volvió a imponer el límite del número de sacerdotes permitidos a que ejercieran.

MPV: Y mire usted, por ahí tengo yo un documento de Portes Gil, me parece de 1930 —tengo también que consultarlo; la memoria anda muy mal— en que urge como ministro de Gobernación del llamado presidente de México, Pascual Ortiz Rubio, en que exigía a que se aplicara el artículo constitucional limitando el número de sacerdotes y de la cuestión escolar, y todo. Y otro "sí", "que no", porque Portes Gil tenía interés en demostrar que era masón y que obraba como masón.

Eso antes; luego vino ya Tejeda y, pues siguió la persecución. Es cierto que hubo cierta resistencia pero ya en condiciones muy precarias.

JW: El gobierno federal había limitado el número del clero antes.

MPV: Sí, ¡cómo no! Al poco tiempo de celebrar los arreglos, aquí en el Distrito Federal se limitó el número de sacerdotes. Sí, y en la República fue una cosa escandalosísima y espantosamente desconcertante. Sí.

JW: Y los estados, después de 1930, empezaron a limitar al clero. ¿Y antes de 1930?

MPV: ¡Ah, también! Es decir antes de la lucha cristera se limitaron; pero luego vinieron los arreglos, o pusieron en vigor las leyes que habían expedido entonces, o expidieron nuevas.

Por ahí también he de tener yo datos sobre el particular; nada menos que esos datos los proporciona un sacerdote; y lo cierto es que ya murió, un señor canónigo historiador, don José de Jesús García Gutiérrez. Tengo por ahí un folleto en que se ven las listas de los sacerdotes y la limitación de ellos. Además se siguió también la aplicación del principio tremendo de que los templos son propiedad del Estado y hay una lista hecha precisamente por don Alberto María Carreño en que viene la lista de los templos; una multitud de templos en toda la República que el gobierno del señor presidente de la República disponía: "Este templo se entrega para biblioteca", y en fin, se distribuyeron de cualquier manera, ¡pero muchos templos!

JW: ¿Y en dónde se localizó el segundo movimiento?

MPV: Pocos datos puedo yo proporcionarle. Quien puede proporcionarle datos muy exactos es Acevedo. En realidad pues yo me consideré ya al margen de la cuestión de la lucha, especialmente no porque yo hubiera claudicado o porque hubiera cambiado mis convicciones, sino porque consideré que ya no podría yo intervenir en eso.

JW: El segundo movimiento acabó en 1937.

MPV: Pues propiamente no puedo decirles exactamente cuándo; pero, terminó en forma muy triste. Así como el primero en realidad vino a acabarse cuando el desarrollo era bastante completo y que este Goroztieta había llegado a la unificación de las fuerzas cristeras y todo lo demás. Y lo del segundo movimiento puede proporcionarle datos muy exactos Aurelio R. Acevedo.

JW: Y durante el régimen del presidente Cárdenas, ¿hubieron muchas dificultades entre el clero y el Estado?

MPV: ¡Oh, sí! Se llegó a pensar que Cárdenas había de ser un poquito menos tiránico que Calles, porque propiamente quien derrotó a Calles fue Cárdenas. En realidad el pobrecito de Calles cayó en forma ignominiosa: se les presentó, lo tomaron, lo subieron en un avión y lo echaron para los Estados Unidos. Calles no se distinguió como un hombre valiente; no ha sido un Obregón; Calles era un infeliz.

Bueno, pero la cosa es que Cárdenas también era un hombre sectario furibundo, y ahora lo está demostrando con sus tendencias marxistas radicales. Esa es la situación.

Ahora, ¿qué es lo que deseamos nosotros los católicos mexicanos con relación a los Estados Unidos? Que se obtenga del gobierno de los Estados Unidos que no sigan protegiendo a nuestros tiranos. Bueno, estimaríamos, con relación a los católicos de allá, a que hicieran una atmósfera favorable para la reconquista de la libertad institucional e insistimos: no se trata como objetivo principal constituir un Estado cristiano conforme a los principios de las encíclicas y del derecho católico. No; simplemente que se nos reconozca institucionalmente la libertad de conciencia, el derecho de propiedad y el respeto a la familia.

JW: Ustedes tuvieron mucha esperanza en el presidente Kennedy.

MPV: Pues no mucha, en honor a la verdad. Sí, ya ustedes conocen, creo que en mi carta dirigida a la señora Kennedy¹⁴ expuse lo que podía esperarse de ella, principalmente en lo que ese Carreño en su obra esa nos hace aparecer como pidiendo el protectorado norteamericano sobre México para el catolicismo mexicano. Y eso lo hemos rechazado totalmente: lo único que pedimos propiamente es que nos dejen en libertad, que no sigan protegiendo como los han protegido durante siglo y medio a los sectarios destructores de la nacionalidad mexicana.

Eso ahora lo pedimos; ahora creemos poder obtener de los Estados Unidos eso, porque si no lo hacen —y aquí se lo advierto a la señora Kennedy

¹⁴ Una copia de esta carta de fecha 31 de julio de 1962 está depositada en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley.

en la carta—, nuestra derrota no será aprovechada por los Estados Unidos sino que ellos también habrán sido derrotados aquí por el bolcheviquismo. ¡Ah, sí!, de eso yo tengo la convicción completa. ¡Eso es lo que deseamos!

JW: ¿Qué relación tuvieron ustedes con el movimiento sinarquista?

MPV: Mire usted: respecto a eso, pues hay una multitud de cosas que tratar sobre el particular y yo medianamente estoy documentado sobre eso.

El movimiento sinarquista surgió por obra de un grupo, a lo que entiendo que se llamaba La Base, como una especie de masonería blanca que actuaba con secretitos y hasta con señitas como en la masonería. Y estimaron que esos se valían para realmente llegar a un estado a cooperar en la táctica de derrota planteada ya como política por el señor Ruiz y por el señor Díaz. Entiendo que si usted me pide documentación ante eso yo no podría proporcionarla.

JW: Hay historiadores que dicen que los sinarquistas son del mismo movimiento que los cristeros; que hay una liga entre los dos movimientos.

MPV: ¡No!, al contrario: el movimiento primitivo de los sinarquistas fue propiamente de conformismo; después ya fueron advirtiéndose, porque tuvo desarrollo el sinarquismo. Fueron advirtiéndose los sinarquistas de que entraban a la lucha con rectitud de intención y con buen ánimo; advirtieron que por el camino de la derrota no se iba más que a la pura derrota y hubo una escisión que lo debe de saber usted. Y sobre este particular quien puede informar ampliamente es Salvador Abascal.

JW: ¿Y ustedes no respaldaron el movimiento sinarquista?

MPV: No, no; al contrario: lo consideramos como destructor de nuestras fuerzas, de nuestro espíritu de resistencia. Ellos en cierta manera... —además ésta es la impresión que durante años tuve yo— en primer lugar con su secretito y su masonería blanca y luego con sus tendencias y todo, de conformarse con las tácticas del conformismo y ver si así se iba logrando algo, avanzando.

JW: El movimiento sinarquista tenía ejército. Formaba un ejército.

MPV: Pues sí, yo creo que formaba un ejército, pero un ejército de la derrota.

JW: ¿No querían luchar?

MPV: Pues no. Entiendo yo que Salvador Abascal allá en Tabasco sí hizo algo, algo que él me ha referido sobre el particular. Pero me acuerdo que en aquella época el mismo Abascal y a todos ellos, yo, como uno de los que se interesaba de que siguiera la resistencia para conquistar la libertad, consideraba a Abascal y a todos ellos propiamente como nuestros enemigos. Después ya Abascal y yo nos hemos entendido admirablemente bien; pero él también ha sentido todo el espíritu de derrota que tenían.

JW: ¿Los sinarquistas formaron un ejército para no luchar?

MPV: Pues sí. No entiendo qué cosa era esa; una cosa muy extraña.

JW: ¿Qué ligas tenían ustedes los cristeros con Acción Nacional?

MPV: No; eso fue muy posterior. No... pues la Liga y los cristeros habían quedado liquidados. Pero después...

JW: ¿Han respaldado ustedes al PAN recientemente?

MPV: Mire usted: sí, nada menos que yo tengo ahora la satisfacción muy grande por cierto de que un hijo mío, el ingeniero Gabriel Palomar y Silva, bueno, ¿no he tenido ocasión de presentárselo?, pues él se ha distinguido como director, hombre de acción en el PAN.

JW: Acción es entonces el símbolo de acción política de Acción Nacional.

MPV: Sí, es Acción Nacional. Debo decirles que ese manifiesto que yo les acabo de dar de Acción Nacional era otra cosa, Acción Nacional fue fundado me parece que hasta 1939. El hecho es que ese partido fue fundado por el licenciado Manuel Gómez Morín, hombre de gran talento, gran financiero que hasta había figurado en alguna de las secretarías de Estado de Calles. Pero al fin él, hombre de talento, comprendió que la cosa iba mal.

JW: ¿Y Gómez Morín repudió al sinarquismo?

MPV: Pues en la actualidad, según creo, las relaciones entre el sinarquismo y el PAN son muy poco cordiales. No sé por qué; el hecho es que hasta los mismos sinarquistas pretendieron formar o apoyarse en un partido político para tomar parte en las elecciones próximas. Pues el hecho es que por política...

JW: ¿Las elecciones de 1964?

MPV: Las de 1964; esas elecciones que van a tener en julio. Pues prepáranse para lanzar sus candidaturas. El gobierno, a la verdad, en su intención sectaria ha estado sumamente torpe. Yo de enemigo de los católicos y todo hubiera dado fuerza al sinarquismo. ¿Para qué? Para que el sinarquismo por un lado y el PAN por otro se destruyeran entre sí. Así es el caso. ¡Pues nada!

El gobierno desconoció; no ha reconocido personalidad al partido... un partido que no me recuerdo cómo se llama. De manera que el único partido, un partido vigoroso de la oposición es el PAN y no hay otro. De manera que los que quieran actuar políticamente, electivamente, tienen que elegir por el PAN.

JW: Hay muchos que dicen que el PAN recibe mucho apoyo del gobierno, y también dinero.

MPV: Eso es calumnia; calumnia para desprestigiarlo. ¡Pero si no hay nada de eso al particular! El que figura ahora como candidato, González Torres, ha demostrado tener mucho talento, es brillante y comprende los problemas de carácter político y social-económico admirablemente bien.

JW: En los últimos años de la década de 1930 el movimiento de hispanidad tuvo mucho empuje en México.

MPV: ¿En México de hispanidad? Pues en general el sentimiento nuestro ha sido hispánico, en el sentido de que nosotros sostenemos que nuestra cultura está caracterizada por su tendencia hispánica. Eso yo acá en mi tesis lo sostengo, que lo que caracteriza nuestra cultura y abre un abismo con la cultura que ustedes representan es esto: el Dogma de la Justificación que fue proclamado en el Concilio de Trento (1543-1563). Pues fue por esto: Lutero proclamó que bastaba la fe sin la caridad y las buenas obras. De manera que un individuo, teniendo fe, fe en que Cristo le conceda a uno como quien dice "por la linda cara que tenga uno", sólo por tener esa fe, que ese individuo pueda dar vuelo a todo lo que quiera, como robar, enamorar, etc., etc., que teniendo fe se salva. ¿Eh? Esa es la doctrina luterana.

Nosotros estudiamos el catecismo del padre Ripalda allá en nuestra juventud. Y en Ripalda se pregunta si la salvación bastará con la fe sola y Ripalda contesta: "No se puede sin caridad ni sin buenas obras". Es decir, que para obtener uno su salvación no bastan simplemente los méritos aplicados impertérritamente por Cristo a los individuos sino que se necesita de la cooperación del individuo en su salvación.

Los méritos de Cristo alcanzan a todos los hombres, feos y bonitos, tontos y con talento, negritos y blancos. A todos alcanza.

Pero si el individuo no coopera a esa gracia que Cristo le proporciona, se condena. De manera que se necesita la actuación, la cooperación, la buena conducta, la caridad, las buenas obras; eso es lo que caracteriza la acción conquistadora de los españoles en México y en América Latina.

Vinieron, y Hernán Cortés después de la Conquista, después de conquistar la capital, lo que hace es decirle al emperador Carlos V: "Mándeme frailes". Y los frailes vinieron, no a ayudar a los conquistadores sino a defender a los indios.

Entonces *eso es* lo que caracteriza nuestra cultura; de ahí proviene que nosotros tengamos una alta cultura divina y que ustedes los norteamericanos solamente tengan civilización.

JW: Entonces ustedes veían con gran simpatía el movimiento de hispanidad.

MPV: ¡Ah, cómo no! El movimiento de hispanidad; y lo hemos sostenido. Debo decirles a ustedes que durante muchos años, desde la Independencia para acá, se hizo un movimiento antihispánico que considera a los "gachupines" como tiranos, como que habían venido aquí a sacrificar a los indios y todo. Pero ya empezó un movimiento de comprensión y se ha ido cada vez definiendo más.

JW: Hay unos historiadores que han dicho que los sinarquistas tenían relaciones secretas con los franquistas y con la hispanidad.

MPV: Pueda que sí; no sé yo. Ya en ese capítulo me acuerdo que yo consideraba que podía Franco ayudarnos a nosotros en un esfuerzo de reconquista, pero no se logró nada; no se logró nada, ni siquiera se hizo nada. ¡No!, si quedamos derrotados; es la verdad.

JW: ¿Y la guerra civil en España?

MPV: ¿Y la guerra civil en España?, pues la vimos con mucha pasión. ¡Y de qué manera! Naturalmente asombrarnos de la acción de Franco y de lo que ha significado Franco, y se cree que la cosa anda medio difícil. Pero el hecho capital es que, nosotros ahora, digamos que el movimiento general de construcción nacional radica en una estimación de España como autora de nuestra nacionalidad. No es la nación azteca que dicen algunos; nosotros no somos aztecas, lo mismo que no somos españoles: somos mexicanos con nuestra cultura hispánica, grecolatina.

JW: ¿Y usted cree que Franco salvó a España?

MPV: ¡Ah, cómo no! Eso no cabe duda. Sí; ahora que debía haber tomado otra actitud. No lo sé. Yo he oído opiniones muy favorables a Franco y otras que lo consideran que ya debía de ir preparándose para dejar el poder.

JW: Y el movimiento de Acción Nacional ¿no tenía amistad con el movimiento de hispanidad?

MPV: No, no sé.

JW: Bueno, ¿qué era lo que quería Acción Nacional?

MPV: ¿El PAN? Pues la reconquista de las instituciones fundamentales: la libertad, la libertad de enseñanza, la libertad de conciencia, etc., y la solución de los problemas sociales conforme al criterio propiamente católico, no revolucionario.

JW: No revolucionario. ¿Cómo difería Acción Nacional de los cristeros y de los sinarquistas?

MPV: No. Acción Nacional todavía no existía cuando propiamente la reacción cristera había... No, mire, Acción Nacional, por ejemplo el punto capital que ha afectado hondamente a México y que seguirá aumentando es el problema de la cuestión agraria. La cuestión agraria la extremó don Benito Juárez con las Leyes de Reforma. Existía el ejido conforme a la liquidación española que presentaba una especie de resistencia a la invasión del latifundismo. Sí, existía la propiedad al lado de las poblaciones y allí podían los individuos ir a llevar la vaca, ir a recoger la leña, en fin, los recursos que necesita la población en los pueblos. Pues don Benito Juárez liquidó el ejido; lo destruyó por medio de las famosas Leyes de Reforma. De manera que especialmente en el estado de Morelos la propiedad, el latifundismo, el gran hacendado avanzó hasta el pueblo al grado que lo rodeó, lo sitió.

Bien, pero se necesita pues una solución a eso, al latifundismo. El latifundismo tenía realmente como siervos a los campesinos, siervos más o menos mal o bien tratados. Vino pues, después, la Revolución, ese anciano infeliz que se llama Venustiano Carranza y escribió el famoso decreto de dotación de tierras para el indio y vino la destrucción de las haciendas. Propiamente en México han quedado destruidas las haciendas. Pero eso ha sido sustituido ¿Por qué? Por un régimen en que los que eran siervos de hacendados ahora son esclavos de ese gran hacendado que se llama el Estado mexicano. ¡Es una cosa espantosa!

¿Y la solución cuál es? Ir naturalmente en cierto respecto al hacendado para que cumpla él con sus funciones propias. Es decir, que haga uso de sus derechos, pero que también cumpla con las funciones propias. Yo tengo un estudio sobre el particular. Luego, en la pequeña propiedad, ir la haciendo, ir la preparando. Pero no dotando tierras así de cualquier manera, sino dotándolas de manera que el que las reciba sepa manejarlas y que quede la imposibilidad de venderlas. ¿Por medio de qué? De qué venderlas, pues ya les había dicho a ustedes que con el establecimiento del bien de familia o patrimonio familiar, o como digo yo —siempre se me olvida— el "homestead". Y el gobierno actual nada menos que en la campaña actual está poniendo en claro eso. Díaz Ordaz dice que no es posible conceder a los ejidatarios su propiedad simplemente porque la venden. Pues tiene razón en eso; pero también no tiene razón en no considerar que el hacendado ahora es el gobierno y el gobierno tiraniza, quita y entrega la propiedad ejidal como se le antoja por medio de sus delegados.

Ese es el problema fundamental a mi modo de ver en el orden social y económico. Mientras la agricultura esté en las condiciones que está, están acabando con las tierras, están acabando con los bosques. Las tierras como no son cuidadas están, como se llama, en erosión, están lavándose y dejando de ser fecundas. ¡Una cosa espantosa! Y me parece que ya van para cuatro millones de ejidatarios que se van de braceros allá a los Estados Unidos; a ser en realidad allá, pues si no esclavos, siervos de los señores hacendados de allá. Esa es la verdad.

Luego vienen otros problemas. El sindicato no era reconocido por el régimen porfirista; pero se estableció el sindicato, y ahora lo grave del sindicato es que es un instrumento de dominio político ejercido por líderes políticos que son jefes de los sindicatos. Lo indicado es que haya autonomía en el sindicato, es decir, que se tenga la acción no de arriba para abajo, sino de abajo para arriba.

JW: Hablando de las organizaciones católicas, ¿para qué cree usted que el sinarquismo y los cristeros querían derrotar al gobierno?

MPV: La conquista de la libertad.

JW: Para conquistar la libertad. Los sinarquistas se organizaron en secreto para ganar la libertad, pero...

MPV: Pero es una cosa muy extraña realmente sobre la base de la derrota. Ese es el juicio que tengo yo formado de los orígenes del sinarquismo. En la actualidad el sinarquismo que actúa no está con ese espíritu. No. ¡Ah, no!; es de lucha. Lo malo es que no han tenido los que actúan —pongo por caso todos los que actúan—, no han sabido unirse para sentir verdaderamente una acción patriótica de común acción.

JW: Bueno, ¿los sinarquistas ya han cambiado después de salir Abascal?

MPV: Sí, pero no por Abascal.

JW: ¿Entonces?

MPV: Pues mire usted: yo sé que a Abascal realmente lo hicieron pasar ratos muy amargos y al fin y al cabo lo expulsaron. Pues yo creo que en el fondo Abascal tenía la intención de actuar para la reconquista de la libertad y en vista de eso se le hizo a un lado. Luego siguió adelante la crisis y hubo la división de los hombres que querían actuar y de los que querían seguir con el procedimiento de La Base que decían, y era propiamente, a lo que entiendo, la derrota. En la actualidad el elemento que realmente predomina es el que publica el periódico *Orden*.

JW: Y el movimiento Acción Nacional ha querido conquistar sus derechos, los derechos de los católicos en el sentido político.

MPV: En general humanos.

JW: Nada más con elecciones y eligiendo a sus hombres...

MPV: Pero con un programa.

JW: Pero querían ganar con modo pacífico político.

MPV: Sí. Mire: yo sé que en Acción Nacional no están por el uso de la fuerza sino el programa de Gómez Morín ha sido la persistencia del Partido, que los triunfos no se obtienen rápidamente sino que se obtienen por la perseverancia, a pesar de la derrota. Y realmente hasta ahora el programa, el designio de Gómez Morín se va realizando. Realmente Acción Nacional cada día es más fuerte y va conquistando más la opinión pública. Hay una cosa, pero no sé si ya la comenté con ustedes. Nada menos que ayer tuve la ocasión de comentarla con mi hijo Gabriel: Gómez Morín ha demostrado grandes sentimientos de gran patriotismo, de verdadero civismo. Otro que funda un partido, como fundador del partido sigue siendo el caudillo, el mentor, y todo lo que se hace ha de ser de acuerdo con él, naturalmente haciendo siempre sombra a los que lo siguen. Y Gómez Morín no ha tenido eso: ha ido formando hombres que se van destacando más y más, y él en cierta manera va retirándose, cuidando naturalmente de conservar, pero no como caudillo ni como jefe del partido.

Esa es una hermosísima cualidad y que tiene por objeto de que estaba yo hablando en el asunto de la persistencia del partido que fulano de tal, digamos que se enferma, que muere y todo; pero hay quien lo sustituya, que siga con su programa y siguen adelante.

JW: Hablando de métodos de conquistar los derechos de los católicos, durante la rebelión del general Escobar en 1929, ¿no querían los cristeros unírsele a Escobar?

MPV: Sí, algo se había logrado con él. Naturalmente que siempre los cristeros sin soltar, sin poner los destinos en las manos de Escobar sino colaborando con él; contando con su colaboración.

JW: ¿Y por qué no pudieron unirse?

MPV: Porque derrotaron a Escobar.

JW: Repentinamente y no hubo tiempo para...

MPV: No hubo tiempo; se comenzaba a tratar. Yo en esa ocasión tuve modo de estar enterado de eso; pero no tuve todos los detalles. Pero sí se estimaba que se debía cooperar con los revolucionarios estos para llevar a cabo la conquista de la libertad.

JW: ¿Hubo pláticas entre ustedes y Escobar antes de la rebelión escobarista?

MPV: Sí, hubo algunas insinuaciones, nada más.

JW: Y se dice que el actual Primado de México fue cristero.

MPV: Mire, el señor Miranda, actual Primado, no fue nuestro. Desde entonces no estaba, no es exacto. El señor Miranda, casi me atrevo a decir que no nos veía bien propiamente. Entonces era simple monseñor u obispo de Tulancingo; pero no era de los nuestros.

El de Guadalajara entonces era el señor Orozco y Jiménez de quien he hablado y su colaborador es el actual cardenal. Él sí en la mera hora de la lucha ya se anduvo en su diócesis, pero no acaudillando ni pretendiendo que se...

JW: ¿O reprobándole...?

MPV: Eso sí, llegó a tener expresiones que lanzó bajo su firma y todo favoreciendo a los cristeros.

JW: ¿Quién, Miranda?

MPV: No, no, Orozco y Jiménez. No, el señor Miranda no. El señor Miranda entiendo que nunca ha tenido algo favorable para nosotros.

JW: Hablando de la Revolución Mexicana, ustedes creen en el sentido social y político que los mexicanos no tienen las libertades que deberían tener. Pero en el sentido económico ¿qué es lo que usted cree?

MPV: Que no tienen. Todos insisten en que no hemos alcanzado, en honor a la verdad, lo que Díaz con su administración inteligente y todo. El general Díaz llegó a un progreso económico grande de las clases acomodadas. ¡Ya

verá! Siguen las clases acomodadas que son los señores revolucionarios. Hay quien dice que el pobrecito del señor don Miguel Alemán, el que fue presidente Miguel Alemán, pues, es uno de los grandes millonarios del mundo!

JW: Bueno, ¿cree usted que la Revolución ha fracasado completamente?

MPV: ¡Ah, sí! Desde el principio he considerado que la Revolución fundamentalmente sí es un positivo fracaso. Democráticamente es un atropello; no hay elecciones. Hasta ahora le digo que Washington ya no protege a los tiranos. Entonces estaban haciendo el papelito de la democracia...

JW: Bueno, hay historiadores sociólogos que dicen que en América Latina, en España, en México, no pueden tener democracia; que todos necesitan de un caudillo porque hay falta de disciplina y que sin el caudillo no pueden progresar; que los presidentes de México son de este tipo; son todos caudillos constructivos.

MPV: Sí. Pues mire, indudablemente que se necesitan las clases, todo el directorio de enseñanza democrática para el ejercicio de la democracia. Pero eso se aprende estudiándolo y practicándolo. Y sucede que ni los liberales ni los revolucionarios han querido llevar a cabo esa labor. ¿Por qué? Porque esa labor de desarrollarse, terminaría con ellos. ¡Eso es lo de fondo!

El general Díaz enteramente acabó con aquello, seguía el sainete de efectuar las elecciones; pero, ya ni quien se ocupara de eso y hasta se consideraba sumamente peligroso ocuparse de eso.

Las elecciones de diputados al Congreso del señor presidente don Porfirio Díaz, reelegido ¿quién sabe cuántas veces?, él que se había pronunciado por la no reelección, se reeligió hasta llegar a ocupar el poder durante treinta años.

JW: Hablando de la democracia, ¿cree usted que en esta elección de 1964 han habido menos dificultades con el gobierno que en 1958? En 1958 los panistas tuvieron dificultades con el gobierno para hablar en público, para distribuir su propaganda.

MPV: ¡Ah, no! Ahora sí hay ciertas libertades... Esta campaña que está haciendo el PAN es magnífica y de lo más liberal. Es cierto que se presentan dificultades, pero son dificultades ya de detalle. Hay ciertos atropellitos y todo, pero no hay aquella ferocidad de antes.

JW: ¿Y cuáles fueron las dificultades en 1958, durante la última elección, en la elección de López Mateos?

MPV: No. ¡Ahora ha habido más libertad!, y ha habido, pues, cierto conjunto de circunstancias que han mediado. Es en realidad lo que sucede, el medio en que vive México; es decir, con relación a todo, con relación a Washington y con relación a Europa. Eso hace que sea posible desarrollar la acción democrática con menos dificultades.

Por lo que se refiere, digamos, a la forma en que se planteó, o que está vigente a lo menos legalmente la democracia en México, pues es deficiente en sumo grado en ese sentido.

¿Cómo ha de ser posible que tenga el mismo valor el voto que emite, digamos pues, mi sirvienta con el voto que yo emita como jefe de familia, como intelectual y todo, pues yo estoy mejor enterado que ella.

De manera que lo indicado sería ir acumulando votos, y en fin, otras formas. Pero lo que se pide, lo que se desea, es que el gobierno respete el sufragio que existe; que sea efectivo el sufragio.

JW: Probablemente para usted no han habido buenos presidentes en México en este siglo; pero, en su opinión, ¿quiénes cree usted que han sido los mejores presidentes?

MPV: ¿En mi opinión? Pues uno de los grandes presidentes, sectario y todo, Porfirio Díaz. Sí. ¡Indudablemente! Yo en mi juventud allá, si, yo fui antiporfirista y realmente eso fue planteando problemas muy graves del orden social que fue lo que hizo que estallara la Revolución.

JW: Pero haciendo una comparación, a usted le parece Díaz haber sido el mejor.

MPV: En comparación sí, porque Benito Juárez era un miserable sectario y lo importante para él era quedar en la presidencia y se cumplió su gusto: murió en la presidencia, hasta llegar alguien a decir que lo habían envenenado.

JW: ¿Y después de la Revolución?

MPV: Después de la Revolución, pues Madero algo sacaba pero no gran cosa, luego Huerta, pues dictador y con la tendencia porfiriana brutal; luego Carranza; luego Obregón.

JW: ¿Han sido buenos?

MPV: ¡Tiranos y malos!

JW: ¿Y Ávila Camacho?

MPV: Lo pintan como muy obsecuente; casi como católico lo pintan allí. La opinión que tengo yo de él es que precisamente siguió la política que más puede destruir a México, porque, si, como digo, Calles para nosotros en cierto modo fue un benefactor por cuanto que nos despertó, nos hizo sentir que éramos hombres, que deberíamos ser hombres y comenzamos a ser hombres, la política actual y la política de Ávila Camacho y la de los demás es y fue la de vivir apretando bajito la mano.

Es cierto que se reformó el artículo 3o., que es el más injurioso para el simple individuo sea católico o no sea católico. Creo yo haber llamado la atención que se reformó el artículo 3o., pero que no hay lugar al uso de recursos de amparo cuando se trata de la cuestión escolar. ¡Esa es una excepción abominable!

JW: Ávila Camacho dijo que era católico. ¿No lo era?

MPV: Pues sí... que es muy devoto, muy católico, lo que quiera!, pero no tiene un concepto de lo que significa la Iglesia y de lo que significan las libertades propias de conciencia, de enseñanza, de respeto a la familia, etcétera.

JW: Durante la presidencia de Ávila Camacho vinieron muchos sacerdotes norteamericanos a México.

MPV: Creo yo que sí.

JW: Parece que hubieron dificultades por la venida de esos religiosos porque traían sus costumbres y los católicos de aquí no querían que esos católicos yanquis cambiaran las costumbres de México. ¿Sabe usted algo de esto?

MPV: No.

JW: Y hablando de las condiciones del pueblo, ¿cree usted que el indio ha mejorado?

MPV: No; no ha mejorado, está en un estado de miseria, y luego de ignorancia, porque realmente para el pobre siquiera quedaran los recursos espirituales, la conformidad, levantar los ojos al Cielo y todo. ¡Nada! ¡Es una deficiencia tremenda! Según tengo noticias nada menos que en Tejutat que es una población indígena, según me informan —yo no estoy enterado de la situación actual— es indudable que el indio ha quedado propiamente desamparado.

JW: ¿Cree usted que con escuelas...?

MPV: Con escuelas y realmente con una formación por de pronto del individuo, del sentimiento de dignidad, de respeto, de respeto a la persona, a la familia...

JW: ¿... pueda salvarse?

MPV: Puede salvarse. Mientras que yo he visto aquí que como salvaje queda enteramente abandonado y está, a lo que entiendo, en muy malas condiciones sociales y económicas.

JW: Licenciado, usted ha visto mucho de México en este siglo. Después de los arreglos, ¿qué hizo usted? ¿Ejerció su profesión?

MPV: No me fue posible porque todavía seguí trabajando con la lucha de querer que se tomara de nuevo un rumbo de defensa. Como le digo, estuve yendo a Roma; fui a Roma y allí estuve cerca de un año. Después viví y me encontré, como ya se los advertí a ustedes en alguna otra ocasión, me quedé con los gallo-gallinas: picado de los gallos y aborrecido de las gallinas. Con los elementos revolucionarios, porque me era imposible, yo no me podía acercar al gobierno para que me aceptara como empleado o alguna cosa así; y entre los católicos quedé de cierta manera pues descalificado.

JW: Y durante los años de 1930, 1940 y 1950, ¿qué hizo usted?

MPV: Liquidado. Eso es una cosa que yo siento realmente. Gracias a que mi santa esposa ha sabido comprender mi situación, por una parte, y por otra, cosa que me llena de satisfacción, mi familia, mis familiares, mis hijos y mis nietos han prosperado admirablemente sin que yo haya sido sombra siniestra para ellos y me guardan respeto y me comprenden todos lo que me sacrificué yo por ellos. Realmente a lo último yo podía haberme rendido ante las mismas autoridades eclesiásticas y haber dicho: "Señores, pequé; aquí estoy. Yo no debía haberme opuesto a esa política de derrota; estoy de acuerdo con ello y todo". Pero eso no lo quise hacer, me pareció que hacía una traición a mis principios y ni lo intenté.

JW: Y ¿después en el decenio de 1930, de 1940, de 1950?

MPV: He procurado, yo he tenido mi vida particular, pero no he vuelto a ejercer.

JW: ¿Ni mezclarse en asuntos eclesiásticos o públicos?

MPV: De cierta manera, ¡no! Sí estuve, por ejemplo el año de 1943 en que se hizo méritos de la obra de Carreño. Entonces sí estuvimos publicando una serie de artículos en que nos defendimos de los ataques de Carreño. Pues en eso; pero he quedado al margen.

JW: ¿Y ya no sigue como miembro del PAN?

MPV: ¿Del PAN? Pues pago mi cuota, pero no figuro, ¡no!, y porque he considerado que ha sido conveniente hasta de que yo no actúe entre ellos porque pudiera yo perjudicar, podría venir yo con la sombra esa de una cierta oposición, a la par que con mis ideas sobre lo que debe desarrollarse por parte de la Iglesia.

JW: Bueno licenciado, después de hablar de su vida hemos llegado al término de la grabación y quisiéramos agradecerle el habernos concedido estas entrevistas. Y desearíamos también seguir viniendo para sacar algunos datos de su archivo.

MPV: ¡Exactamente! ya saben que no soy yo el que hago el servicio a ustedes; ustedes son los que me hacen el servicio a mí.

